BESTIARIO NACIONAL

Criaturas del imaginario argentino

BESTIARIO NACIONAL

Criaturas del imaginario argentino

Mayo - Septiembre 2023

Sala Juan L. Ortiz

Biblioteca Nacional
Mariano Moreno

Biblioteca Nacional Mariano Moreno
Bestiario nacional : criaturas del imaginario argentino / contribuciones de Martina Kaplan ; Mariano Buscaglia ; Fernanda Olivera ; coordinación general de Fernanda Olivera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2023.
104 p. ; 27 x 19,5 cm.

ISBN 978-987-728-171-2

1. Seres Mitológicos. I. Kaplan, Martina, colab. II. Buscaglia, Mariano, colab. III. Olivera, Fernanda, colab. IV. Título.
CDD 398.450982

BESTIARIO NACIONAL

Criaturas del imaginario argentino

Mayo - Septiembre 2023

Sala Juan L. Ortiz

Biblioteca Nacional
Mariano Moreno

Los demonios de Las pampas

Los griegos llamaron *daimones* a los genios que poblaban las potencias anímicas y daban vida a la fantasía de los hombres; la versión cristiana los transformó en *demonios*. Vastas e innumerables han sido sus formas a lo largo de los siglos; la circunstancia argentina no desconoce esas creaciones.

Deidades familiares, la Chacona, el Zupay, la Luz Mala o el Curupira, la Telesita, el Kakuy, el Ivunche o Kai-kai Vilú, han inficionado los terrores de las generaciones desde épocas prehispánicas. Sus orígenes se pierden en la religiosidad indígena; si a veces aparecen recompuestos y mestizados con fuentes orales hijas de la conquista y colonización, otras reconocen directamente su carácter alógeno, inmigratorio. Aunque algunas de esas entidades sobrenaturales se desdibujan y otras ganan en presencia, todas sus versiones se actualizan con cada nueva oleada civilizatoria sin que cese su pertinaz misterio.

Si las pasiones amonedan ficciones, los terrores acuñan ensueños ominosos que traman el vínculo entre la naturaleza, lo sagrado y el mundo humano. El miedo es la mayor pasión compartida por la humanidad y ha suscitado imaginaciones —pesadillas siniestras, relatos previsores y leyendas protectoras— que organizan el mundo. Pero en la era de la tecnología, las entidades que rigen el cosmos se han vuelto cada vez más abstractas, desangeladas. No obstante, la deriva que va de las teogonías hasta las ciencias y atraviesa las infinitas mitologías, no alcanza a desarticular la soberanía del mito sino que más bien lo brinda bajo nuevas formas. Pues si la vivencia del paisaje y sus misterios acoge ese numen que nos habitaba bajo la forma de monstruos a conjurar con rezos y ensalmos, pero también con la creación de seres fantásticos que es preciso domar, ocurre lo mismo con las tribulaciones proporcionadas por la jungla urbana o los desiertos digitales. Figuras más o menos antropomorfas o ángeles y otras entidades sobrenaturales que rigen el mundo natural conforman una segunda naturaleza que ha recibido el nombre de religión, mitología, superstición o simple fantasía, y alimenta las literaturas —y algunas de sus ramas, como la psicología— sin que su presencia se agoste. Presuntamente barridas por la modernidad, resisten, sin embargo, en el alma de los pueblos; los seres sobrenaturales que los milenios crearon —mitad humanos, mitad naturaleza, de algún modo sagrados— permanecen siendo parte de la cultura popular, que los blinda ante cualquier exorcismo racional.

El choque entre culturas ha producido articulaciones de todo tipo; la más dramática, naturalmente, es la guerra. Pero la condición para que haya guerra es la construcción del otro como inasimilable, un ente tan distinto que provoca repulsas y conduce o justifica la muerte —la suya y, acaso, la propia— en el conflicto. Todo lo que se contrapone a esa imaginación especular confiere identidad al grupo del que emana; se es lo otro de aquel otro al que se diseñó como contrario por ser diferente. Clásicamente, para arribar a esa instancia se le asignan a ese otro características que transgreden el límite moral de la propia cultura: el canibalismo —y su variante, el vampirismo— y el incesto han sido los mayores estigmas esgrimidos, infaltables a la hora de construir un enemigo de rigor. Junto al ejercicio de sexualidades consideradas aberrantes y la adjudicación de un vínculo

◂ Ilustración de Enrique Rapela en *Reseña histórica descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata*, de Daniel Granada (Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1947).

con los muertos de carácter esotérico, que los vuelve presencias vivientes, suele imaginarse al otro bajo la forma de seres humanos monstruosos, con atributos físicos y costumbres salvajes, o seres con aptitudes mágicas que los vuelven un peligro que debe ser exorcizado. Olvidado el origen histórico de esas ficciones, quedan repicando como un eco en las culturas, transmigrando y transfigurándose en el espacio y el tiempo.

Pero no solo los enemigos padecen el intento de domeñar su alteridad; los misterios de la naturaleza y de la vida social son motivo de relatos que atraviesan las épocas desafiando la razón humana. El ánimo desacralizador ha hecho que se buscase —de manera no del todo convincente— un vínculo directo entre los seres sobrenaturales y la trama de eventos y cosas que llamamos realidad. Así como el dragón es sin por qué, las imaginaciones que admiten ciertas claves interpretativas poseen un plus que las vuelve no del todo comprensibles o al menos justificables. Se ha dicho que la leyenda del Kakuy es la ficcionalización de la prohibición del incesto, y el Pombero apenas disimula embarazos inexplicables, así como el Duende con su caricia de hierro es una simple invención de las madres para que los niños no vagabundeen a la hora de la siesta. Todo ello resulta bastante obvio, pero su carácter etiológico no explica sus rasgos más notorios. Sobre todo su personificación, a menudo absurda, tan acabada, singular y persistente. Lo mismo podría afirmarse del Lobizón, la Luz Mala, el Curupí o Tren-Tren; los siglos apenas les han agregado atributos y simplificado las peripecias de sus leyendas, pero siguen atosigando a sus atemorizados narradores y eventuales lectores. Cabezas voladoras, muertos vivientes, humanoides con un solo pie invertido, entre otros prodigios, reproducen su enigma en cada nueva metamorfosis.

La antropología ha hablado de *Tótem* para referirse al animal sagrado que es emblema de un grupo humano; la psicología de *Tabú*, cuando indaga en las relaciones de parentesco, sus reglas, prohibiciones y transgresiones a castigar; por su parte, el folklore se ha resignado a consignar las variaciones sobre leyendas populares que reclaman claves interpretativas y ficcionales surgidas de aquel cruce. De esta deriva surge una trama textual que no cesa. Para poner dos nombres en el extremo del arco temporal de un siglo y de nuestro país: Ricardo Rojas y Adolfo Colombres. Mientras el primero marcó un hito con su *Encuesta de 1921* —base de esta exposición—, mediante la cual recogió el imaginario popular de una época, al segundo le cabe el mérito de haber actualizado, en las últimas décadas, los saberes en torno de nuestras mitologías populares más insistentes.

Si lo que sustancia a las naciones es la fe de los ciudadanos que coinciden en adscribir a una identidad basada en entidades más o menos abstractas —llámense, por caso, la Patria, la República o la Revolución—, suficientes para conducirlos al sacrificio y, en menor medida, a la felicidad colectiva, cabe reflexionar sobre los modos de reconocerse parte de un mismo cuerpo social. Además de estar basada en memorias históricas más o menos compartidas, signadas por tragedias y venturas, esa creencia en la nación que los constituye convive —y acaso se funda— en múltiples cultos locales o regionales. Habitados por relatos, sucedidos, fábulas, cuentos, leyendas y mitos anudados a seres sobrenaturales, son parte de la trama vital de las identidades colectivas que resiste los cambios de época y hace que sigamos imaginándonos parte del alma de un país con sueños y pesadillas comunes.

Guillermo David
Director Nacional de Coordinación Cultural
Biblioteca Nacional Mariano Moreno

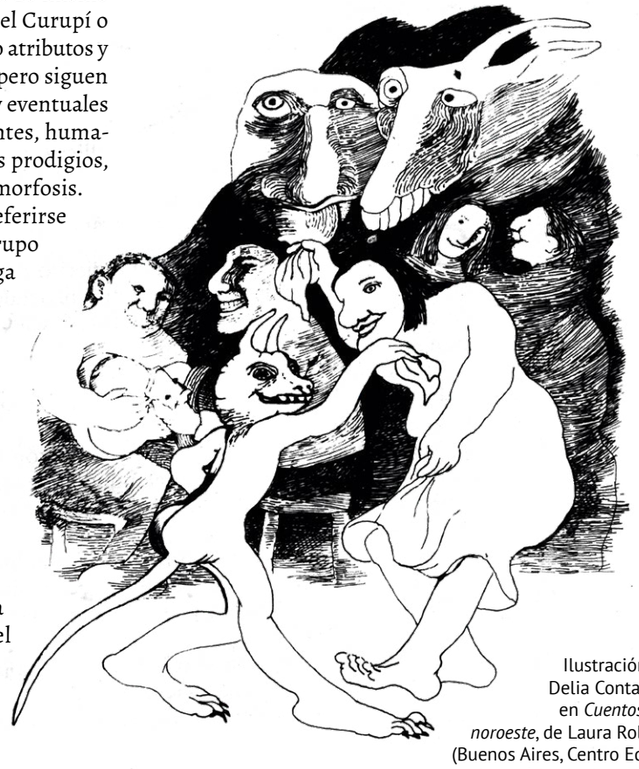


Ilustración de Delia Contarbio en *Cuentos del noroeste*, de Laura Roldán (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990).

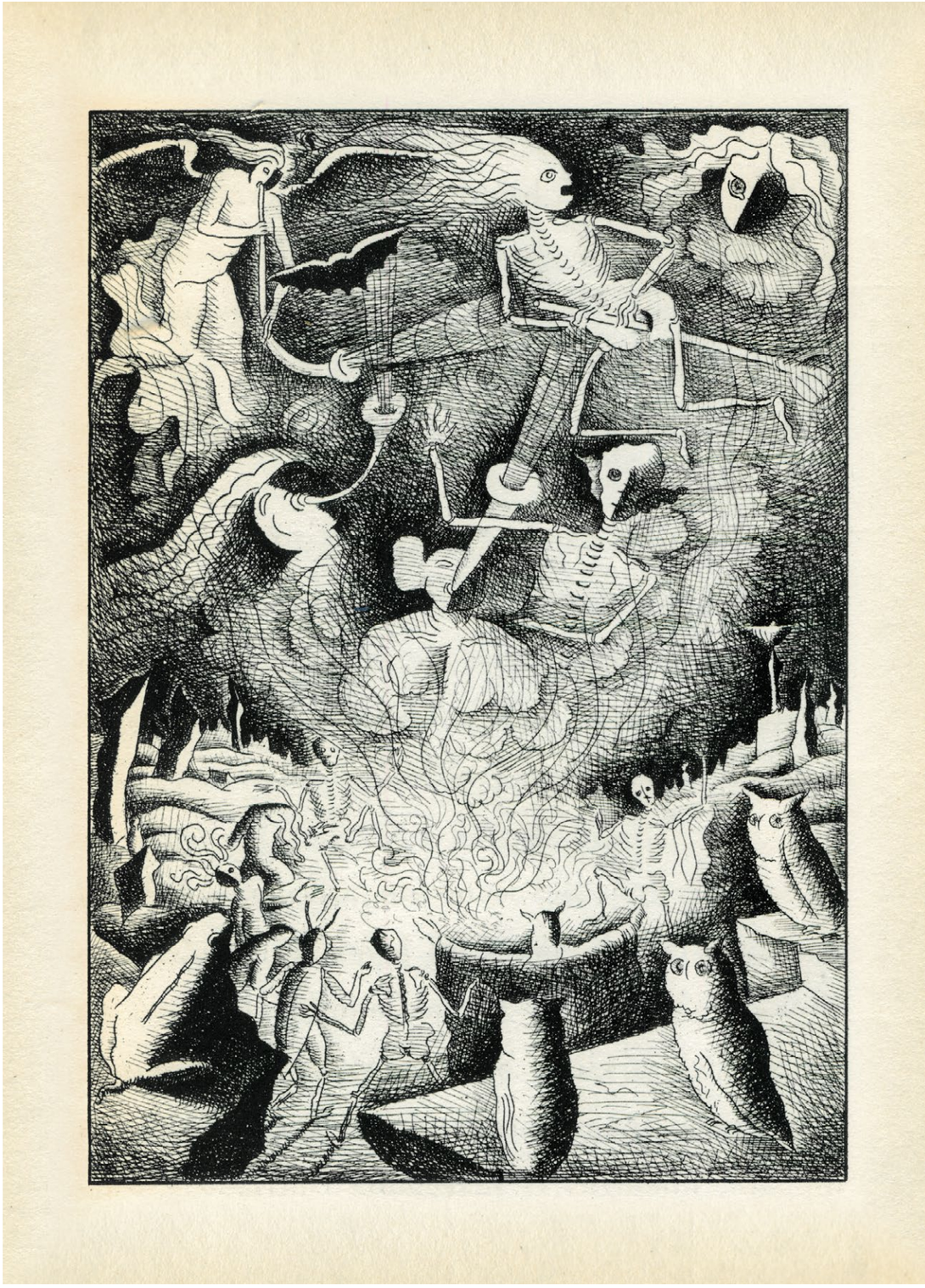


Ilustración de Raúl Veroni en *Por donde corre el zonda*, de Juan Pablo Echagüe (Buenos Aires, Kraft, 1940).

Bestiario Nacional

Lo primero que hicimos los seres humanos al reunirnos en comunidades fue contarnos historias. Esos relatos, que conformaron con los siglos las tradiciones de los pueblos, versaban sobre temáticas muy variadas, pero una de ellas se destacó a lo largo del tiempo: la relacionada con lo desconocido, que encerraba no solo los misterios del mundo circundante sino también los del espíritu humano.

Reunidos en comunidad, decretamos que el mundo real era el territorio habitado. Alrededor todo era misterio. Por encima de nosotros, ubicamos el mundo de los dioses, y por debajo, el de los demonios. Los límites se establecieron en relación con lo que tenía explicación; lo que no, fue dominado por lo sobrenatural. A medida que nos "explicamos" parte del mundo desconocido, los límites fueron corriéndose, y los espacios antes indescifrables fueron conquistados por la razón.

Sin embargo, algunos de ellos se mantuvieron inalterables y perduraron hasta nuestros días como ámbitos de lo desconocido. Invariablemente, se poblaron de seres sobrenaturales que tenían el aspecto que les dieron los temores de los pueblos que los habían creado. Así, duendes, brujas, pomberos o fiuras habitaron los territorios inexplorados. Sobre ellos y sobre la naturaleza toda, hablaron los mitos y las leyendas.

Los relatos míticos —construcciones sociales y simbólicas— se convirtieron en la herramienta que encontró el ser humano para aprehender la naturaleza, explicarla y, también, dominarla. En ellos, los dioses —dadores de dones y castigos— ordenaban la vida de los pueblos. Las leyendas, en cambio, conformaron el repertorio de relatos construidos culturalmente, destinados a dar respuesta a hechos del entorno próximo y a los fenómenos de la naturaleza.

En nuestro país, esas narraciones se fundaron sobre el panteón de seres mitológicos de las diferentes culturas indígenas que habitaron el territorio. Luego de la colonización, las tradiciones indígenas se entrelazaron con la hispánica. De estos relatos trata la muestra *Bestiario Nacional* que, además, es una invitación a conocer el abundante material hemerobibliográfico que aborda esta temática y que la Biblioteca Nacional conserva en el acervo de sus salas especiales.

Es necesario hacer una advertencia a los visitantes de la exposición y lectores de este catálogo: no es aconsejable ser incrédulo. La incredulidad no es más que la negación del miedo primigenio que nos iguala. Conocer, reconocer y enfrentar nuestros seres sobrenaturales habla de nuestra identidad y asegura el sostenimiento de nuestras tradiciones.

El último capítulo de *El país de la selva*, de Ricardo Rojas, se titula "Éxodo". En él, el poeta mantiene un diálogo con el Zupay, que ha perdido el aspecto temible de otras épocas porque el "progreso" está destruyendo su escenario natural: "¿Notaste ayer, a la sazón del alba, invasores armados de acero pululando en la selva? Pues son los hijos de ella, y vienen a destrozar a la madre…", dice el mandinga, conmovido porque le desmontan la selva. El espacio desconocido ha sido simbólicamente conquistado. El progreso del hombre destruye salamancas y con el desmonte ahuyenta a duendes y cacuíes. El país de la selva se extingue, y con él, el escenario de lo sobrenatural. Sin embargo, el poeta le propone al Zupay migrar hacia otras tierras. Quizá no se pueda enfrentar el "progreso", pero los seres sobrenaturales podrán adaptarse a otros espacios y ambientes y, mientras haya alguien que los invoque en sus relatos, seguirán vivos.

◂ Mapa elaborado a partir del *Gráfico de la producción lanera de la República Argentina*, de José Cavalária (Buenos Aires, J. Cavalária, 1948). Disponible para consulta en la Mapoteca Manuel Selva de la BNMM. Intervenido con ilustraciones originales de Damián Scalerandi y Gastón Souto para este catálogo (BNMM, 2023).

◂ Mosaico de tapas de libros que abordan la temática folklórica, pertenecientes al acervo de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

FOLKLORE ARGENTINO

El término "folklore", castellanizado en nuestra lengua, deriva del inglés *folk*, que significa pueblo y de *lore*, que significa saber tradicional. Es decir que el folklore, el saber tradicional de un pueblo, constituye el entramado de prácticas, costumbres, creencias y supersticiones que hacen a la identidad de una comunidad.

Entre los aspectos de la vida tradicional de un pueblo, se encuentran las expresiones literarias no escritas, que circulan de manera anónima mediante la transmisión oral y están sometidas a constantes reelaboraciones que perduran a lo largo del tiempo, formando parte de la tradición y dando cuenta del dinamismo de los procesos culturales. El estudio de estas transcripciones orales, testimonios, versiones, variantes y adaptaciones nos permite conocer con mayor profundidad aspectos particulares de nuestra identidad en tanto miembros de una sociedad.

En nuestro país, el estudio del folklore se remonta a finales del siglo XIX. Entre los iniciadores de la disciplina, se destacó Samuel Lafone Quevedo (1835-1920), nacido en Montevideo e instalado en Catamarca, provincia en la que realizó la mayor parte de sus investigaciones. Lafone Quevedo escribió entre 1883 y 1885 una serie de colaboraciones para el diario *La Nación* sobre temas que abarcaban la etnografía, la arqueología, el folklore y la historia de Catamarca. Esos artículos fueron luego publicados en un libro titulado *Londres y Catamarca* (Imprenta y Librería de Mayo, 1888), en cuyo prólogo se empleó, por primera vez en nuestro país, el término "folklore". En 1898 publicó *Tesoros del catamarqueñismo*, su trabajo de lingüística indígena. Sucedió en su cargo al perito Francisco Moreno en la dirección del Museo de Ciencias Naturales de La Plata.

Otro nombre destacado es el de Juan Baustista Ambrosetti (1865-1917), considerado el primer folklorista científico argentino, quien amplió y enriqueció sus investigaciones etnográficas y arqueológicas mediante la recolección, la transcripción y el análisis detallado de supersticiones y leyendas reunidas a partir de su experiencia personal en la región misionera, los valles calchaquíes y las pampas. Este trabajo fue publicado póstumamente por sus discípulos en 1917 con el título *Supersticiones y leyendas*. En 1903, Ambrosetti fue nombrado profesor de la cátedra de Arqueología Americana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y al año siguiente impulsó la creación del Museo Etnográfico dependiente de esa facultad, el primero en el país dedicado a esta rama de la ciencia.

Entre los estudiosos del folklore argentino, resulta insoslayable el aporte de Roberto Lehmann-Nitsche (1872-1938), lingüista y etnólogo alemán que en 1897 fue convocado por el Museo de La Plata para dirigir la sección Antropología. Esto lo llevó a radicarse en nuestro país, donde residió por más de treinta años. Lehmann-Nitsche realizó estudios en diferentes áreas, pero se destacó en sus investigaciones folklóricas, que evidenciaban su rigurosidad metodológica en la recolección y el análisis de los materiales. Desarrolló varios estudios sobre leyendas ornitológicas, así como un exhaustivo trabajo sobre las características proteicas de la leyenda de Santos Vega. También cabe destacar entre estos precursores la figura de Adán Quiroga (1863-1904): jurista, poeta, historiador y arqueólogo que desarrolló su actividad en Catamarca. Sus trabajos sobre historia, lingüística, arqueología y folklore se publicaron en la prensa catamarqueña du-

rante largos años. Hacia fines del siglo XIX emprendió una excursión científica por el oeste del territorio catamarqueño donde recogió datos arqueológicos y folklóricos que aportan conocimiento sobre los cultos, ritos, creencias y supersticiones del Norte argentino. Gran parte de su obra quedó inédita, hasta que, en 1928, por intermedio de Ricardo Rojas, se publicaron sus trabajos con el título *Folklore calchaquí*.

Enmarcado en el interés internacional por las culturas *folk*, también Paul Groussac (1848-1929) contribuyó con sus estudios al folklore de nuestro país. Algunos de sus argumentos sobre la necesidad e importancia de su abordaje sistemático quedaron plasmados en la conferencia que dictó en Chicago, en 1893, titulada *Popular customs and beliefs of the Argentine provinces*.

En este itinerario de precursores e iniciadores, Ricardo Rojas (1882-1957) ocupa un lugar central, no solo como impulsor del estudio del folklore nacional sino también como propulsor de acciones directas desde el Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras creado por él. A través del Instituto colaboró en el rescate, la edición y difusión de importantes obras que nutrieron el campo de la investigación folklórica y de la identidad de la literatura argentina. También fue el intelectual que propuso una mirada estética de esta disciplina, algo que se evidencia en obras como *La salamanca* o *El país de la selva*, en las que recoge relatos, leyendas y supersticiones de Santiago del Estero.

Iniciado ya el estudio sistemático del folklore en nuestro país, comenzaron a distinguirse con fuerza las diferentes ramas que conforman la disciplina. Una de ellas tuvo como método la recolección y el cotejo de versiones de cuentos, leyendas y tradiciones. En esta línea se ubican los trabajos de Mariano Leguizamón, Roberto Payró y Jorge Furt, entre otros.

Ernesto Padilla (1873-1951), otro de los nombres ineludibles en este campo, intervino como un gran mediador cultural, apoyando y difundiendo el acervo de cada región. Su interés principal fue abordar el folklore como una ciencia y una manifestación de la cultura nacional. Con su obra *Cancionero I* y *II* logró dar cuenta de esto. Ernesto Padilla fue un gran mecenas del folklore, lo que permitió que muchas figuras de este campo pudieran realizar, publicar y difundir sus obras. Una de ellas fue Juan Alfonso Carrizo (1895-1957), quien no solo recibió el impulso de Padilla, sino también el de destacados folklorólogos como Juan Terán o Alberto Rougès.

Carrizo realizó un trabajo titánico para la época: reunir veintitrés mil coplas provenientes de la tradición oral. El material fue recogido en las provincias de Salta, Jujuy, Tucumán, La Rioja y Catamarca y dio como resultado los *Cancioneros*.

Siguiendo esta metodología, en 1936 Berta Vidal de Battini (1900-1984) inició sus investigaciones sobre el habla regional en la Argentina. Su investigación, desarrollada en el ámbito del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, consistió en la recopilación y el estudio de cuentos y leyendas tradicionales del país. Para ello recorrió diversas regiones a lo largo de treinta años. Su trabajo consta de tres mil versiones y variantes de la narrativa folklórica, con especial interés en la textualización de las versiones orales y la distinción geográfica según los tipos de relatos populares y sus variantes dialectales.

El trabajo de Berta Vidal de Battini encontró continuadores que enriquecieron los estudios folklóricos con sus aportes; tal fue el caso de Juan Draghi Lucero con su *Cancionero popular cuyano* o *Las mil y una noches argentinas*; Ismael Moya y su *Romancero*; Isabel Aretz de Ramón y Rivera, quien compiló un importante cancionero poético-musical de La Rioja; Bruno C. Jacovella, que introdujo el análisis crítico y una rigurosa visión científica para abordar materiales de esta naturaleza, y Félix Coluccio, quien impulsó la inclusión del folklore en el ámbito de la enseñanza y contribuyó al conocimiento de la disciplina con su *Diccionario folklórico argentino*. En la misma línea se destacan los trabajos de Adolfo Colombres, antropólogo, ensayista y escritor, quien dirigió el Programa de Rescate de la Literatura Popular e Indígena, dependiente del Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, que dio como resultado la obra titulada *Literatura popular bonaerense* compuesta por cinco volúmenes. Además, publicó una compilación de supersticiones argentinas, bajo el título *Seres sobrenaturales de la cultura popular argentina* y *Seres mitológicos argentinos*.

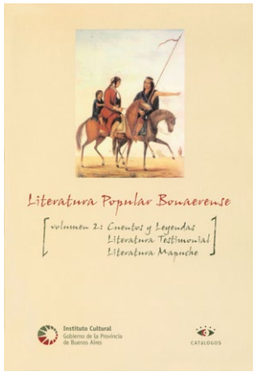
Los cambios en la fisonomía del país debido a las diferentes oleadas inmigratorias y la preeminencia de Buenos Aires como una ciudad en crecimiento, pujante y enriquecida provocaron la migración interna y un cambio cultural. Estas cuestiones influyeron en el estudio del folklore y, en cierta medida, enriquecieron la discusión entre folklorólogos, como es el caso de Orestes Di Lullo y su estudio histórico-geográfico de las versiones orales y los testimonios en los que rastrea la impronta hispánica, frente a la postura de Bernardo Canal Feijóo que aplica su método para rastrear una matriz antropológica indígena en las diferentes versiones de las leyendas.

A partir de la década de 1940, los estudios folklóricos cobraron otro cariz, cuando Augusto Raúl Cortazar (1910-1974) propuso por primera vez su teoría del folklore, basada en la noción de "sociedad *folk*". A este aporte se suma el esfuerzo de Cortazar por introducir la disciplina folklórica en el ámbito académico, sentando las bases para la Licenciatura de Folklore en la Facultad de Filosofía y Letras, en cuyo plan de estudios se incluía la práctica de la investigación de campo.

Como director del Fondo Nacional de las Artes, Cortazar estimuló las investigaciones folklóricas y difundió muchas de estas expresiones mediante soportes no empleados hasta el momento para tal fin, como sucedió con la *Colección de folklore argentino en imagen y sonido* o el relevamiento cinematográfico de expresiones folklóricas. A su impulso se debe la publicación de la primera *Bibliografía del folklore argentino*.

Hasta aquí, un breve recorrido del devenir de los estudios del folklore literario en nuestro país. Si bien de un tiempo a esta parte el término folklore ha sufrido varias mutaciones y reinterpretaciones, el interés que suscita en los ámbitos académicos, las instituciones públicas y la sociedad en general, no ha disminuido.

Muestra cabal de que su hechizo sigue vivo es la exposición que la Biblioteca Nacional Mariano Moreno organiza en su Sala Juan L. Ortiz, cuyo fin último es poner en valor el importante acervo folklórico que conserva en sus fondos y con el que espera estimular nuevas investigaciones que permitan reflexionar sobre ese entramado de costumbres, creencias y tradiciones que conforman nuestra identidad nacional.



Adolfo Colombres (dir.), *Literatura popular bonaerense*, Buenos Aires, Subsecretaría de Cultura del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, 2003-2004. | Augusto Raúl Cortazar, *Guía bibliográfica del folklore argentino*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1964.

Ilustración en *Selecciones Folklóricas Codex. Síntesis Amena, Documental e Ilustrada de la Argentina Tradicional y Popular* (nro. 13, 1965-1966).

Encuesta Nacional De folklore

La Encuesta Nacional de Folklore (ENF) tuvo por finalidad reunir los saberes regionales y populares de nuestro pueblo. Estos saberes —recopilados por maestros rurales y aficionados— constituyen la colección más grande y completa de nuestro folklore. Los folios, transcriptos a mano por los docentes, recogen toda clase de reportes sobre las tradiciones y culturas de las provincias. Las carpetas a veces están acompañadas de mapas, dibujos originales y hasta de muestras que se recogían durante los trabajos.

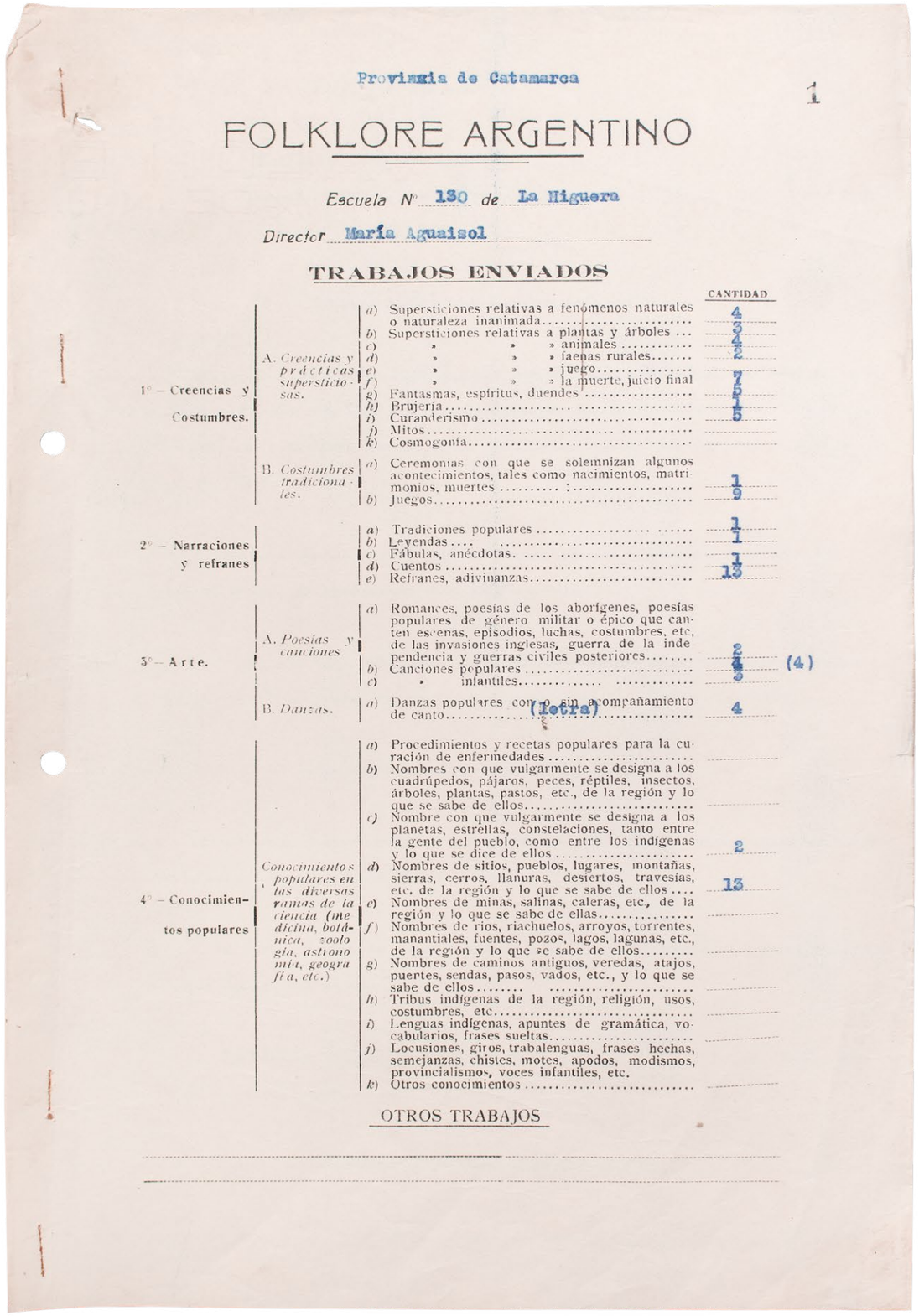
El proyecto fue propuesto en 1921 por el doctor Juan P. Ramos al Consejo Nacional de Educación. Para concretar una tarea tan vasta como ambiciosa, se imprimió un folleto titulado *Folklore argentino*, que fue distribuido entre los maestros. Este instructivo especificaba las pautas de clasificación que debían seguir los docentes: creencias y costumbres; narraciones y refranes; arte y conocimientos populares.

El Consejo Nacional de Educación agrupó 3250 testimonios que completaron más de 88.000 folios. Este archivo pasó al Instituto de Literatura Argentina (fundado en 1922 por Ricardo Rojas) con el objeto de procesar la información. Ante la imposibilidad física de editar e imprimir todo el material, desde 1924 hasta 1938 se conformó un índice que fue publicado en varios tomos con el título de *Catálogo de la colección de folklore*.

En 1951, el Instituto Nacional de la Tradición (nombre original del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, INAPL) solicitó la encuesta para analizarla y facilitar su estudio a los investigadores. La colección, desde entonces, está resguardada dentro de la Biblioteca "Juan Alfonso Carrizo" del Instituto.

En 2005 se microfilmó el material en nueve rollos, lo que facilitó la consulta de la encuesta original, pero el paso más relevante se dio en 2018, cuando la Biblioteca Nacional Mariano Moreno digitalizó la colección a través de su Centro de Microfilmación y Digitalización, mientras que la Biblioteca de Ciencias Exactas colaboró con el Instituto en la organización del material en archivos PDF. A partir de entonces la encuesta se puede consultar y descargar en esta dirección: https://enf1921.cultura.gob.ar/

◂ Armario donde se conservan las carpetas con los 88.000 folios originales de la Encuesta Nacional de Folklore, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL). Foto: Máximo Fiori.



Provincia de Catamarca

1

FOLKLORE ARGENTINO

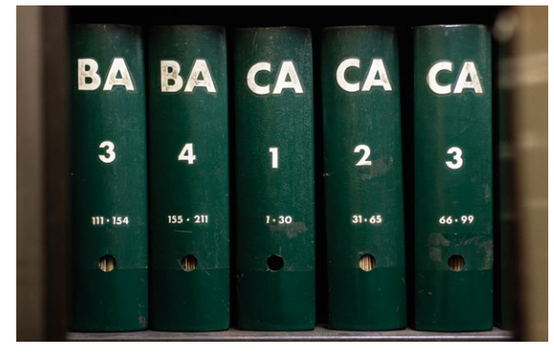
Escuela N° 130 de La Higuera

Director María Aguaisol

TRABAJOS ENVIADOS

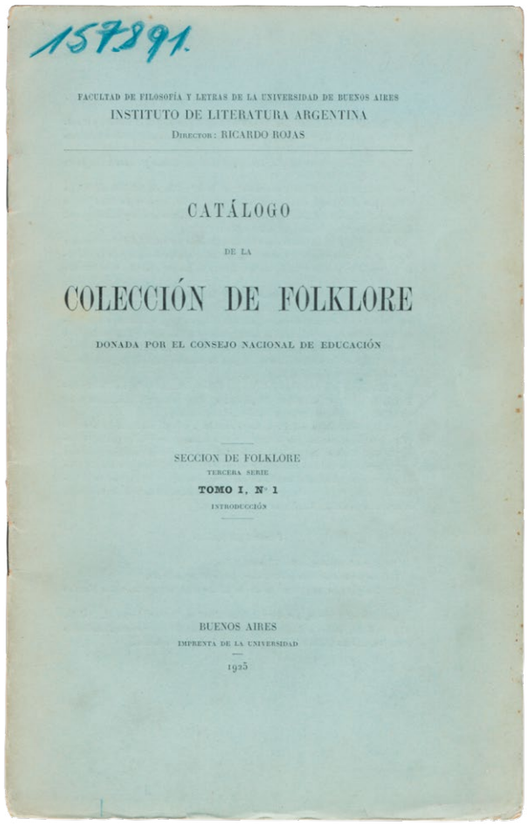
				CANTIDAD
1° – Creencias y Costumbres.	A. *Creencias y prácticas supersticiosas.*	*a)*	Supersticiones relativas a fenómenos naturales o naturaleza inanimada	4
		b)	Supersticiones relativas a plantas y árboles	3
		c)	» » » animales	4
		d)	» » » faenas rurales	2
		e)	» » » juego	
		f)	» » » la muerte, juicio final	7
		g)	Fantasmas, espíritus, duendes	5
		h)	Brujería	1
		i)	Curanderismo	5
		j)	Mitos	
		k)	Cosmogonía	
	B. *Costumbres tradicionales.*	*a)*	Ceremonias con que se solemnizan algunos acontecimientos, tales como nacimientos, matrimonios, muertes	1
		b)	Juegos	9
2° – Narraciones y refranes		*a)*	Tradiciones populares	1
		b)	Leyendas	1
		c)	Fábulas, anécdotas	1
		d)	Cuentos	13
		e)	Refranes, adivinanzas	
3° – Arte.	A. *Poesías y canciones*	*a)*	Romances, poesías de los aborígenes, poesías populares de género militar o épico que cantan escenas, episodios, luchas, costumbres, etc. de las invasiones inglesas, guerra de la independencia y guerras civiles posteriores	2
		b)	Canciones populares	4 (4)
		c)	» infantiles	3
	B. *Danzas.*	*a)*	Danzas populares con o sin acompañamiento de canto (letra)	4
4° – Conocimientos populares	*Conocimientos populares en las diversas ramas de la ciencia (medicina, botánica, zoología, astronomía, geografía, etc.)*	*a)*	Procedimientos y recetas populares para la curación de enfermedades	
		b)	Nombres con que vulgarmente se designa a los cuadrúpedos, pájaros, peces, réptiles, insectos, árboles, plantas, pastos, etc., de la región y lo que se sabe de ellos	
		c)	Nombre con que vulgarmente se designa a los planetas, estrellas, constelaciones, tanto entre la gente del pueblo, como entre los indígenas y lo que se dice de ellos	2
		d)	Nombres de sitios, pueblos, lugares, montañas, sierras, cerros, llanuras, desiertos, travesías, etc. de la región y lo que se sabe de ellos	13
		e)	Nombres de minas, salinas, caleras, etc, de la región y lo que se sabe de ellas	
		f)	Nombres de ríos, riachuelos, arroyos, torrentes, manantiales, fuentes, pozos, lagos, lagunas, etc., de la región y lo que se sabe de ellos	
		g)	Nombres de caminos antiguos, veredas, atajos, puertes, sendas, pasos, vados, etc., y lo que se sabe de ellos	
		h)	Tribus indígenas de la región, religión, usos, costumbres, etc.	
		i)	Lenguas indígenas, apuntes de gramática, vocabularios, frases sueltas	
		j)	Locusiones, giros, trabalenguas, frases hechas, semejanzas, chistes, motes, apodos, modismos, provincialismos, voces infantiles, etc.	
		k)	Otros conocimientos	

OTROS TRABAJOS



P. 16. Instrucciones y temario para hojas de maestros. **P. 17.** Carátula realizada por un maestro rural para la ENF. | Armario y carpetas donde se preserva la ENF, 1921. INAPL. | Carátula original de la encuesta realizada por Felisa de Maldonado, Escuela Nacional N° 396, Colonia Siegel, Santiago del Estero. Fotos: Máximo Fiori.

Catálogo de la colección de folklore donada por el Consejo Nacional de Educación, tomo 1, nro. 1, Facultad de Filosofía y Letras, 1925. División Libros, BNMM. | Cuadernillo nro. 3, Escuela N° 44, Yala de Monte Carmelo, Jujuy, 1925. INAPL. | Máster de la copia original de la Encuesta Nacional de Folklore. Departamento de Digitalización, BNMM. Fotos: Máximo Fiori.

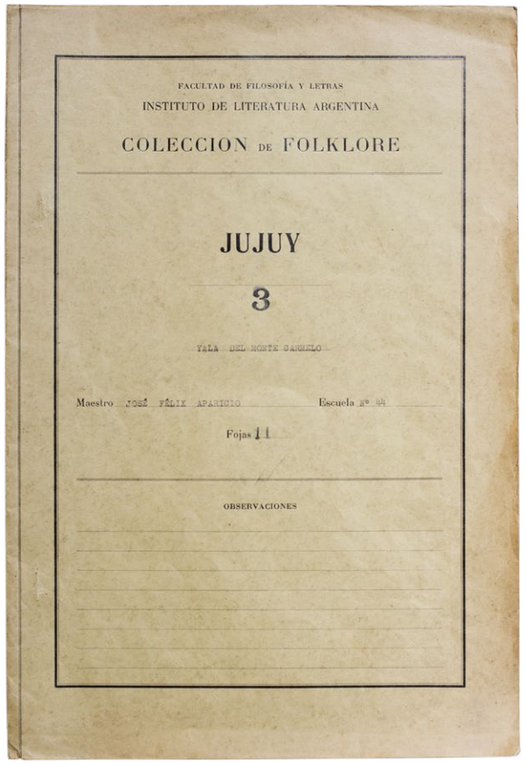

157891.

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
DIRECTOR: RICARDO ROJAS

CATÁLOGO
DE LA
COLECCIÓN DE FOLKLORE
DONADA POR EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

SECCION DE FOLKLORE
TERCERA SERIE
TOMO I, N° 1
INTRODUCCIÓN

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD
1925


FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
COLECCION DE FOLKLORE

JUJUY
3
YALA DEL MONTE CARMELO

Maestro JOSÉ FÉLIX APARICIO Escuela nº 44
Fojas 11

OBSERVACIONES

El Instituto de Literatura Argentina inicia con este folleto el catálogo de la "Colección de Folklore (I)" donada a la Facultad de Filosofía y Letras por el Consejo Nacional de Educación. [...]
El criterio seguido por el Instituto de Literatura Argentina al planear esta publicación es el siguiente: 1º un folleto para cada provincia, empezando por las regiones del norte; 2º un capítulo aparte para cada legajo, bajo el nombre de su remitente, siguiendo el orden alfabético; y 3º el enunciado de las diferentes piezas contenidas en cada legajo, conservando las indicaciones de procedencia y nomenclatura tal como aparecen en el original.

Ricardo Rojas

Algunas muestras del trabajo realizado por los docentes para la Encuesta Nacional de Folklore, INAPL.

La región cuyana comprende las provincias de San Luis, San Juan y Mendoza, ocupadas en sus orígenes por las culturas indígenas huarpe, pehuenche y comechingona que sufrieron la temprana desaparición de sus comunidades originarias mediante el exterminio a manos de la denominada cultura blanca. Sin embargo, esas raíces indígenas afloran en cada relato de la región, ya sea a través de la cosmogonía huarpe, en la que el origen de todas las cosas es el producto de la unión entre la montaña y el sol, o en la de los comechingones, en la que el sol y la luna son los creadores de todo lo conocido. También se mantienen arraigadas entre los habitantes de este espacio geográfico las creencias en torno al origen mítico de la fauna, ya sea a través de un castigo o una gracia divina, por la cual los humanos fueron convertidos en animales.

Esta región, según Berta Vidal de Battini, "constituye un punto intermedio entre el Norte tradicional y el Litoral cosmopolita, y forma un lazo de unión entre la selva, la montaña y la pampa". En ella se dio la confluencia de la civilización quichua con la araucana que se relacionó a su vez con las creencias introducidas por los españoles durante la colonización. De esta fusión surgió un imaginario fantástico que pone de manifiesto la unión indisoluble de la tradición indígena con las creencias españolas, específicamente las relacionadas con la religión católica.

Los mitos que proliferan en estas tierras tienen como protagonistas, en su mayoría, seres que han sufrido una metamorfosis o son el producto de una metempsicosis por la cual se han convertido en almas reencarnadas. La razón de la existencia de estos seres mitológicos quizás estriba en que los habitantes de estas geografías observaron con detalle y compasión la naturaleza que los rodeaba y buscaron analogías para poder explicarla. Así, por ejemplo, en el canto de las aves creyeron escuchar los lamentos de seres metamorfoseados o percibieron un alma en pena en el vuelo silencioso y leve de los pájaros que cruzan los caminos y que parecen acompañar a los caminantes.

Lechuza

Es un pájaro de mal agüero y de fúnebre presencia. Habita en el interior de las cuevas de las vizcachas. Se la asocia también a la leyenda del ave suindá, protagonizada por una costurera que, en su afán por sobresalir con sus hermosos trajes en los festejos del pueblo, descuida a sus siete hijos. Cuando concluyen las fiestas, la mujer descubre que sus hijos murieron de frío por su abandono y la pena la convierte en suindá. Se dice que sus graznidos suenan como si fueran un rasguido de tela y suele dar siete seguidos, uno por cada hijo.

Cuentan viejas leyendas campesinas que hace ya muchos años vivía en la región una viuda, modelo de virtudes, en compañía de su única hija. Por ella trabajaba [...] pero mal pagaba la niña sus afanes y desvelos. Mostrábase áspera y cruel. [...] Anunciáronse por entonces grandes fiestas [...] y allá fue la moza [...]. Quiso la casualidad que la pobre mujer enfermara, y necesitando en la soledad en que se encontraba del cuidado y la compañía de su hija, mandó por ella. Esta se negó a volver. [...] La maldición de la moribunda cayó sobre la cabeza de la perversa. Esa misma noche, mientras dormía, se operó en su ser una rápida metamorfosis... fue perdiendo poco a poco su envoltura humana... Tuvo al fin la exacta noción de la realidad, y al verse convertida en ave, se lanzó hacia el espacio [...] Intentó gritar, llamar a su madre, pedirle perdón, en su garganta reseca había muerto para siempre la voz. Solo pudo arrancar en su desesperación un "chistido" estridente y seco, que se alargó como una nota trágica en el hondo silencio de la noche. [...] Y este fue el origen de la lechuza...

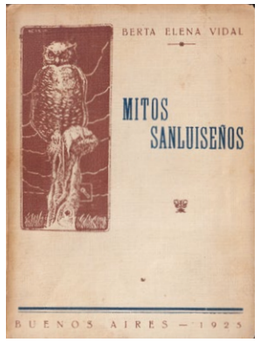
Berta E. Vidal, "La lechuza", *Mitos sanluiseños*, Buenos Aires, s. e., 1925.

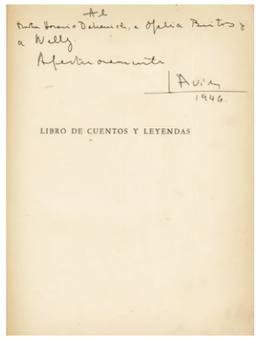
◂ Ilustración de Enrique Lachaud de Loqueyssie en *Aves argentinas y sudamericanas*, de Constancio Vigil (Buenos Aires, Atlántida, 1977).

Ilustración de Elsa Pasteknik en *Misiones y sus leyendas* (Buenos Aires, Plus Ultra, 1977).

Y la señora costurera llora. Con sus lágrimas moja los siete vestidos. Llora y se arrodilla. Cruza las manos sobre el pecho y se va encogiendo hasta quedar pequeña, pequeñita, del tamaño de un pájaro. Los vestidos de colores alegres se convierten en plumas oscuras, los brazos se transforman en alas, y vuela. [...] Cantó siete veces, como si rasgara siete telas distintas, para hacerle un traje a cada uno de sus siete hijos.

Javier Villafañe, "Leyenda del suindá", *Libro de cuentos y leyendas*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1945.





La "lechuza" es uno de los animales considerados por la gente del campo como muy mal agüero. Cuando la lechuza chilla y merodea próximo á algun rancho habitado dicen que es un anuncio seguro de muerte próxima de algun miembro de la familia ó cuando ménos de algun vecino.

Encuesta Nacional de Folklore (carpeta 26), fragmento de "La Lechuza", transcripto por Daniel G. Bustamante, Escuela N° 207, Ulbara, San Luis, 1921. | Ilustración escolar de Pompeyo Camps en el cuento "La leyenda del suindá", de Javier Villafañe.

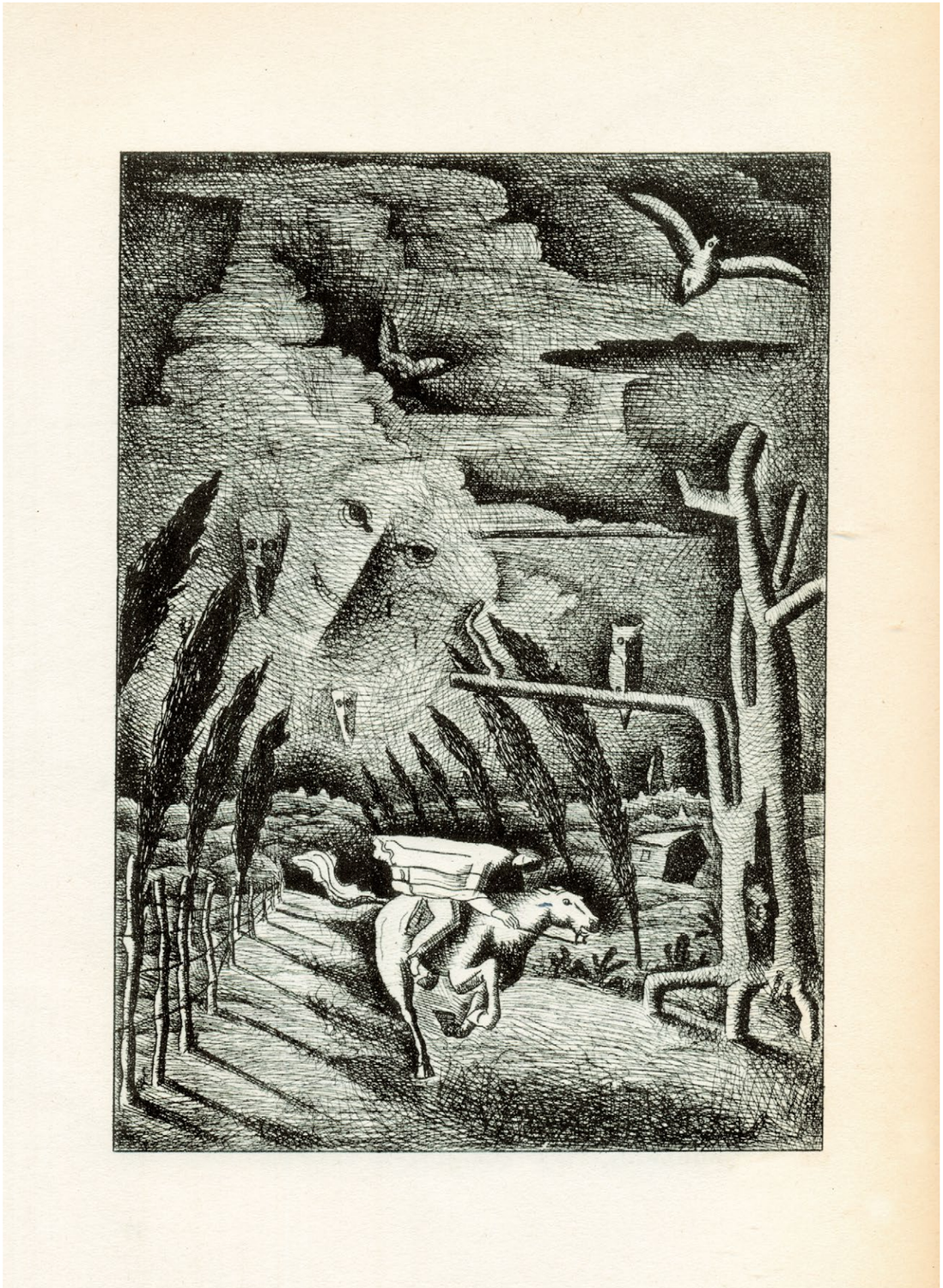


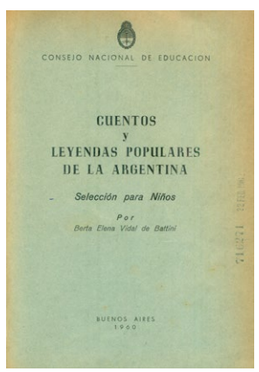
Ilustración de Raúl Veroni en *Por donde corre el zonda*, de Juan Pablo Echagüe (Buenos Aires, Kraft, 1940).

Crispín

Es el alma en pena de una mujer (algunos testimonios hablan de un hombre) que fue convertida en pájaro como castigo a su gran falta. Los relatos cuentan que la mujer fue al pueblo en busca de medicamentos para su marido, un hombre bueno y trabajador, pero se enteró de una fiesta y se quedó en ella hasta el día siguiente. Al volver a su hogar, la mujer se encontró con su marido muerto y, llena de horror, descubrió que se convertía en pájaro y que solo podía emitir un sonido: "Crespín, Crespín", el nombre de su marido muerto.

La orgía terminó. Despertose Crespina en medio del silencio y la desolación. Ni rastros del festín, ni huellas del amado.
—¡Crespín!... ¡Crespín!... ¡Crespín!...
Llamábalo la infeliz mujer, vagando como un espectro en la umbría de las marañas o en las soledades de las quebradas. En sus quejas ya no cabía más pena ni desesperación. Tanto lloró que se convirtió en pájaro. Y así seguiría repitiendo:
—¡Crespín!... ¡Crespín!... ¡Crespín!..., hasta el día que lo encuentre.

Dora Ochoa de Masramón, "Leyenda del Crespín", *Folklore del Valle de Concarán*, Buenos Aires, Luis Lasserre, 1966.



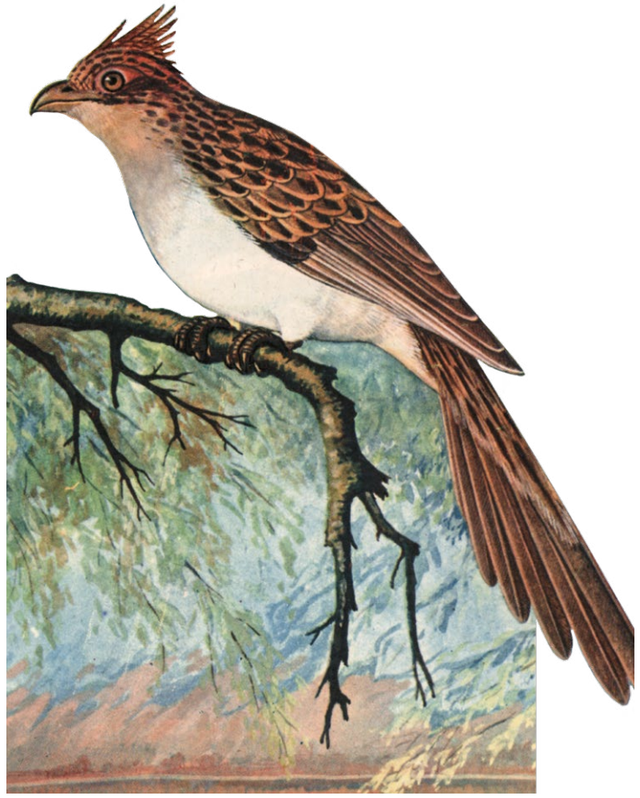


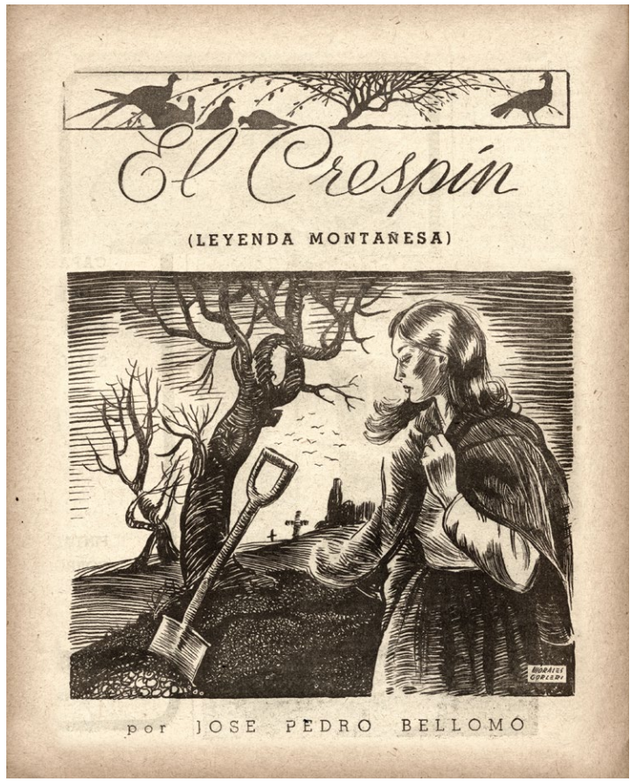
Ilustración de Enrique Lachaud de Loqueyssie en *Aves argentinas y sudamericanas*, de Constancio Vigil (Buenos Aires, Atlántida, 1977).

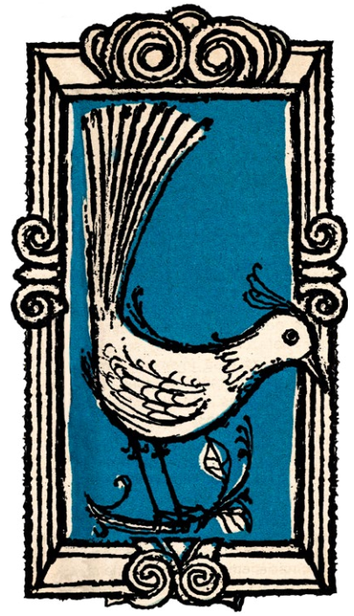
El marido se llamaba Crespín; era laborioso y amigo de la vida simple y sobria de la casa. La mujer, en cambio, era haragana, despreocupada y, sobre todo, amiga de los bailes y de las diversiones. [...] Debía hacerlo todo solo. Su mujer no era capaz de atar una gavilla. A raíz de esto se enfermó. La mujer tuvo que ir al pueblo más cercano para traerle algunos remedios [...] La aloja, las vidalas, los gatos y las zambas despertaron en ella su irresistible afición a las fiestas. [...] Cuando le anunciaron que Crespín había muerto, dijo: "La vida es corta para divertirse y larga para llorar" y siguió divirtiéndose, como si nada hubiera sucedido. [...]
Cuando la mujer regresó a su casa, se encontró en la más horrible soledad [...] Enloquecida de dolor, pidió a Dios que le diera alas para seguir su búsqueda, y se convirtió en ave. Desde entonces, fue el pájaro esquivo y solitario que en la época de la siega llama al compañero, con su silbo tristísimo: ¡Crespín!... ¡Crespín!... ¡Crespín!

Berta Vidal de Battini, "El crespín", *Cuentos y leyendas populares de la Argentina seleccionados para niños*, Buenos Aires, Consejo Nacional de Educación, 1960.

Leyendas
- El crespin.

Fué en un domingo de carnaval; Crespin y su mujer llamada Crespina salieron a divertirse
Entre Crespin y el Coyullo se produjo un disgusto y por último se trabaron en lucha quedando víctima Crespin.
Corren a avisar a Crespina que su marido había sido muerto en circunstancias que ella estaba bailando y contestó: Para llorar hay tiempo y para bailar no hay, que se siga el baile. Y así fué que el baile duró los tres días de carnaval y cuando ella volvió a su casa lo empezó a llamar con ayes lastimeros y por eso todavía se la siente que lo llama cuando empiezan a madurar las brevas.





ENF (carpeta 355), fragmento de "El Crispín", transcripto por Luisa Zelarayán, Escuela N° 191, San Miguel, Catamarca, 1921. | Ilustración de Morales Gorleri en *El Crespín (Leyenda Montañesa)*, de José Pedro Bellomo (Pampa Argentina, nro. 279, marzo de 1951). | *Billiken. La Revista de los Niños*, año 52, nro. 2675, abril de 1971.

El Atajacaminos

Es un ave rapaz que debe su nombre a la costumbre de agazaparse en el medio de los caminos con las alas extendidas y el pico abierto. Se la considera un ave de mal agüero y puede representar el alma de un condenado o de una persona asesinada que busca redención. Otra leyenda sostiene que se trata del alma de un niño perdido que desea detener a los viajeros para preguntarles por el paradero de su madre.

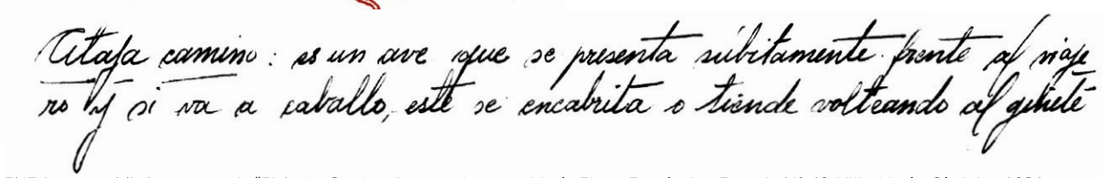
El arroyo bramaba en el fondo de la maraña y un viento lento y remoto agitaba la espesura; y era viento intermitente y ululante como el resuello de un pulmón colosal.
Cuando ño Tinti llegó al mal paso, se lanzó del suelo, de repente, ante la mula, un negro pájaro de alas abiertas, inmenso y tambaleante.
¡Huí, huí, ha, ha, ha!... fue el grito de Panta. Un grito largo, agudo, espantoso, aterrorizado de su propio horror.
La mula, al sentarse en las patas, perdió el equilibrio y la tierra cedió. Y Ventura Tintilay, allá en el lecho riscoso y duro del arroyo, no fue más que una bolsa de huesos rotos, de ropas hechas trizas y de sangre.

Juan Carlos Dávalos, "El ataja-caminos", *La Novela Semanal*, nro. 34, 1918.

El ave extraña despertó curiosidad y los comarcanos decidieron observarla con empeño. Su lúgubre grito de "Tucu, suyuncu-u-u-u" sugirió el recuerdo del que profiriera el pobre pifio antes de morir y comprobaron después los lugareños que el exótico pájaro acompañaba a los viajeros, posándose de tramo en tramo del camino y precediéndolos en la marcha. Los sencillos campesinos sospecharon, por tal motivo, que el Tucu Suyuncu —que así bautizaron al ave, imitando su quejumbroso grito— representaba el alma del niño Centurión que, para evitar accidentes como el que sufriera su padre, iba, durante la noche, precediendo la marcha de los viandantes, señalándoles los peligros de los ásperos caminos serranos.
Según las apreciaciones de los viejos habitantes de la Puna, el Tucu Suyuncu era un ave parecida al Atajacaminos y de idénticas costumbres.

Juan Arribau González, "El Tucu-Suyuncu", *La cuesta del diablo. Leyendas y episodios correntinos y salteños*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Piselli, 1935.

Ilustración de Elba Fábregas en *Historia de pájaros*, de Javier Villafañe (Buenos Aires, Emecé, 1957).



Ataja camino: es un ave que se presenta súbitamente frente al viajero y si va a caballo, este se encabrita o tiende volteando al jinete

ENF (carpeta 64), fragmento de "El Ataja-Caminos", transcripto por María Elena Fernández, Escuela N° 62, Villa María, Córdoba, 1921.

Otros seres de la región

Ilustración de Julieta Farfala en *Fantasmas de la selva y otras leyendas latinoamericanas*, de Ana María Shua (Buenos Aires, Planeta, 2018).

Exequiel Díaz, *El farol, narraciones tucumanas*, Buenos Aires, Tor, 1924.

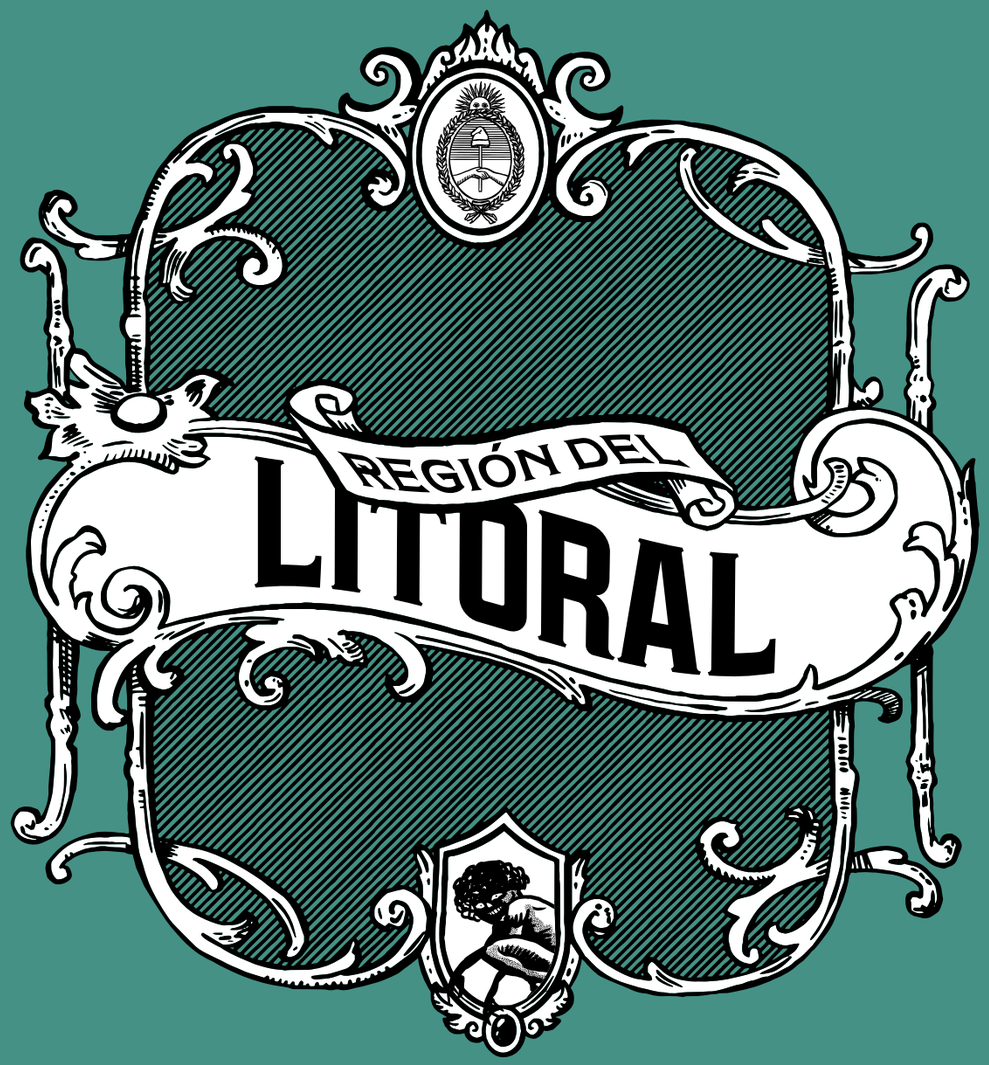
■ **Viudita.** Es el alma en pena de una mujer. En algunas regiones se cuenta que la propietaria de un extenso e importante campo, muy altiva, despreciaba el amor de un joven, quien, atormentado, murió de amor por ella. Su madre maldijo a la mujer y con ayuda de fuerzas demoníacas consiguió transformarla en cuervo. Otros testimonios dicen que es el alma en pena de una mujer que se suicidó en el río luego de conocer la infidelidad de su marido.

Ñandutatá. En guaraní significa "avestruz de fuego". Se la describe como un avestruz muy grande, rodeada de fuego, que corre y desaparece rápido de la vista. Es de muy mal agüero, ya que la persona que la ve cae enferma y muere en el término de un día, salvo que consiga ser bendecida por un sacerdote antes de su desenlace fatal.

Gritona. Pájaro oscuro de grandes alas que emerge de un pozo de agua para azuzar y atosigar a los caminantes. Se cree que es el alma en pena de una persona que murió asesinada o ahogada en el pozo. Para exorcizar su presencia se debe bendecir el jagüel y rezar por la salvación del espíritu.

■ **Farol.** Es una luz fantasmagórica que acecha a los caminantes nocturnos. Algunos testimonios la describen como un ave, que recuerda la apariencia del Ave Fénix del mito. También se relata la historia del Farol como un ave de alas oscuras y extensas, con un panal luminoso en el pecho, que atraviesa el cielo nocturno. Los testigos, al contemplarlo, exclaman que es el Farol o *Ninachiri* que, durante medio siglo, incubó su nueva vida y renace de sus cenizas **(ver Luz Mala)**.

Gallo culebrón. Ave imaginaria de la región patagónica, que posee cabeza de gallo y cuerpo de culebra. Su aliento es mortal y suele aparecerse de improviso en las casas donde hay un enfermo incurable. Flota en el aire mientras realiza movimientos ondulantes con su cuerpo. Deja a su paso un olor nauseabundo que se disipa quemando azúcar o hierbas. Se reproduce mediante un huevo **(Ver basilisco)**.



El Litoral argentino comprende el territorio formado por las provincias de Misiones, Corrientes, Entre Ríos, parte de Formosa, Chaco y Santa Fe. Su característica principal, como su nombre lo indica, es estar a orillas o cerca de las costas de los ríos, en este caso del Paraná, el Paraguay y el Uruguay. En esta región conviven los caudalosos ríos con la selva y la tierra rojiza. Su naturaleza es imponente y se vuelve una tierra propicia para la proliferación de mitos y leyendas.

Estos territorios fueron habitados por guaraníes, mocovíes, pilagás, guaycurúes, timbúes y quiloazas, entre otros pueblos. Muchas de estas comunidades perviven aún hoy, siendo la más extendida la guaraní. Las creencias y supersticiones de la región responden a esta cultura, así como a la mestización producida en el siglo XVI a partir de la colonización española. Es decir que el folklore tradicional es el resultado de la mezcla de las creencias de los pueblos originarios con los elementos europeos introducidos en el territorio.

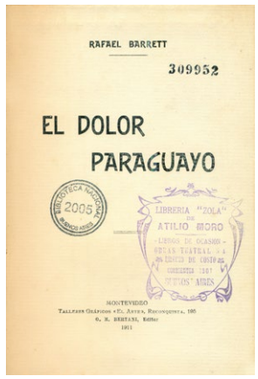
La cultura guaranítica, profundamente espiritual, desarrolló su cosmogonía alrededor de la figura de Mbya, el ser supremo dador de todas las cosas, que podía manifestarse a través de Tupá, una entidad espiritual presente en el trueno, o en la figura de Ñamandú, el dios padre de todos los hombres. Y en el otro extremo, manifestándose también en la naturaleza, se hallaba Añá, la fuerza maléfica presente en toda catástrofe natural, generadora de la muerte. Es así que desde sus orígenes existe una estrecha relación con la naturaleza y el vínculo que establecieron con su entorno los pueblos que integran esta cultura. De esa relación se desprende un legado cultural intangible, que se transmite de generación en generación a través del relato, la charla y la conversación alrededor del fogón. En esas narraciones, el monte, la selva, la orilla del río son escenarios fértiles para que la magia y lo sobrenatural se revelen. La naturaleza abundante y misteriosa propicia la manifestación de los seres mitológicos, cuyo origen se remonta a lo sagrado y lo pagano. Allí, a orillas del río, “espía” el Pombero. En las selvas calurosas y abundantes acechan los duendes que esperan a los niños desobedientes en la hora de la siesta. Entre los árboles frondosos, las aves mágicas cantan sus penas infinitas y en la noche cerrada del monte se pasean almas en pena y lobisones condenados.

El Pombero

También denominado "El dueño del sol", es un espíritu de la naturaleza que, en su origen, fue el protector de los pájaros y los árboles. De allí que su función sea castigar a los niños que trepan a los árboles para cazar pájaros. Sale en la hora de la siesta y secuestra niños que se escapan de sus casas. También gusta de perseguir jóvenes mujeres a quienes viola y generalmente embaraza. Las descripciones varían según la región. En algunas partes del país, se lo describe como un hombre muy alto y delgado que lleva un sombrero de alas anchas y una caña en la mano. En otras zonas, se lo describe como un ser pequeño, parecido a un duende, extremadamente feo. El Pombero se pasea en la siesta silbando y se enoja mucho si alguien responde a su silbido. Si bien es esencialmente dañino, también puede ser bueno y proteger a los hombres que lo invocan con ofrendas.

> Pombero, es decir, espía. Es el hijo de la noche, el merodeador incansable, devorado por una curiosidad terrible. ¿Qué busca? ¿Qué reclama? ¿Algún tesoro por sus abuelos perdidos? ¿Alguna visión de ensueño, desvanecida en su entendimiento brumoso? Espíritus timoratos se figuran que tiene *payé* para hacerse invisible, para pasar por el ojo de la llave y acariciar impunemente a las vírgenes dormidas. Pero esto es un error: el poder del Pombero no llega a tanto. Huye entre las zarzas con la velocidad de una liebre; los perros no consiguen alcanzarlo, y cuando gana la espesura del bosque, no hay quien lo rastree. Las sombras nocturnas y el vigor de sus piernas le permiten vivir oculto. No es invisible: varias personas lo han visto.
>
> Rafael Barrett, "El Pombero", *El dolor paraguayo*, Montevideo, O. M. Bertani, 1911.

◄ "El Pombero", tinta china. Ilustración de Sergio Ibáñez en "El señor de los pájaros" (revista *Mikilo*, nro. 4, 2001; *Mikilo Integral*, vol. 1, 2019).



Cuentan los lugareños del Noreste argentino que tales silbidos son de seres de la noche, llamados "Pombero". Alguien asegura haberlo visto y mantenido con él vínculo de amistad. Dicen que posee una pequeña estatura, piel clara y que siempre va munido de amplio sombrero de paja y un pequeño poncho, vive en la campiña, en los bosques cercanos al poblado o en las riberas de ríos rumorosos.
El Pombero se insinúa en las cálidas noches, principalmente cuando hay amenaza de lluvia o posibilidades de tormenta.
Aseguran que son apasionados y que gustan de las niñas bonitas que están en los estrados de la adolescencia.

Sixta Segovia de Giuliano, "El Pombero, episodio", *Verde infierno, cielo manso. Cuentos y leyendas del litoral*, Santa Fe, Castellví, 1965.

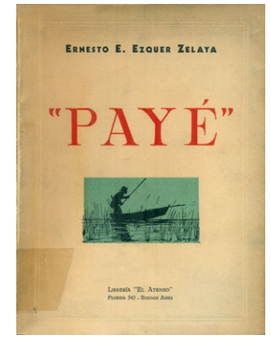
Localidad Resistencia — Escuela Nº 54

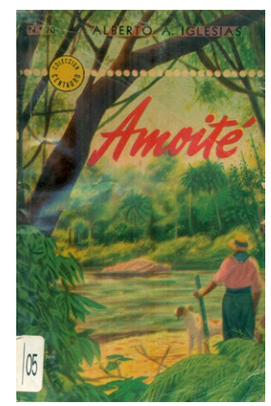
X Leyenda del Pombero ó Guarahú Yára

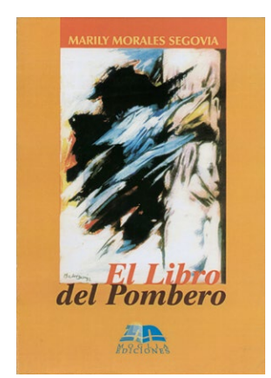
Remitente: Directora María R. De-Grandi
Persona que la narró: Antonio Cáceres — Edad 85 años

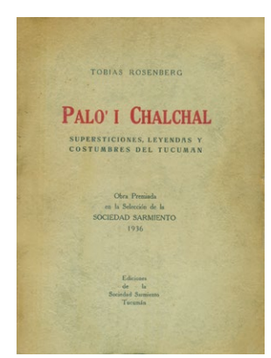
En el territorio del Chaco se cree que el Pombero es un compañero que puede presentarse en forma de un indio, de un camalote, de un tronco de árbol ó de una sombra, según el servicio que deba prestar a la persona que haga trato con él, a la que la libra de los peligros acompañándola por todas partes.

También dicen que silba como un pájaro y que en cambio de sus servicios, es necesario ofrendarle de noche tabaco, yerba ú otras cosas, dejándolas fuera del rancho; y que de él hay que hablar muy poco y en voz baja.









P. 34. Ilustración de Juan Carlos Barco en *Seres mágicos que habitan la Argentina*, de Elena Bossi (Salta, Milor, 1994). | Ilustración de Leonardo Batic en su libro *Diario 3. Litoral* (Buenos Aires, Albatros, 2006). | Ilustración de Enrique Breccia de "El sueñero" (revista *Fierro*, nro. 16, 1985). | ENF (carpeta 85), fragmento de "El Pombero", transcripto por María A. de Grandi, Escuela N° 54, Resistencia, Chaco, 1921.

P. 35. Ernesto E. Ezquer Zelaya, *Payé*, Buenos Aires, El Ateneo, 1943. | Elsa Leonor Pasteknik, *Misiones y sus leyendas*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1977. | Alberto A. Iglesias, *Amoité*, Buenos Aires, Acme, 1953. | Marily Morales Segovia, *El libro del Pombero*, Corrientes, Moglia, 2005. | Tobías Rosenberg, *Palo'i Chalchal. Supersticiones, leyendas y costumbres del Tucumán*, Tucumán, Sociedad Sarmiento, 1936. | Afiche de la película *Embrujada*, dirigida por Armando Bó en 1976. Archivo del Museo del Cine Pablo Ducrós Hicken.

El Lobizón

También conocido como **Lobisón** o **Lobisome.** Se dice que el séptimo hijo varón consecutivo está condenado a ser lobisón. Su condición es entendida como una enfermedad que lo lleva a convertirse la medianoche de los viernes o martes en un ser enorme, en general un perro negro y corpulento, aunque también puede adquirir la forma de un cerdo. Se alimenta de excrementos de gallina, cadáveres robados de cementerios y niños no bautizados. Para combatirlo, hay que dispararle con una bala bendita. En el caso de que muerda a alguien, la víctima se convierte también en lobisón. El canto del gallo le devuelve su forma humana, como hombre alto, flaco, de aspecto enfermizo y mal olor. Este mito es de origen europeo y, al fundirse con las creencias y costumbres de nuestro país, adquirió características particulares.

Son - son e la tierra
Recemo oración,
neglo ya sabe,
la luna di vierne
trae lobisón.
Cabeza e cerdo
detrá e la tuna,
cuelpo di lobo
alumbra la luna.
Son - son e la tierra
la puerta arañó
trae "daño" en lo'ojo
e neglo Io vio.

Rubén Carámbula, "El lobisón", *Negro y tambor: poemas, pregones, danzas y leyendas sobre motivos del folklore afro-rioplatense*, Buenos Aires, Editorial Folklórica Americana, 1952.

◄ "Lobizón", Emiliano Urich, técnica digital (revista *Lobizón*, nro. 2, 2016).

—¡El lobizón! ¡Don Jorge! ¡El lobizón!
Allí, en la obscuridad, a veinte metros de la casa, algo como un gran ternero negro de ojos fosforescentes tenía a raya a la jauría que lo acosaba ladrando sin atreverse a hacer presa.
Un rarísimo tableteo como de castañuelas oyóse de repente y los perros aullando lastimeros ganaron en tropel el comedor.
Carabina a la cara, disponíase Aróstegui a hacer fuego, cuando sintió que una fuerza poderosa le arrancaba el arma de las manos mientras la voz de Toledo se elevaba suplicante:
—¡No tire, señor, no tire! ¡Es él! ¡Es él! ¡El lobizón! ¡Mi hijo!

Justo P. Sáenz, "Lobizones", *Pasto puna*, Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1928.

El lobizon. - Es creencia general que, el septimo hijo varon en una familia tiene la desgracia de sufrir mientras viva la virtud de transformarse en distintos animales - perro - cerdo etc. - o en un bulto informe y salir de su casa y recorrer la vecindad en ese estado, y se ha llegado a fijar el día de salida, y es el martes de cada luna nueva. - Y los que dicen haberse encontrado con el lobizon: se trata de un animal inofensivo o de un bulto informe que si se hacen disparos de arma la bala no penetra, solo se percibe el choque de algo que cae con violencia sobre un cuero seco. De aquí el cuidado que se tiene en una vecindad cuando en una familia son todos varones seguidos y hay el mismo de la creencia, el niño es muy vigilado. - Lo mismo acontece si se trata de puras hijas mujeres; pero la creencia más general es de que la séptima hija siempre es bruja, entendiéndose por bruja por que ha nacido con ciertas virtudes para adivinar el porvenir o curar enfermedades con palabras o con solo colocar una mano sobre la parte afectada del cuerpo.

ENF (carpeta 66), fragmento de "El Lobizón", transcripto por Albano U. Gallardo, Escuela N°66, Lucienville, Entre Ríos, 1921. | Friso fotográfico de las revistas *Lobizón* publicadas en Buenos Aires por la editorial Mo-Pa-Sa entre 1973 y 1974. Contó con la colaboración gráfica de Rubén Sosa, Carlos Duncan, Lito Fernández y Jorge Claudio Morhain, entre otros.

Afiche de la película *Nazareno Cruz y el lobo*, dirigida por Leonardo Favio, 1976. Archivo del Museo del Cine Pablo Ducrós Hicken. | Ilustración de Jorge Edgardo Lezama en *El perro negro en el folklore*, de Rafael Jijena Sánchez (Buenos Aires, Dolmen, 1952). | Ilustración de Enrique Breccia de "El sueñero" (revista *Fierro*, nro. 16, 1985).

COLABORE EN "LEOPLAN"

El campo argentino está poblado de cuentos, leyendas y sucedidos. En torno a los fogones, hombres y mujeres se agrupan para escuchar el relato de sucesos que el protagonista cuenta con voz emocionada y que poco a poco va cautivando a los oyentes. El Lobisón, la Siguanaba, la Salamandra, etc., son figuras del trasmundo que suelen "recorrer" las enmarañadas selvas chaqueñas o las extensas tierras pampeanas para salir al paso del viandante que se aventura por ellas en noche oscura... Si a usted le sucedió algo de esto, envíenos su relato, que si es interesante se lo publicaremos, retribuyéndole, en ese caso, con 15 pesos su molestia. No se preocupe por la forma o estilo literario. Envíe simplemente el suceso, que nosotros le daremos sentido periodístico. A fin de dar una idea de la presentación que daremos a estas colaboraciones, ofrecemos al lector, a continuación, un suceso ocurrido en la selva de Misiones.

MI ENCUENTRO CON EL LOBISON

Montado en mi zaino volvía al rancho, después de unas horas de alegre fiesta. La noche cerraba con tupido velo negro el camino por donde se aventuraba mi cabalgadura. Los árboles, como gigantes enramados, formaban un túnel sobre e sendero. Un siencio inusitado me rodeaba: ni las ranas de la laguna próxima alteraban esa mudez. Sólo el paso de mi zaino ponía rumor en la noche. Tanta calma comenzaba a inquietarme. Quizá influyese en eso el contraste que de pronto se había producido a mi alrededor: primero, la bulliciosa fiesta, y ahora, la calma de la muerte.

De pronto, por mi mente comenzaron a pasar cuentos y leyendas de aparecidos. Los legendarios moradores de la selva iban cobrando forma a medida que me adentraba en la picada.

Un sudor frío bañaba mi frente e imprimía convulsivo temblor a mis manos. El caballo seguía tranquilo su paso, en procura de la querencia.

De súbito, y cuando me acercaba al abra del camino, un aullido estridente quebró el sueño de la noche.

—¡Anima bendita! —exclamé, al tiempo que me santiguaba.

Aquel grito impresionante parecía la quejumbre angustiosa de un perro en peligro de muerte.

Unos pasos siguió avanzando mi caballo, cuando de nuevo la estridencia del aullido volvió a repercutir entre el follaje. Mi caballo se asustó y me derribó al suelo. Desde esa posición, y con el terror en los ojos, vi de pronto surgir de entre las zarzas una espectral e imprecisa figura de perro.

—¡El Lobisón! —me dije aterrorizado.

Quise incorporarme para montar en el caballo, pero éste ya no estaba a mi lado. Fué tal el miedo que me sobrecogió, que sufrí un desmayo.

No sé cuánto tiempo permanecí tendido en el camino, sin conocimiento. Sólo recuerdo con precisión que, de pronto, la luz de un farol se acercaba a mi lado. Era mi hermano, que al ver llegar al caballo solo, comprendió que algo me había sucedido y salió en mi búsqueda.

Así fué mi encuentro con el Lobisón.

● **Sucedidos.** Se conoce como *sucedidos* los relatos con trasfondo legendario o fantástico que se cuentan en las zonas rurales del país, por lo general durante una ronda de mate, un fogón o algún asado. Se trataba de la ocasión en que una persona contaba a sus oyentes lo que le había "sucedido". A fines de la década del cuarenta, la popular revista *Leoplán* (1934-1965) se apropió de esta palabra campera para dar a conocer las leyendas y mitos de la Argentina.
El 2 de febrero de 1949, en el número 353, se dio inicio a la sección con la leyenda del lobisón y, junto al texto, los editores solicitaron la colaboración activa de los lectores. Todos los textos fueron acompañados por pequeñas viñetas de Raúl Valencia, dibujante de origen peruano y colaborador habitual de la revista. En total se publicaron 98 relatos, durante 49 entregas.
Leoplán, con los Sucedidos, sumó su grano de arena a la memoria popular de nuestro acervo mitológico.

Arriba. AA. VV., "Mi encuentro con el lobisón", *Leoplán*, nro. 353, 1949. **Abajo.** Bautismo del niño Hipólito Antonio Cruz, séptimo hijo varón, Rufino, Buenos Aires, 1929. Fondo AGN. | Bautismo del séptimo hijo de los esposos Di Ángelis, Colón, Entre Ríos, 1929. Fondo AGN.

● **Una ley para evitar la metamorfosis**
Las diferentes corrientes migratorias trajeron, junto con sus costumbres y creencias, algunas supersticiones arraigadas en sus culturas durante siglos. La leyenda del hombre lobo pronto se convirtió, en Argentina, en el mito del Lobisón: castigo al que estaban condenados los séptimos hijos varones (que luego se extendería al nacimiento de la séptima hija mujer) que en las noches de luna llena no podían evitar metamorfosearse en lobos.
Junto con la superstición, se importó también el modo de contrarrestar este mal, y así circuló la historia de unos migrantes rusos que, en 1907, durante la presidencia de José Figueroa Alcorta, solicitaron mediante una carta que el presidente bautizara en una ceremonia religiosa a su séptimo hijo varón, puesto que de esta manera se conjuraba el maleficio de que se convirtiera en lobo. Esa tradición, proveniente de la época de Catalina la Grande, aseguraba una protección mágica para evitar el mal. La ceremonia se llevó a cabo y a partir de ese momento se continuó con esta práctica hasta que en 1973, durante la tercera presidencia de Juan Domingo Perón, se estableció por el decreto 848/73 la figura de "padrinazgo presidencial", y en 1974 se convirtió en la ley 20843. En la actualidad sigue en vigencia, y muchas personas han recurrido a su aplicación.

Aurora Venturini, *Muerte del lobizón y pariciones. Poesía*, Buenos Aires, Francisco A. Colombo, 1965. | Juan-Jacobo Bajarlía, *El endemoniado señor Rosetti*, Buenos Aires, Almagesto, 1994. | José H. Impaglione, "Lobisón", Buenos Aires, El Morocho, 1957. Sala de Música y Medios Audiovisuales Gustavo "Cuchi" Leguizamón, BNMM. | Rafael Jijena Sánchez, *El perro negro en el folklore*, Buenos Aires, Dolmen, 1952. | Ilustración de Lautaro Fiszman en *Lobisón. Siete historias verdaderas sobre el séptimo hijo*, de Pablo Franco (Buenos Aires, Cruz, 2018). Óleo sobre papel. | "Mundo de lobizones", Fermín Chávez, revista *Cultura*, año III, nro. 10, 1951. | Ilustración de Diego Fernetti en *Miedo en el sur. El tigre gente y otros cuentos*, de Ana María Shua (Sudamericana, Buenos Aires, 2007).

Los lobizones andan en los surcos
inofensivos, con su boca enorme
húmeda de rocío y luna clara,
como habitantes puros de la tierra,
como sombras insomnes, como perros.

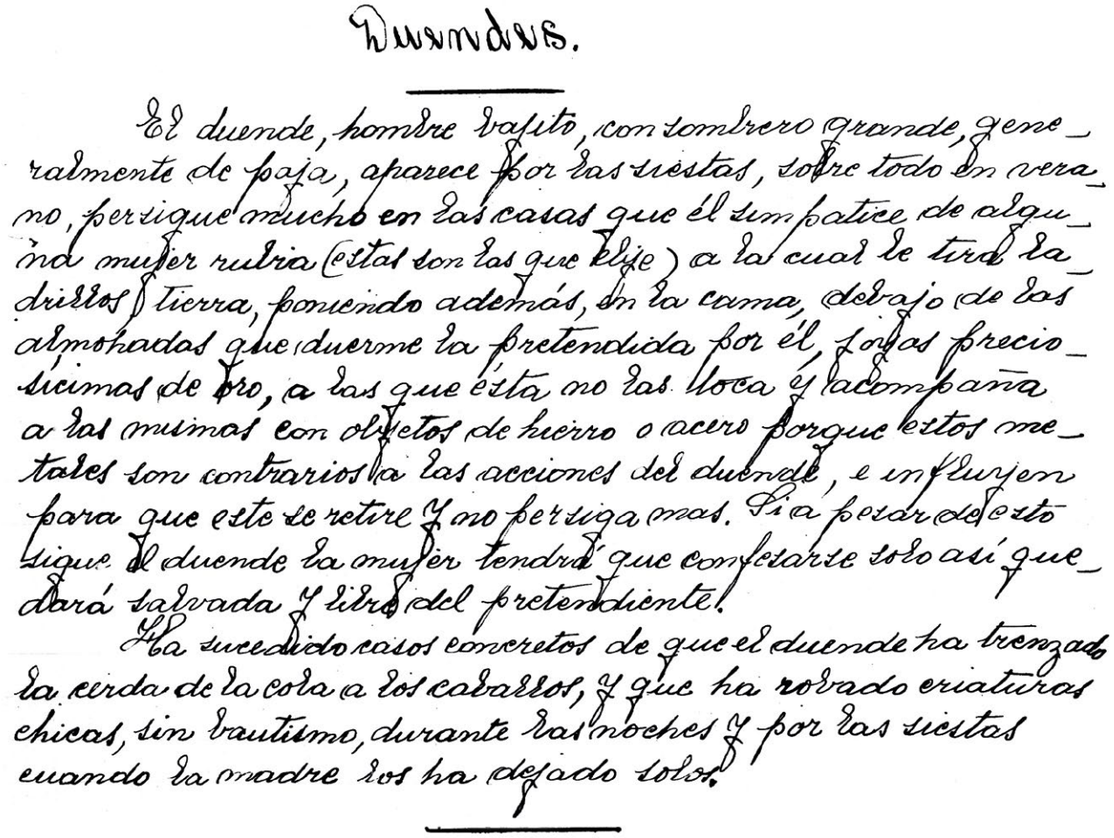
Es en una provincia donde el monte
cría su yarará y sus espartillos.
Es en una provincia del pasado
donde el tendón celeste del coraje
se llamaba combate del Talita.

Los lobizones llegan a las casas
sin querencia, jadeantes, lastimados,
y en el sueño del hombre se refugian
y en el pulso del hombre sobreviven
para morir cuando la aurora nace.

Fermín Chávez

Duendes

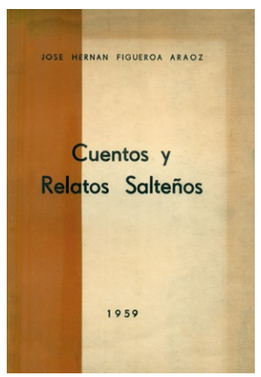
Para estos seres hay una descripción generalizada. Los testimonios coinciden en que son espíritus de niños muertos sin bautizar. Se los describe de pequeña estatura, llevan un enorme sombrero de ala ancha y se pasean llorando como criaturas. Según el espacio geográfico en el que se manifiesten, tienen nombres y características particulares.



Duendes.

El duende, hombre bajito, con sombrero grande, generalmente de paja, aparece por las siestas, sobre todo en verano, persigue mucho en las casas que él simpatice de alguna mujer rubia (estas son las que elije) a la cual le tira ladrillos y tierra, poniendo además, en la cama, debajo de las almohadas que duerme la pretendida por él, joyas preciosísimas de oro, a las que ésta no las loca y acompaña a las mismas con objetos de hierro o acero porque estos metales son contrarios a las acciones del duende, e influyen para que este se retire y no persiga mas. Si a pesar de esto sigue el duende la mujer tendrá que confesarse solo así quedará salvada y libre del pretendiente.

Ha sucedido casos concretos de que el duende ha trenzado la cerda de la cola a los caballos, y que ha robado criaturas chicas, sin bautismo, durante las noches y por las siestas cuando la madre los ha dejado solos.



Yacía el carril pálidamente iluminado por la luna y por él avanzaba un bulto. Al advertirlo, dije [...]: ¡este es el duende! [...] El hombrecillo seguía avanzando y pude observarlo a mi sabor. Era petiso y estaba vestido de una manera grotesca: el busto cubierto con un rebozo, ocultando sus cortonas piernas bajo una pollera gris, calzando ojotas. A despecho de su indumentaria femenina trascendía de él una poderosa reciedumbre viril. Su cabeza yacía descubierta mostrando una recortada pelambre. Su cara era cuadrada, de romano viejo. [...]. Al pasar por donde yo estaba parado [...] lo saludé sonoramente sin obtener respuesta [...] el hombrecillo, dando ciclópeas zancadas, se puso fuera de mi alcance, dirigiéndose resueltamente en procura del único árbol que se encontraba en toda la extensión de la quebrada [...], a medida que se iba internando, su rechoncha figura se adelgazaba, hasta que, llegando al tronco, su sombra subió por él y se desvaneció en las alturas de la copa.

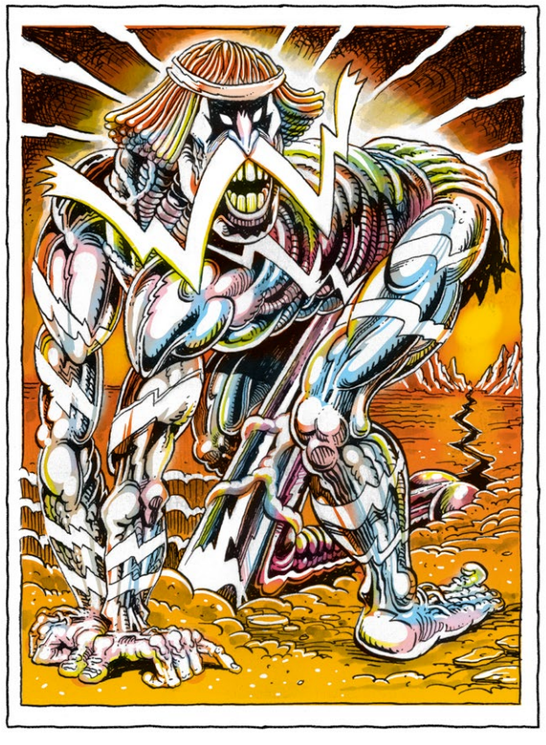
José H. Figueroa Aráoz, "Otra vez el duende", *Cuentos y relatos salteños*, Salta, s. e., 1959.

Yasí Yateré

Si bien se lo describe como un pájaro de silbido penetrante, en algunas regiones aseguran que el Yasí Yateré es un duendecillo rubio y simpático que recorre los campos con un enorme sombrero de paja y un bastón de oro con el que produce un terrible sonido anunciando su presencia. Este ser disfruta secuestrando niños a la hora de la siesta. Los atrae hacia los montes, donde juega con ellos, los lame y los deja abandonados envueltos en una enredadera. Cuando los niños son rescatados, están en estado de shock. Cuentan los paisanos que, al cumplirse un año del rapto, los niños sufren convulsiones. El duende rubio también rapta jóvenes a quienes embaraza para engendrar otros Yasí Yateré. Su presencia es fuerte en el Noreste y Centro del país.

Kurupí

También conocido como **Curupí.** Se lo describe como un hombre pequeño, morocho, con grandes bigotes. Camina en cuatro patas y arrastra un largo miembro, con el que, dicen, atrapa a sus víctimas. Sale en horas de la siesta y secuestra tanto a hombres como a mujeres. Se afirma que este duende maligno, que tiene los pies al revés, es antropófago y se alimenta principalmente de niños y mujeres. Algunas leyendas sostienen que su cuerpo no posee coyunturas. En algunas regiones, como la guaranítica, se le adjudican características vampíricas.



P. 42. ENF (carpeta 15), fragmento de "Duendes", transcripto por Feliciana Cejas de Amil Feijóo, Escuela N° 248, Ancocha, Santiago del Estero, 1921. **Arriba.** Ilustración de Leonardo Batic en *Diario 3. Litoral* (Buenos Aires, Albatros, 2006). | Ilustración de Julieta Farfala en *Fantasmas de la selva y otras leyendas latinoamericanas*, de Ana María Shua (Buenos Aires, Planeta, 2018). **Abajo.** "Kurupí", ilustración de Damián Scalerandi y Gastón Souto para este catálogo (BNMM, 2023).

Mikilo

También conocido como **sombrerudo.** Es un ser con aspecto de hombre pequeño, cabezón y barbudo. Algunos lo describen con cabello negro y otros con canas. Lleva un enorme sombrero de paja y disfruta asustando a los niños y jugando bromas pesadas a las personas. Su característica principal es que tiene una mano de lana y otra de hierro, y cuando se lo cruza en los caminos pregunta con qué mano quiere el caminante que le pegue, al elegir la mano de lana, golpea fuertemente, sorprendiendo a su víctima. En algunos casos sale a tentar a las jóvenes con obsequios, para alejarlas de sus casas. Es una suerte de "cuco" del que se sirven las madres y los padres para ponerles límites a los niños traviesos. Su presencia es fuerte en el Noroeste.

—¿Con cuál mano querís que te pegue?
La mano de fierro duele más que la de lana. Y la de lana, más que la de fierro. Con cualquiera de las dos te revienta el Sombrerudo. Sin compasión.

Iris Rivera, "El sombrerudo", *Mitos y leyendas de la Argentina. Historias que cuenta nuestro pueblo,* Buenos Aires, Estrada, 2007.

● **Rafael Curci**, escritor y titiritero, desarrolló a Mikilo en 1999 y la dupla de Tomás Coggiola y Marcelo Basile se encargó del aspecto gráfico. Posteriormente, Sergio Ibáñez se sumó al equipo. En calidad de artistas invitados también colaboraron dibujantes de la talla de Quique Alcatena, Solano López y Ariel Olivetti.
Con algunas pausas ocasionales, la historieta se publicó entre 1999 y 2012. Recientemente, *Mikilo* fue editada en dos tomos compilatorios por Comic.ar.

"Mikilo", ilustración de Marcelo Basile, técnica digital (revista *Mikilo*, nro. 5, 2001). | Ilustración de Ricardo Deambrosi en *Seres sobrenaturales de la cultura popular argentina*, de Adolfo Colombres (Buenos Aires, Ediciones del Sol, 1984). | Ilustración de Diego Fernetti en *El tigre gente*, de Ana María Shua (Buenos Aires, Sudamericana, 1995).

Otros seres de la región

■ **Caa-Yarí.** Es el espíritu protector de los yerbatales. Se la describe como una bella mujer rubia que se les presenta a los yerbateros y peones ofreciéndoles un pacto de amor. Si los trabajadores respetan la promesa de no ser infieles, Caá-Yarí los ayudará en su cosecha, por el contrario, si violan el pacto, pueden morir entre los yerbatales.

El regreso de la diosa Caa-Yarí

Misterios en la selva. Es la jornada.
Se olvida el llanto del mensú y del indio.
Hacia el infierno de la barbacana,
doblado el esternón, bajo el "rairo"
cruza como una sombra derrotada.

—¡Ven, Caa-Yarí, oh madrecita mía!
... se me acaban las fuerzas y me falta
el aliento, que el "rairo" es la agonía,
minero soy, la mi mujer me aguarda...

El indio y el mensú culto le ofrecen
en la fe aborigen de la raza,
y ella, diosa nativa, los protege,
la virgen de la selva, rubia y blanca.

Y ella, Caa-Yarí, toma el atado
y el vegetal del indio solivianta
y así le ayuda a transportar el fardo
y a compartir su pena solitaria.

Por la selva intrincada y tenebrosa
la virgen india, sin temor, le guía,
y ahuyenta los jaguares, la anaconda,
y en la balanza su jornal duplica.

Luis H. Velázquez, *El regreso de la diosa Caa-Yarí*, Buenos Aires, Peña de Eva Perón, 1950.

■ **Negritos del agua**. Son unos pequeños duendes negros que se mueven en grupo, cantan y bailan a orillas de las lagunas. La leyenda cuenta que eran esclavos que cuidaban las haciendas y fueron ferozmente castigados y muertos en una laguna. Sus fantasmas, desde entonces, habitan las costas. Pueden salir a hacer alguna picardía, como esconder las prendas de las lavanderas o de los bañistas, pero también pueden ensañarse con alguna persona y llevarla al fondo de la laguna para ahogarla.

Ilustraciones de Julieta Farfala en *Fantasmas de la selva y otras leyendas argentinas*, de Ana María Shua (Buenos Aires, Planeta, 2018).

El Noroeste argentino (que ocupa las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja y Santiago del Estero) es una de las regiones más ricas en cuanto a leyendas y mitos autóctonos. Algunos de los seres más característicos de nuestra mitología tienen su origen en este territorio, como el Ucumar, el Coquena o el Runa Uturunco.

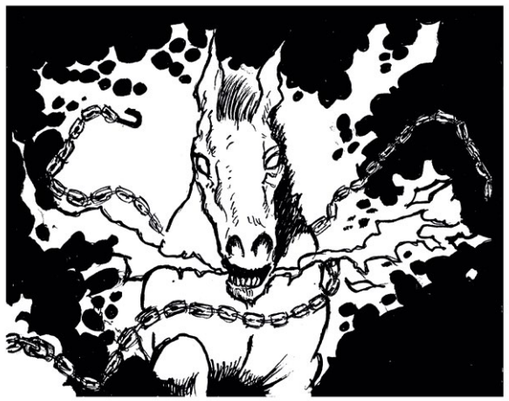
Tal vez la variedad paisajística (que pasa del desierto al bosque y de este a la selva húmeda o yungas), acompañada por una rica diversidad de fauna, exacerbó e inspiró la imaginación de los pobladores que fueron sucediéndose en esas regiones desde los asentamientos originarios hasta la actualidad.

Huarpes, diaguitas y comechingones fueron los primeros moradores de la región y los primeros, también, en conformar una cosmogonía de la que partirían los mitos que aún perduran entre las vecindades más rústicas y fieles a las tradiciones del terruño.

En la cosmogonía diaguita encontramos el principio de dualidad cósmica por la cual todo está dividido en lo bajo y lo alto (cielo y tierra) o en lo femenino y masculino. De este modo, la madre tierra o Pachamama, además de ser la fuente de vida, también es la de la muerte. Este reverso está representado por las salamancas, guaridas de hechiceros y demonios ocultos en los cerros o al pie de los montes donde tienen lugar los aquelarres donde las brujas se reúnen para adorar al Zupay.

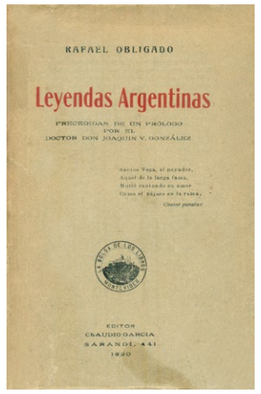
Alma Mula

También conocida como **Mulánima.** Es el alma en pena de una mujer condenada a vagar eternamente por haber cometido graves pecados o sacrilegios. Se considera que su maldición proviene del hecho de haber incurrido en incesto o mantenido relaciones sexuales con un cura. Se la describe como una mula marrón o negra, que tiene unas largas orejas y corre desbocada echando fuego por la nariz y destellos por los ojos. Galopa por los campos a gran velocidad, arrastrando unas pesadas cadenas. Quien la mira fijamente, muere. Se cree que lo que busca es que alguien la libere de su freno para poder descansar en paz.



... en la obscuridad de la noche, un resplandor violeta iluminó todito el rancho, y una rara figura apareció a mi vista. Era una mujer horrible de carnes arrugadas, negras, como palo de hurgunero, y con el cuerpo de mula. Dicen que castiga a los pecadores llevándolos en sus brazos hasta la cima del nevado, en vertiginosa carrera, y diay los derrumba en el precipicio con sus formidables coces.

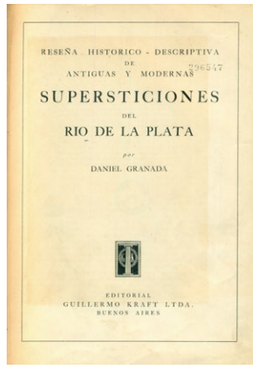
Pedro Heredia, "La mulánima", *Alma norteña*, Buenos Aires, Tor, 1926.



—¡Va por allí! —le gritaron—,
¡va por allí, por la cuesta!
—¿Quién? —preguntó, deteniéndose,
el del barbijo de seda.
—¡Ella! ¡La mula maldita
que por la noche anda suelta!
—Sí, dijo el mozo, la he visto
al despertar de la siesta.
—Y yo, añadió la serrana,
desvanecerse en la niebla.
—Mas, cuando pasa de día,
como esta vez, se presenta
de viuda, toda enlutada,
en dirección a una iglesia.
—Y al regresar cada noche,
es mula en llamas envuelta.
—Pues a esperarla me quedo,
dijo el del poncho de hojuelas.
—¡Ah, qué mujer! —persignándose
murmura al cabo la abuela,
mientras el viejo soldado
entra a su rancho y se sienta—.

Rafael Obligado, *Leyendas Argentinas*, Sarandí, Claudio García, 1920.

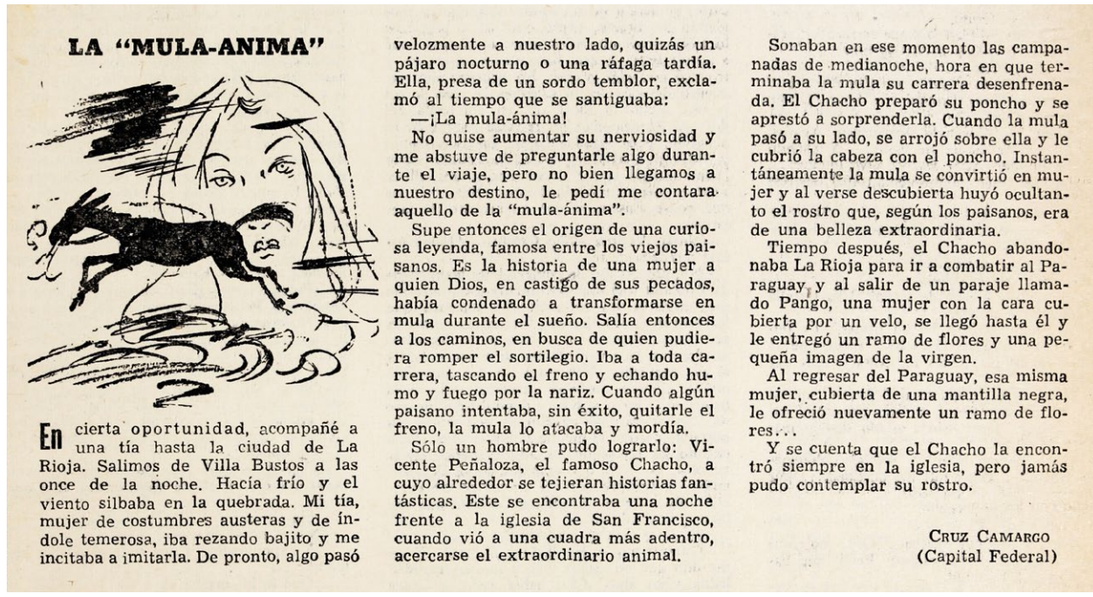
◂ "Mulánima", tinta china, 30 x 45 cm. Ilustración de Enri Santana en *Lobizón*, nro. 2. **Arriba.** "La mula ánima", tinta china. Ilustración de Rafael Curci en el episodio "Lucía", de *Mikilo. El Retorno de un Mito*, 2000.



Una superstición salvadora

La multitud de clérigos solicitantes perjudicaba no poco la religión y las buenas costumbres de América [...] El Tucumán, que abrazaba entonces casi todas las provincias argentinas [...] fue teatro de grandes escándalos. [...] Fue necesario acorazar con terrores el pecho de las mujeres sencillas; pues su propia honestidad no era bastante para escudarlas contra las solicitaciones de los que se presentaban revestidos de un carácter sagrado. Hízoles, para el efecto, creer que las que conocían frailes, se volvían mulas.

Daniel Granada, *Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata*, Buenos Aires, Kraft, 1947.



LA "MULA-ANIMA"

En cierta oportunidad, acompañé a una tía hasta la ciudad de La Rioja. Salimos de Villa Bustos a las once de la noche. Hacía frío y el viento silbaba en la quebrada. Mi tía, mujer de costumbres austeras y de índole temerosa, iba rezando bajito y me incitaba a imitarla. De pronto, algo pasó velozmente a nuestro lado, quizás un pájaro nocturno o una ráfaga tardía. Ella, presa de un sordo temblor, exclamó al tiempo que se santiguaba:

—¡La mula-ánima!

No quise aumentar su nerviosidad y me abstuve de preguntarle algo durante el viaje, pero no bien llegamos a nuestro destino, le pedí me contara aquello de la "mula-ánima".

Supe entonces el origen de una curiosa leyenda, famosa entre los viejos paisanos. Es la historia de una mujer a quien Dios, en castigo de sus pecados, había condenado a transformarse en mula durante el sueño. Salía entonces a los caminos, en busca de quien pudiera romper el sortilegio. Iba a toda carrera, tascando el freno y echando humo y fuego por la nariz. Cuando algún paisano intentaba, sin éxito, quitarle el freno, la mula lo atacaba y mordía.

Sólo un hombre pudo lograrlo: Vicente Peñaloza, el famoso Chacho, a cuyo alrededor se tejieran historias fantásticas. Este se encontraba una noche frente a la iglesia de San Francisco, cuando vió a una cuadra más adentro, acercarse el extraordinario animal.

Sonaban en ese momento las campanadas de medianoche, hora en que terminaba la mula su carrera desenfrenada. El Chacho preparó su poncho y se aprestó a sorprenderla. Cuando la mula pasó a su lado, se arrojó sobre ella y le cubrió la cabeza con el poncho. Instantáneamente la mula se convirtió en mujer y al verse descubierta huyó ocultanto el rostro que, según los paisanos, era de una belleza extraordinaria.

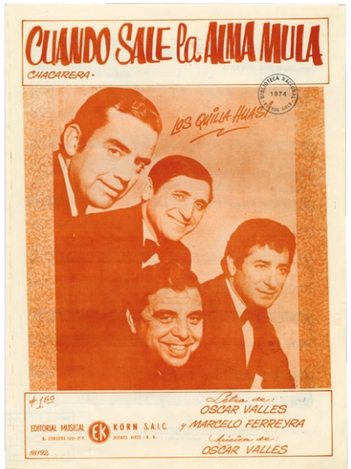
Tiempo después, el Chacho abandonaba La Rioja para ir a combatir al Paraguay, y al salir de un paraje llamado Pango, una mujer con la cara cubierta por un velo, se llegó hasta él y le entregó un ramo de flores y una pequeña imagen de la virgen.

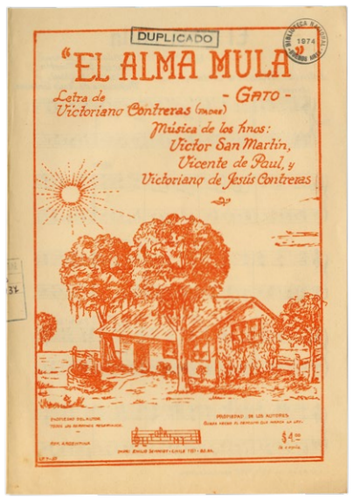
Al regresar del Paraguay, esa misma mujer, cubierta de una mantilla negra, le ofreció nuevamente un ramo de flores...

Y se cuenta que el Chacho la encontró siempre en la iglesia, pero jamás pudo contemplar su rostro.

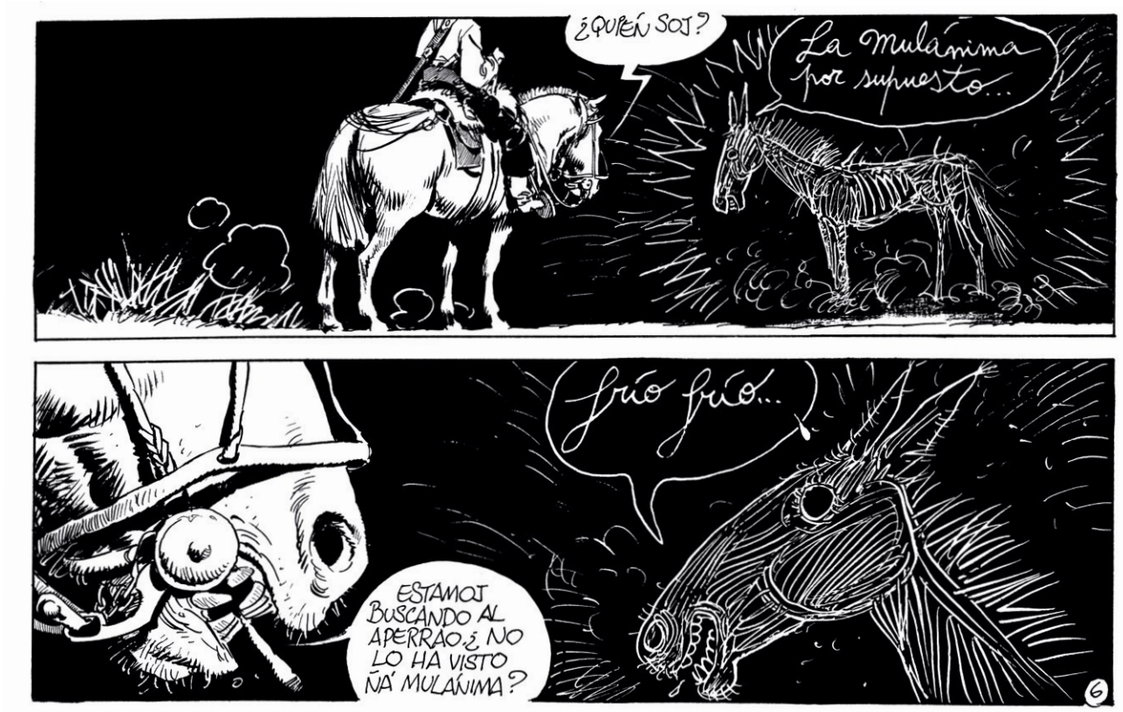
CRUZ CAMARGO
(Capital Federal)

Cruz Camargo, "La mula ánima", *Leoplán*, nro. 366, 1949. | Oscar Valles y Marcelo Ferreyra, "Cuando sale la alma mula", Buenos Aires, Korn, 1974; Víctor San Martín Contreras, "El alma mula", Buenos Aires, Litoprint, 1957. Sala de Música y Medios Audiovisuales Gustavo "Cuchi" Leguizamón, BNMM.





P. 51. Ilustración de Enrique Breccia de "El sueñero" (revista *Fierro*, nro. 13, 1985). | ENF (carpeta 38), fragmento de "Aparición de almas en pena: alma mula", transcripto por Petrona Bulacio M. de Castagnino, Escuela N° 2, Santa Eufemia, Córdoba, 1921.



Aparición de Almas en Pena - Alma Mula

Solía contar nuestra madre que desde la época en que la abuela era una niña, se había ya escuchar la historia relativa al Alma Mula.

Era ésta, según ella, una mujer mala en su vida y que al morir, se condenó por tal, apareciendo su alma convertida en mula, para castigo de los inocentes en la Tierra, mula que llevaba un freno en la boca y arrojaba de ésta abundante fuego; diciéndose, que el que se animara quitarle la prenda aludida, habría librado esa alma de los tormentos del infierno.

Aparecía ésta a la oración, por cuyo motivo las mujeres realizaban temprano sus tareas para recogerse en sus hogares con sus hijitos llegada esta hora.

Runa Uturunco

También conocido como **Uturunco** o **Tigre Capiango**, es un hombre que puede convertirse en jaguar voluntariamente gracias a su piel mágica, obtenida a través de un pacto con el diablo. Daniel Granada sostiene que la transformación puede tener carácter permanente si es causada por una herida del animal maléfico, ya sea por las uñas o los colmillos del jaguar. Para retraer la metamorfosis, el zoántropo se revuelca otra vez sobre el cuero, pero en sentido inverso.

Su metamorfosis ocurre durante la noche, en los cerros, donde ataca a sus víctimas, las despedaza con sus garras y roba sus pertenencias. Puede llegar a devorarlas, ya que se alimenta siempre de carne cruda. Existen también relatos de mujeres-tigres que raptan jóvenes para satisfacer sus deseos sexuales. Cualquier persona herida por las uñas o los colmillos de un Runa Uturunco se convierte en tigre.

Ahí empieza a revolcarse
desnudo sobre esa manta,
y de repente ¡cruz diablo!
hecho tigre se levanta.

Desentumió los tendones,
pegando un bramido ronco,
y las uñas afiló
arañando el mismo tronco.

Figúrense la sorpresa
que al pobre Juan le produjo
saber de aquella manera
que tenía un hermano brujo.

Leopoldo Lugones, "El tigre capiango", *Romances del río seco*, Buenos Aires, Sociedad de Bibliófilos Argentinos, 1938.

◂ Ilustración de Enrique Rapela en *Reseña histórica descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata*, de Daniel Granada (Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1947). **Arriba.** Relieve en plastilina de Luciana Fernández en *La leyenda de la yerba mate*, de Marta Prada y Ana María Shua (Buenos Aires, Sudamericana, 2002).

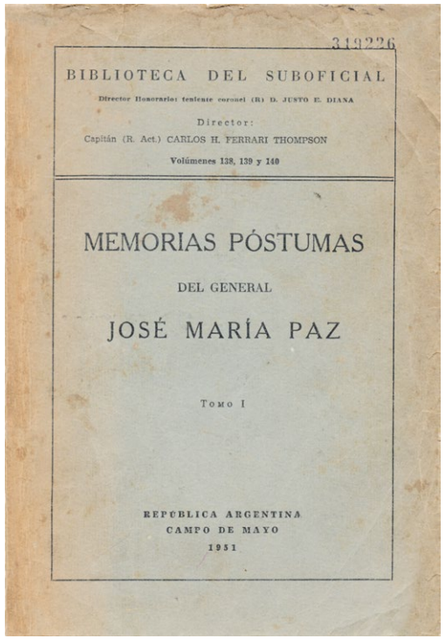
Figuras 10 y 11.— Figuras de tigres pintadas en el techo de la gruta del río Pablo (Salta)

Figura 12.— Bosquejo de figura de tigre de los petroglifos de las flechas (Salta).

● **Los tigres del general Facundo Quiroga**

Cuando me preparaba para esperar a Quiroga, antes de La Tablada, ordené al comandante don Camilo Isleño [...] que trajese un escuadrón a reunirse al ejército, que se hallaba a la sazón en el Ojo de agua, porque por esa parte amagaba el enemigo. A muy corta distancia, y la noche antes de incorporárseme, se desertaron ciento veinte hombres de él, quedando solamente treinta, con los que se me incorporó al otro día. Cuando le pregunté la causa de un proceder tan extraño, lo atribuyó a miedo de los milicianos a las tropas de Quiroga. Habiéndole dicho que de qué provenía ese miedo, siendo así que los cordobeses tenían dos brazos y un corazón como los riojanos, balbuceó algunas expresiones, cuya explicación quería absolutamente saber. Me contestó que habían hecho concebir a los paisanos que Quiroga traía entre sus tropas cuatrocientos capiangos, los que no podían menos que hacer temblar a aquellos. Nuevo asombro por mi parte; nuevo embarazo por la suya; otra vez exigencia por la mía; y, finalmente, la explicación que le pedía. Los capiangos, según él, o según lo entendían los milicianos, eran unos hombres que tenían la sobrehumana facultad de convertirse, cuando lo querían, en ferocísimos tigres "y ya ve usted —añadía el candoroso comandante— que cuatrocientas fieras lanzadas de noche a un campamento acabarán con él inmediatamente". Tan solemne y grosero desatino no tenía más contestación que el desprecio o el ridículo; ambas cosas empleé, pero Isleño conservó su impasibilidad, sin que pudiese conjeturar si él participaba de la creencia de sus soldados, o si solo manifestaba dar algún valor a la especie, para disimular la participación que pudo haber tenido en su deserción; todo pudo ser.

José María Paz, *Memorias póstumas* (selección), Buenos Aires, Emecé, 1945.



BIBLIOTECA DEL SUBOFICIAL

Director Honorario: teniente coronel (R) D. JUSTO E. DIANA

Director:
Capitán (R. Act.) CARLOS H. FERRARI THOMPSON

Volúmenes 138, 139 y 140

MEMORIAS PÓSTUMAS

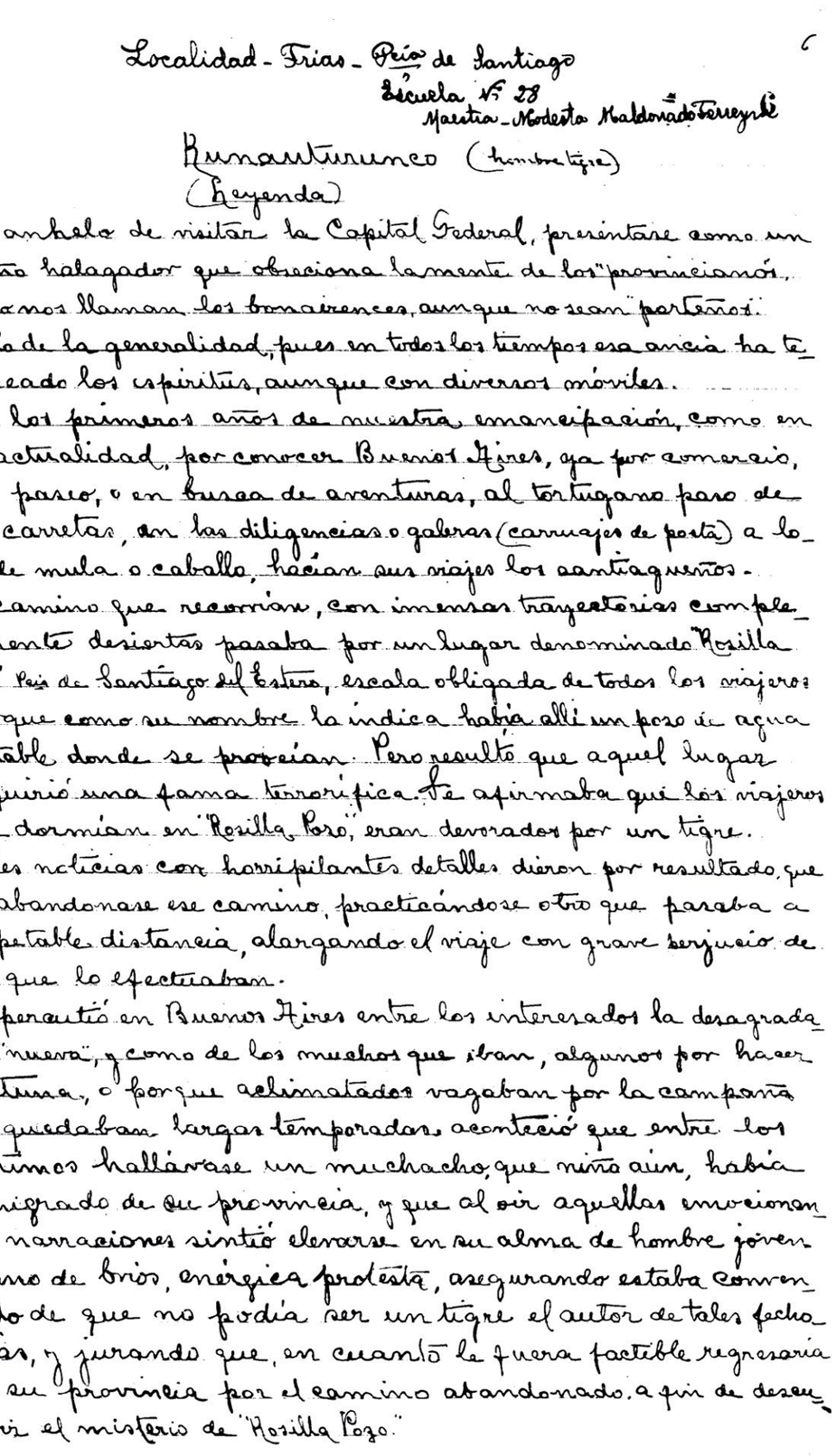
DEL GENERAL

JOSÉ MARÍA PAZ

Tomo I

REPÚBLICA ARGENTINA
CAMPO DE MAYO
1951

Arriba. Figuras 10, 11 y 12, ilustraciones de Juan B. Ambrosetti en su libro *La leyenda del Yaguareté-Abá (el indio tigre) y sus proyecciones entre los guaraníes, quichuas, etc.* (Buenos Aires, Coni, 1896). | Ilustración de Delia Contarbio en *Cuentos del noroeste*, de Laura Roldán (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990). **Abajo.** Ilustración de Manuel Ángeles Ortiz en *Las aventuras de Celendín y otros cuentos*, de Ana M. Berry (Buenos Aires, Losada, 1942). | Ilustración de Delia Contarbio en *Cuentos del noroeste*, de Laura Roldán (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990). | Ilustración de Enrique Alcatena en *La cueva de la Salamanca y otras leyendas del noroeste argentino*, de Oche Califa (Buenos Aires, Colihue, 2011). **P. 55.** ENF (carpeta 226), fragmento de "Runauturunco (hombre tigre)", transcripto por Modesta Maldonado, Escuela N° 28, Frías, Santiago del Estero, 1921.



Localidad - Frías - Río de Santiago
Escuela Nº 28
Maestra - Modesta Maldonado Terrazas

Runauturunco (hombre tigre)
(Leyenda)

El anhelo de visitar la Capital Federal, presentase como un sueño halagador que obsesiona la mente de los "provincianos", como nos llaman los bonaireenses, aunque no sean "porteños". Hablo de la generalidad, pues en todos los tiempos esa ansia ha tenaceado los espíritus, aunque con diversos móviles.
En los primeros años de nuestra emancipación, como en la actualidad, por conocer Buenos Aires, ya por comercio, por paseo, o en busca de aventuras, al tortugaño paso de las carretas, en las diligencias o galeras (carruajes de posta) a lomo de mula o caballo, hacían sus viajes los santiagueños.
El camino que recorrían, con inmensas trayectorias completamente desiertas pasaba por un lugar denominado "Rosilla Pozo" Río de Santiago del Estero, escala obligada de todos los viajeros porque como su nombre la indica había allí un pozo de agua potable donde se proveían. Pero resultó que aquel lugar adquirió una fama terrorífica. Se afirmaba que los viajeros que dormían en "Rosilla Pozo", eran devorados por un tigre.
Tales noticias con horripilantes detalles dieron por resultado, que se abandonase ese camino, practicándose otro que pasaba a respetable distancia, alargando el viaje con grave perjuicio de los que lo efectuaban.
Repercutió en Buenos Aires entre los interesados la desagradable "nueva", y como de los muchos que iban, algunos por hacer fortuna, o porque aclimatados vagaban por la campaña se quedaban largas temporadas, aconteció que entre los últimos hallárase un muchacho, que niño aún, había emigrado de su provincia, y que al oír aquellas emocionantes narraciones sintió elevarse en su alma de hombre joven lleno de brios, enérgica protesta, asegurando estaba convencido de que no podía ser un tigre el autor de tales fechorías, y jurando que, en cuanto le fuera factible regresaría a su provincia por el camino abandonado, a fin de descubrir el misterio de "Rosilla Pozo."

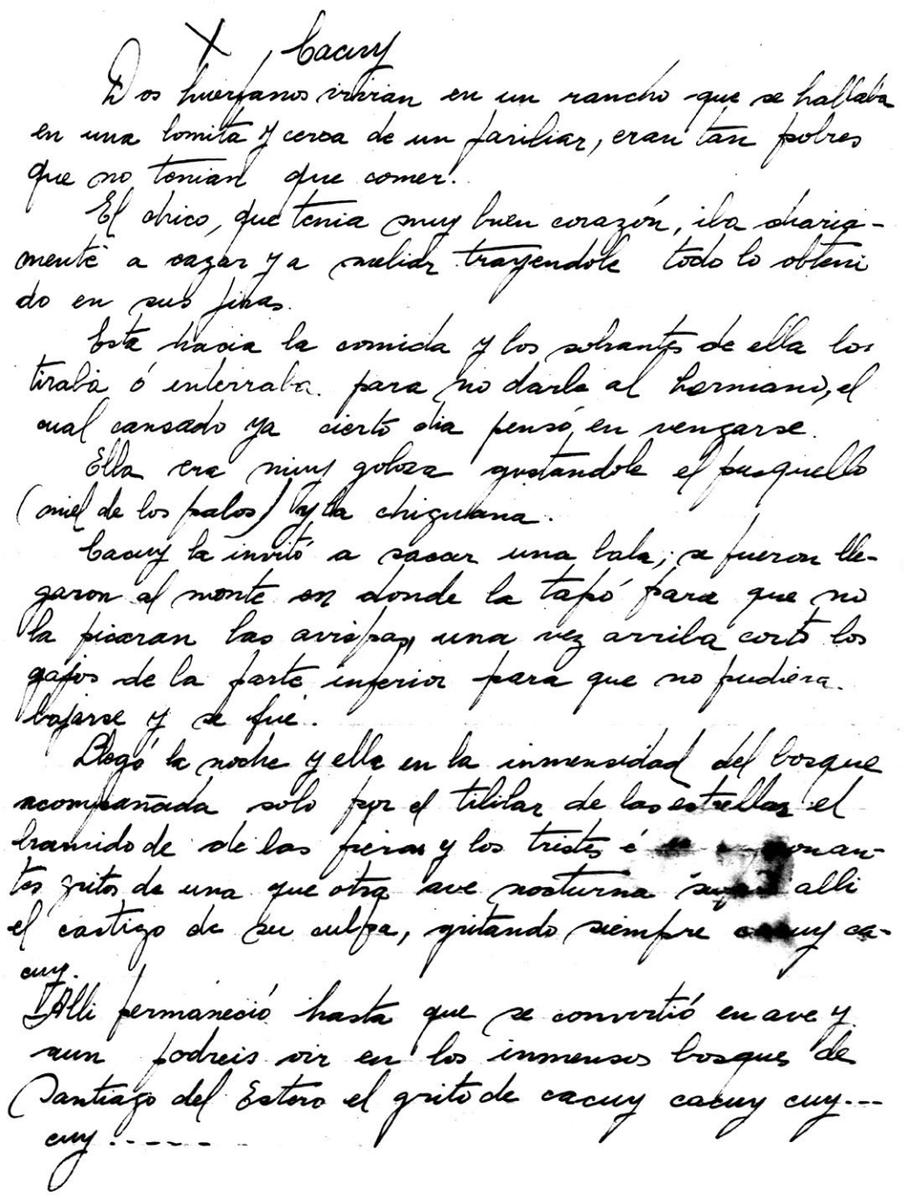
Kakuy

La leyenda relata la historia de una princesa que se enamora de un indio que le confiesa que es el Sol, llega a rodearla con sus rayos y a besarla, pero luego escapa al espacio. La princesa se transforma en pájaro para seguirlo, pero no lo alcanza por lo que se resguarda en la copa más alta de un árbol desde donde reclama su presencia por las mañanas y lamenta su partida al anochecer. Otras versiones relatan que dos hermanos, un varón y una mujer, comienzan a distanciarse, porque el varón siente que la mujer lo desprecia. En venganza le pide que lo ayude a descolgar un panal de abejas desde lo alto de la copa de un árbol, cuando alza a su hermana con unas sogas hasta la copa, la abandona a su suerte. La mujer le ruega a su hermano que regrese, pero el hombre se pierde en la selva. Por lo que, desesperada, termina por transformarse en ave para poder escapar de su prisión y desde entonces clama por su hermano al grito de "¡Turay, turay!".

Al verla, un grito de compasión cayó de mis labios [...] sus ojos eran redondos y de salvaje aspecto, tres veces más grandes de lo que lo eran de ordinario, llenos de un fuego espeluznante, dándoles la apariencia de los ojos de algún salvaje animal que se ve acosado. [...]
—¡El Kakué! ¡El Kakué! —exclamó Montero, que estaba detrás, junto a mí.
Recobrando el sentido, al oír aquellas palabras alcé la vista para descubrir que Marta ya no estaba allí. Porque en aquel mismo momento, cuando aquellos horripilantes gritos resonaban en mis oídos, despertando los ecos de las soledades montañosas, habíase verificado la terrible trasformación, y Marta había percibido por última vez con vista humana al hombre y la tierra.

Guillermo Enrique Hudson, "Marta Riquelme", *El ombú y otros cuentos rioplatenses*, Buenos Aires-Montevideo, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1928.

P. 56. Ilustración de Alfredo Gramajo Gutiérrez en *El país de la selva*, de Ricardo Rojas (Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1946). | Ilustración de Lucila Adano en *Orgullo de cacique y otras leyendas latinoamericanas*, Ana María Shua (Buenos Aires, Planeta Lector, 2017). **P. 57.** ENF (carpeta 134), fragmento de "El Cacuy", transcripto por Constantina Mendieta, Escuela N° 30, El Socorro, Buenos Aires. | Lámina "La mujer pájaro en la iconografía arqueológica" del libro *Mitos perdidos*, de Bernardo Canal Feijóo. | Fotografía de un pájaro bruja o kakuy (*Nictibio urutaú*) en *Leyendas del Tucumán* (Buenos Aires, Nova, 1944).



Cacuy

Dos huerfanos vivian en un rancho que se hallaba en una lomita y cerca de un familiar, eran tan pobres que no tenian que comer.

El chico, que tenia muy buen corazón, iba diariamente a cazar y a pescar trayendole todo lo obtenido en sus jiras.

Este hacia la comida y los sobrantes de ella los tiraba ó enterraba para no darla al hermano, el cual cansado ya cierto dia pensó en vengarse.

Ella era muy golosa quitandole el pasquello (miel de los palos) y la chicuelana.

Cacuy la invitó a sacar una lata, a fuera llegaron al monte en donde la tapó para que no la picaran las avispas, una vez arriba cortó los gajos de la parte inferior para que no pudiera bajarse y se fue.

Llegó la noche y ella en la inmensidad del bosque acompañada solo por el titilar de las estrellas el bramido de los fieras y los tristes é [illegible] mentos gritos de una que otra ave nocturna [illegible] allí el castigo de su culpa, gritando siempre cacuy cacuy.

Allí permaneció hasta que se convertió en ave y aun podreis oir en los inmensos bosques de Santiago del Estero el grito de cacuy cacuy cuy... cuy!....

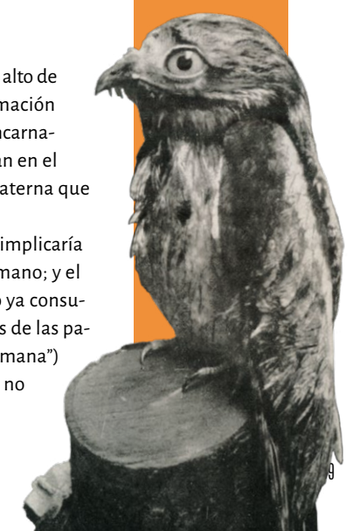
La mujer-pájaro en el arte arqueológico griego.

La mujer-pájaro en el arte arqueológico indígena de la América del Norte.

La mujer pájaro en el arte egipcio.

La mujer-pájaro en el arte Tiahuanaco.

● **La leyenda catártica según Bernardo Canal Feijóo**
El folklorólogo Bernardo Canal Feijóo ahondó en sus ensayos en el análisis de la versión que Ricardo Rojas publicó en *El país de la selva* (1907) sobre la leyenda del Kakuy. En ella, Rojas eludió el sentido primigenio del mito y se limitó a una interpretación con visos misóginos del cuento. Feijóo, en cambio, sí analizó los aspectos oscuros de la leyenda. En primer lugar, señaló que la muerte del padre aludía a un posible parricidio, mientras que el llamativo desprecio de la hermana sobre su hermano era consecuencia de un deseo incestuoso del hermano sobre ella. Además, percibió los elementos simbólicos y religiosos en todo el pasaje de la metamorfosis, cuando el hermano conduce a su hermana a robar miel a lo alto de un árbol. La miel representaría la consumación del pecado, y el pecado mismo estaría encarnado en el peligro de las abejas que acechan en el árbol que, a su vez, simboliza la figura paterna que los hermanos destruyen.
La transformación de la mujer en pájaro implicaría la fuga de esta a las acechanzas del hermano; y el grito, una acusación sin pausa al pecado ya consumado. El estudio concluye con un análisis de las palabras "turay" y "pana" ("hermano" y "hermana") como un indicio primitivo de aquello que no debe mezclarse.



Ucumar

También llamado **Ucumari**, **Jukumari** y **Ucumare**. Algunos testimonios lo consideran un hombre-oso y otros testigos lo describen como un hombre salvaje. Suele encontrárselo en cuevas en lo hondo de las quebradas o cerca de ríos y vertientes. Es fuerte y ágil, hay quienes lo detallan con los pies al revés, otros con barba larga y frente ancha. Sale de su escondite para raptar mujeres a las que lleva a vivir con él para tener hijos. También se lo acusa de robar niños. Aparece de improviso y, si lo atacan, se defiende a garrotazos. Existe también el Ucumar hembra que captura a jóvenes varones para hacerse fecundar por ellos.

Me incorporé en la cama y por la puerta que daba al cuarto de mamá Úrsula vi aparecer una figura espantosa que caminaba en dos pies, y no era un hombre; que tenía la piel cubierta de vello y no era, sin embargo, un animal. Quizá lo vi transfigurado por el miedo, pero me pareció de enorme estatura, tan alto que no pasaba bajo el umbral de la puerta; negro, peludo, monstruoso, coronada la cabeza de enmarañada cabellera y graznando extrañas palabras. Apenas tuve tiempo de verlo, cuando sentí un golpe en la cabeza y perdí el sentido; pero este instante bastó para grabar en mi pensamiento su espantosa visión.
—Es un Ucumar —dijo Acosta doctamente.

Ricardo Rojas, "El Ucumar", *La Novela Semanal*, nro. 44, 1918.

Ilustración de Lippe Mendoza en su novela gráfica *La leyenda del Ucumar* (Salta, Fondo Editorial Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta, 2013). | Pedro Heredia, *Ucumar*, Buenos Aires, El Ateneo, 1944.

Pachamama

También conocida como la **Madre Tierra**. Su descripción se corresponde con la apariencia de una india de baja estatura y grandes pies. Lleva un sombre de ala muy ancha y calza unas enormes ojotas. Vive en los cerros y se pasea por ellos acompañada de un perro negro muy bravo. Usa una víbora como lazo y carga petacas de cuero llenas de oro y plata. Puede ser muy generosa y otorgar dones a las personas, pero también puede ser muy vengativa y rencorosa. Cuando se enoja hace sonar el trueno y desata la tormenta. Toda la naturaleza es su templo.

Coquena

Se pasea por los montes silbando y mascando coca. Se lo describe como un pequeño indígena que calza sandalias, gorro de lana y un poncho colorido. Cuando las manadas se mueven solas por diferentes caminos, se dice que el Coquena las está guiando. También, en la noche, puede guiar ganado con cargamento de oro y plata que les ofrenda a los cazadores que son respetuosos de los animales. Otros testigos lo llaman Yastay (de origen salteño y jujeño).

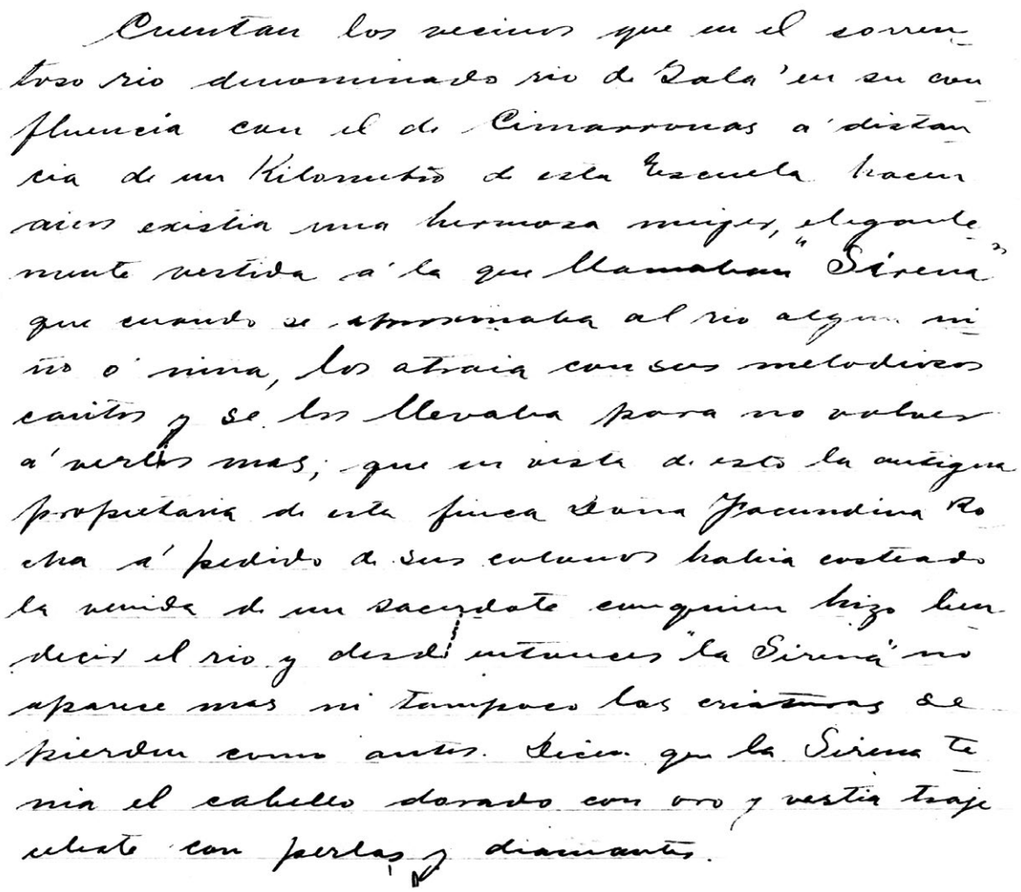
Súbitamente percibió dos enormes y penetrantes ojos fijamente clavados en él. Chingay se estremeció al darse cuenta de que pertenecían a un hombrecito enfundado en pieles, en quien reconoció a Coquena. Ahora bien; los indios creen que ver a Coquena es morir, a menos que logren ganar la voluntad del hijo de Pachamama en alguna forma especialmente feliz.

Ana M. Berry, "La maldición del Coquena", *Las aventuras de Celendín y otros cuentos*, Buenos Aires, Losada, 1942.

Ilustración de Leonardo Batic en su libro *Diario 2. Noroeste* (Buenos Aires, Albatros, 2011). | Ilustración de Enrique Breccia de "El sueñero" (revista *Fierro*, nro. 16, 1985).

Sirena

También conocida como **Mayup Maman**. Las descripciones más difundidas la presentan como una mujer rubia, de piel blanca y ojos claros, con cola de pez. Existen versiones que la describen como una mujer de belleza sobrenatural y otras, en las que se habla de una sirena con forma de caballo o de gallineta dorada, con polluelos que, al ser vistos, se esconden tirándose al agua.
En su versión zoantrópica más conocida, se dice que cuando está tranquila peina su larga cabellera con un peine de oro y ayuda a aquellos hombres que juzga buenos avisándoles la llegada de las crecientes y la formación de bañados. Pero no es todo bondad. Hay quienes dicen que se trata de un demonio erótico que se apasiona por los jóvenes, y con su belleza y su canto los atrae para ahogarlos. Existen también relatos que afirman que puede colgarse de árboles ribereños en las noches de luna o durante la siesta para moverse hacia tierra firme.



Cuentan los vecinos que en el corren-
toso rio denominado rio de Dala en su con-
fluencia con el de Cimarrones á distan-
cia de un Kilometro de esta Escuela hace
años existia una hermosa mujer, elegante-
mente vestida á la que llamaban "Sirena"
que cuando se aproximaba al rio algun ni-
ño ó niña, los atraia con sus melodicos
cantos y se los llevaba para no volver
á verlos mas; que en vista de esto la antigua
propietaria de esta finca Doña Facundina Ro-
cha á pedido de sus colonos habia contratado
la venida de un sacerdote conquien hizo ben-
decir el rio y desde entonces la Sirena no
aparece mas ni tampoco las criaturas de
pierden como antes. Dicen que la Sirena te-
nia el cabello dorado con oro y vestia traje
adornado con perlas y diamantes.

● **Sirenas de río: transculturación, hibridación y apropiación**

De los seres mitológicos más conocidos a lo largo del mundo, la sirena se destaca por sus numerosísimas apariciones en diversas culturas y contextos históricos. En general retratada como una mujer con cola de pez, su naturaleza macabra o bondadosa varía según la adaptación del mito. Aunque no sean tan reconocidas como sus hermanas europeas, Argentina cuenta con numerosos ejemplares de sirenas fluviales a lo largo del país.
En el Noroeste tenemos a las más famosa de la nación: Mayup Maman. Deidad femenina, madre del río, que puede mostrarse amable y avisarles a los buenos hombres de la llegada de crecientes y la formación de bañados, o puede ahogarlos en las profundidades de los ríos en caso de que ataquen sus dominios con pescas excesivas. Controla las aguas y, en general, se la ve cabalgando la primera ola de la creciente del río, emergiendo o hundiéndose en él. En su nombre se organizan festivales para homenajearla y rogar su protección.
Pero esta no es la única sirena argentina: en la misma región encontramos a Orko Maman que también funciona como protectora, pero de los lagos de los cerros. Otro ser de las aguas es Yacumama, una viejecita que se viste de blanco y cuida tranquilamente los manantiales durante el día, pero a la noche se convierte en un ser maléfico sumamente territorial. En las orillas del río Paraná nos encontramos con Vanyara, amante de los pescadores respetuosos de sus aguas. En Santiago del Estero está la Rubia del Río, que atrae a los niños para devolverlos cargados de riquezas y, en la Patagonia, las Coñilauquen, también llamadas Niñas del Lago, que son más pequeñas que las sirenas de mar o de río. Hasta en los salares de la región del centro del país hay quienes hablan de encuentros con sirenas. Así se ve la versatilidad de estos seres para adaptarse a los entornos y ecosistemas más insólitos de nuestro país. Sin importar qué tan árido pueda ser el territorio, siempre encuentran algún resquicio acuoso que proteger.
Lo más habitual es que se las retrate como a las sirenas de la literatura europea: mujeres bellísimas con cola de pez, largos cabellos rubios, piel blanca y ojos de agua. Dichos rasgos resaltan la influencia de la colonización española en la mitología de nuestro país, dando lugar a variadas representaciones que fusionan características de las sirenas de Ulises con las de demonios de los pueblos originarios de nuestro país. Con estas descripciones físicas tan exaltadas y tan extranjeras, las sirenas argentinas son la prueba de un proceso de transculturación y reapropiación de mitos.
Debe decirse, sin embargo, que no todas sus versiones obedecen al estereotipo europeo: hay quienes sostienen que en realidad tienen piernas humanas, mientras que otros relatos afirman que se trata de una gallina dorada. También se las asocia a caballos o toros que se aparecen en el medio de alguna superficie de agua, vigilando su territorio.

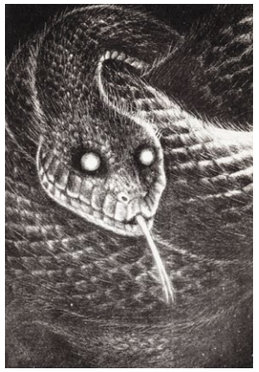
P. 60. Ilustración de Ure en *Huecuvumapu. Curanderos, hechiceros y mitos de la Patagonia y de Tierra del Fuego: para una antropología integral*, de Alberto Vúletin (Buenos Aires, Gardenia, 1982). | Ilustración de Lía en el artículo de Alberto Franco "Pequeñas historias para aviso y espejos de pescadores", *Leoplán*, nro. 351, 1º de mayo de 1949. | ENF (carpeta 3), fragmento de "Leyendas", transcripto por José Félix Aparicio, Escuela N° 44, Yala del Monte Carmelo, Jujuy, 1921. **P. 61.** Ilustración de Estela Caponi en *La sirena y el capitán*, de María Elena Walsh. | Ilustración de Enrique Breccia en la portada de la revista *Fierro*, nro. 26, octubre de 1986.

Familiar

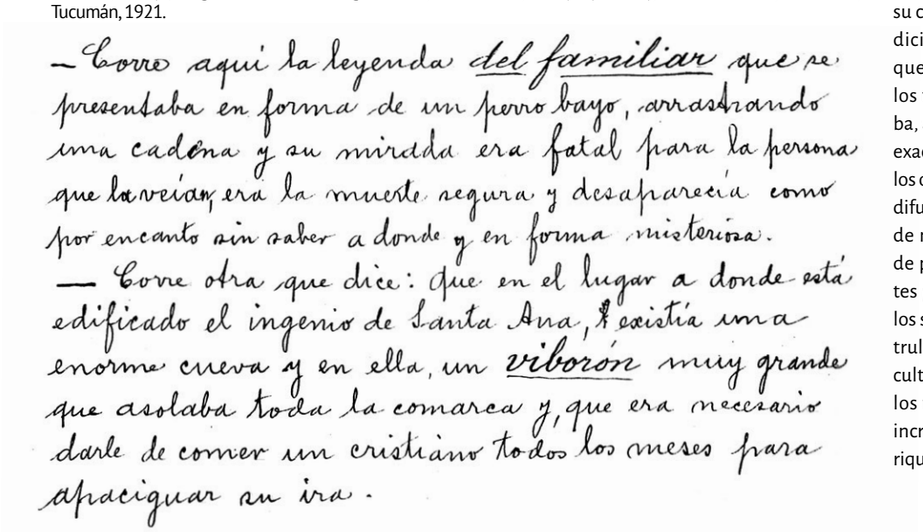
Es un perro enorme y negro que echa fuego por los ojos y se alimenta de carne humana. En algunas ocasiones arrastra una pesada cadena. Se pasea en los ingenios azucareros buscando a sus víctimas. Varía su aspecto según las provincias: se lo describe como una serpiente gigante de dos cabezas, también como un puma, un tigre o un cerdo.
En tiempos pasados se aseguraba que los dueños de los ingenios debían sus enormes riquezas a un pacto con el diablo y que el Familiar velaba por el incremento de esa fortuna a cambio de que una vez al año le ofrendaran la vida de un peón.

De repente, frente a él en el centro del puente, advirtió un bulto negro, grande como un ternero, con los ojos brillantes como brasas. Era un gran perro silencioso que le cerraba el paso, en la más completa inmovilidad. En menos que canta un gallo, le pasó la macha y, dando un salto, bajó del caballo látigo en mano, dando unos pasos al frente. Pero el bicho hizo lo mismo, es decir, avanzó también unos trancos hacia él. Armándose de coraje le dijo: "Permiso pa' pasar".
El Familiar, pues de él se trataba, ni se movió, y recién cuando por tercera vez le rogó que lo dejara pasar, se volvió lentamente y bajó paso a paso hasta el cauce del arroyo.
Temblando cruzó el puente tirando de las riendas.
Aquel Familiar, según se comentó después, pertenecía al ingenio Bella Vista y tenía su habitación dentro de la chimenea grande.

Rafael J. Sánchez, *El perro negro en el folklore: el Lobizón, el Familiar y otras supersticiones*, Buenos Aires, Dolmen, 1952.



Ilustraciones de Juan Carlos Barco en *Seres mágicos que habitan la Argentina*, de Elena Bossi (Salta, Milor, 1994). | Ilustración de Jorge Edgardo Lezama en *El perro negro en el folklore*, de Rafael Jijena Sánchez (Buenos Aires, Dolmen, 1952). | Fragmento de León Bergeonneau, "El Familiar", ENF (carpeta 43), Escuela N° 289, Santa Ana, Tucumán, 1921.


— Corre aquí la leyenda del familiar que se presentaba en forma de un perro bayo, arrastrando una cadena y su mirada era fatal para la persona que la veía, era la muerte segura y desaparecía como por encanto sin saber a donde y en forma misteriosa.
— Corre otra que dice: que en el lugar a donde está edificado el ingenio de Santa Ana, existía una enorme cueva y en ella, un viborón muy grande que asolaba toda la comarca y, que era necesario darle de comer un cristiano todos los meses para apaciguar su ira.

● **Riquezas mal habidas**
A mediados del siglo XIX la industria azucarera comenzó a acelerar su crecimiento en la provincia de Tucumán. Su principal difusor y empresario fue el obispo Juan Eusebio Colombres, que llegó a crear veinticuatro fábricas azucareras en la provincia. Con la importación de máquinas de origen inglés y el auge del ferrocarril, la industrialización en los obrajes alcanzó su pico hacia 1875 y comenzó a extender sus redes a provincias cercanas como Salta y Jujuy. La aceleración de su crecimiento, sumado a condiciones de trabajo precario, que descuidaban la salud de los trabajadores y se explotaba, además, el trabajo infantil, exacerbaron la imaginación de los obreros. Fueron ellos los que difundieron las leyendas acerca de monstruos con apariencia de perros gigantes o serpientes peludas que acechaban en los sótanos de los obrajes y patrullaban durante la noche los cultivos, cobrándose la vida de los trabajadores a cambio de incrementar satánicamente la riqueza de los patrones.

El familiar

Es corriente oír en tierras tucumanas una leyenda, ciertamente inverosímil para personas de relativa cultura, pero que se ha arraigado hondamente en el espíritu supersticioso de este pueblo sencillo y crédulo: es la tan repetida historia de "El familiar"...

Cuéntase que cierto ingenio tucumano progresaba a grandes pasos, y en su camino rápido y ascendente lo seguía la fortuna incontable de sus dueños, que ya alcanzaba magnitudes fabulosas.

Cierto día, un obrero del ingenio descendió al sótano en busca de una herramienta, y al abrir la puerta una víbora enorme, una gigantesca ampalagua, enroscóse en sus brazos.

El sótano solitario fué testigo de un extraño duelo a muerte. El hombre era valiente, ¡todo un criollo!, pero el monstruoso reptil lo doblegó.

Y cuando se asomaron a la puerta entreabierta otros peones, trastornados por la trágica muerte de su compañero, vieron, paralizados de horror, que la víbora devoraba a su víctima.

Y corrió, de boca en boca, de rancho en rancho —como siempre se esparcen las malas nuevas— el relato de una fantástica historia... El propietario del ingenio había firmado un pacto con el diablo: éste le daría creciente prosperidad, la floreciente fortuna de que ahora gozaba, a cambio de su alma.

Día a día crecía el pánico del pueblo, junto con la riqueza del ingenio, que también iba en aumento.

Muchos mozos habían perecido en pos de esa horrible unión, pues "El familiar", esa sierpe monstruosa enviada del mismo Zupay, reclamaba alimento vivo, porque su hambre insaciable exigía carne humana. Y por ende, el patrón enviaba cada año un obrero —presa joven y codiciada, fácil de lograr— en busca de "herramientas".

Ese año el elegido era "hombre de pelo en pecho", conocedor de su destino horrible.

Temía —como es lógico de suponer— a la diabólica fiera..., pero el amo mandaba... ¿Y quién osaría contrariarle, exponiéndose a castigos peores, que suponían una muerte lenta?

Pero muchas veces, según un dicho popular, el filo de un puñal rompe el maleficio más indisoluble..., y allá fué el valiente al encuentro de la muerte, blandiendo el facón en la diestra.

Unos dicen que la lucha fué encarnizada; otros, que no hubo lucha, pues el embrujo fué anulado por la sola presencia de esa cruz de acero... Pero todos afirman que el criollo victorioso salió, levantando el puñal ensangrentado y gritando enloquecido, mezclando júbilo, asombro y terror en una sola triunfal exclamación:

—¡Lo hé matao!...

Todos corrieron a mirar la bestia muerta, pero había desaparecido...: allí sólo se hallaba un perro negro y sumiso, que a todos lamía los pies.

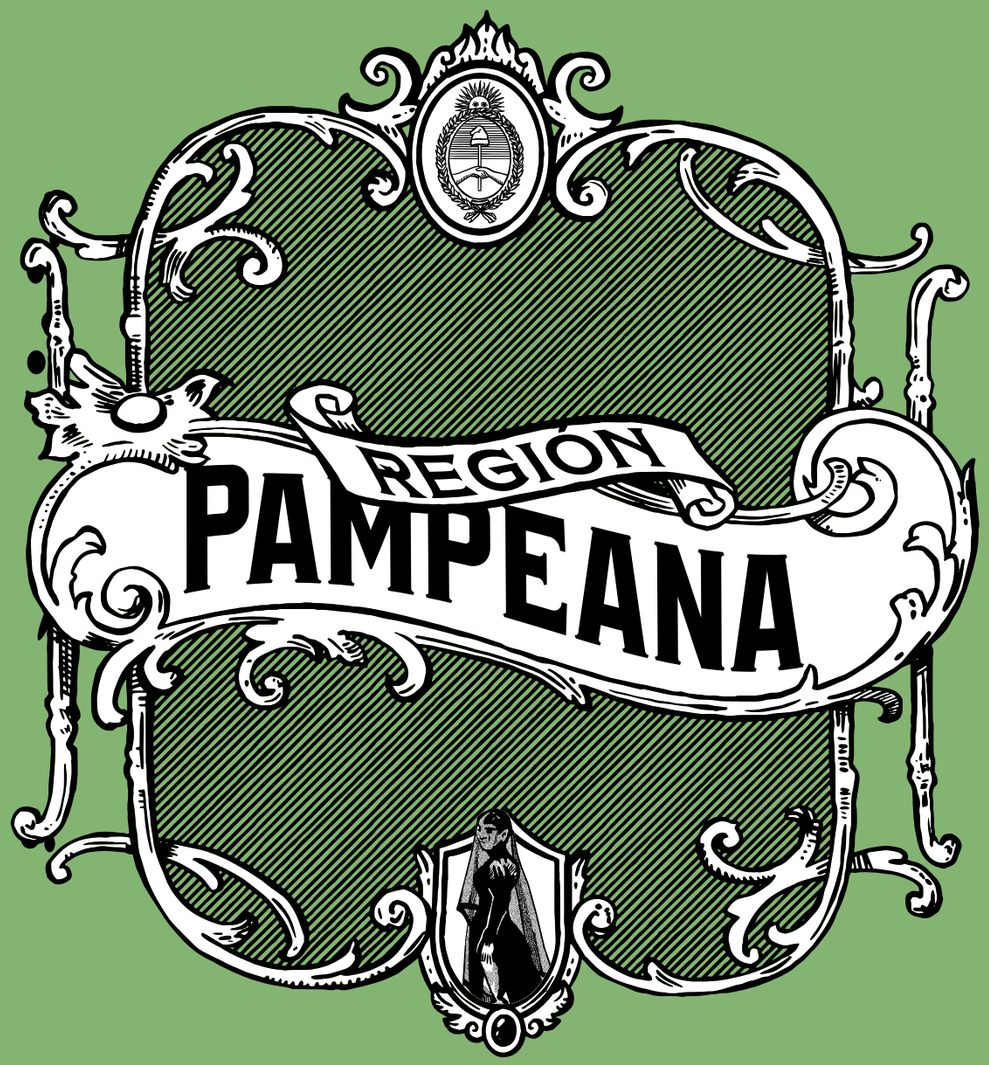
El ingenio, hasta entonces tan próspero y floreciente, desde ese día comenzó a marchar mal, decayendo su industria y su inmensa importancia económica hasta paralizar su actividad. Cayó "de trompesón en trompesón", según el decir del pueblo. No faltando los que agregaban:

—La cruz quebró el pacto del diablo.

EDITH CASTILLO TRAVI (Tucumán).

Arriba. Edith Castillo Travi, "El familiar", *Leoplán*, nro. 398, 1951.
Abajo. Ilustración de Enrique Breccia de "El sueñero" (revista *Fierro*, nro. 16, 1985).

■ **Zapam-zucún.** Es una mujer de rasgos hermosos, morena, de cabello oscuro, manos pequeñas y muy blancas y pechos gigantescos. Se pasea desnuda y amamanta a los niños necesitados. Protege los algarrobos y roba los hijos de los hacheros que talan estos árboles sagrados.
Su nombre es un acercamiento onomatopéyico al sonido que hacen sus pechos al caminar.
A pesar de considerársela bondadosa, algunos testimonios la describen como una presencia vengativa contra hombres de carácter malvado y abusivo con quienes usaría su seducción para asfixiarlos.



La región pampeana está compuesta por las provincias de Córdoba, La Pampa, Santa Fe y Buenos Aires. Su nombre significa "campo" en lengua quechua y describe en cierto modo su característica principal: la extensión de la llanura.

En sus orígenes, estas tierras fueron habitadas por querandíes y ranqueles. Por desconocimiento de sus características particulares, todos estos pueblos fueron identificados como indios pampas, cuya cosmogonía, basada en la dualidad del bien y del mal, pervive aún hoy en el espíritu de los habitantes de estos espacios geográficos. En su explicación sobre el origen del mundo se destacaba la presencia de Chachao, una deidad equivalente al dios Sol, que permanecía enfrentado a Gualicho, el dios del mal. La eterna contienda entre estos dos dioses se manifestaba a través de la naturaleza bajo la forma de los truenos y las tormentas. Existía una manera de evitar ser afectado por esta circunstancia, y era el agrupamiento de la comunidad, que, reunida en la toldería, alrededor del fogón, se protegían unos a otros evitando que el mal ingresara. Esta costumbre de la reunión alrededor del fuego se extendió hasta nuestros días y constituye una tradición campera.

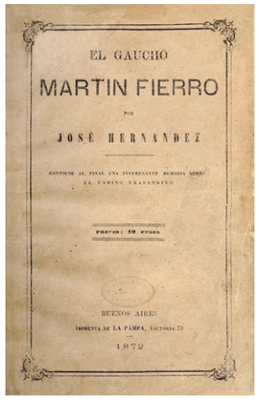
La fisonomía de este territorio influyó sin ninguna duda en la configuración de las supersticiones de la región pampeana. De este modo, la inmensidad de la llanura y la oscuridad cerrada de la noche en los campos se volvieron el contexto adecuado para la aparición de las almas en pena que se insinuaron en el horizonte.

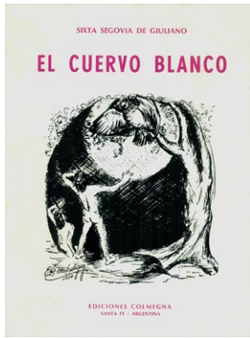
Juan Ambrosetti delimitó esta región denominándola "las pampas" y registró en ella la existencia de "supersticiones gauchas", poniendo de relieve que la fisonomía del terreno sumado a las costumbres y actividades de los habitantes dieron forma a los seres mitológicos de "la región del gaucho". De este modo, en muchas de las tareas camperas se manifiesta lo sobrenatural. Quizá por eso una actividad como revisar corrales y gallineros puede enfrentar a las personas a la mirada fulminante del basilisco, o una cabalgata a campo traviesa por la inmensidad de la llanura puede ser interrumpida por la aparición de la Luz Mala o por la certidumbre de que en la grupa del caballo se ha montado mágicamente una bolsa de huesos que no es otra cosa más que la manifestación de la viuda.

◄ Ilustración de Enrique Breccia de "El sueñero" (revista *Fierro*, nro. 15, 1985).

La Luz Mala

Es un alma en pena que se manifiesta como una luz que brilla en la oscuridad del campo. Los vecinos y paisanos deben inevitablemente detenerse ante su presencia y rezar para la salvación del alma, ya que de lo contrario les sucederán cosas malas. En otras ocasiones, la presencia de la Luz en el campo invita a los aventureros a buscar el tesoro que en vida enterró el dueño del alma en pena, pero los testimonios aseguran que excavar donde indica la Luz Mala es peligroso, puesto que pueden salir gases tóxicos que matan a los codiciosos.





Después supe que al *finao*
ni siquiera lo velaron;
y retobao en un cuero,
sin rezarle, lo enterraron.

Y dicen que desde entonces
cuando la noche es serena,
suele verse una *luz mala*,
como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces,
para que no pene tanto,
de sacar de allí los güesos
y echarlos al campo santo.

José Hernández, *El gaucho Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta de La Pampa, 1872.

Apenas habíamos realizado varios kilómetros, en pleno corazón de una selva oscura y enmarañada, observamos con estupor aflorar enormes lenguas de fuego fatuo de un árbol corpulento. Aquella escena escalofriante se alzaba desde la raíz hasta cubrir íntegramente al árbol, luego desaparecía para volver nuevamente; la llama era amarilla con matices rojos, iluminando el paisaje nocturno.

Sixta Segovia de Giuliano, "Las luces malas", *El cuervo blanco: cuentos y leyendas*, Santa Fe, Colmegna, 1976.

Dícenles almas en pena, almas del otro mundo, espíritus, luces de la viuda y espantos. Suelen llamarles también luz mala, contemplándola con cierto recelo y aun pavor. La luz de que se trata es generalmente azulada; pero suele aparecer colorado-verdosa, y a veces roja del todo. Algunos distinguen luces de luces, asegurando que la luz propiamente mala es la colorado-verdosa, y que es buena la que no presenta nada de verde.

Daniel Granada, *Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata*, Buenos Aires, Kraft, 1947.

Luz mala:

- Iª -

La Sra de Preciado, cuenta como caso curioso el siguiente:

Un paisano, al despedirse de su novia al ponerse el sol, le dijo: "Hasta mañana" - "Si Dios quiere", le contestó ella. - "Que quiera o que no quiera, lo mismo será, vendré mañana". - Montó a caballo y se dirigió a su rancho; al pasar frente a un cementerio, vió una luz que avanzaba, hasta pararse en medio del camino; el caballo se negó a seguir su marcha; bajóse entonces el paisano, sacó de la maleta unas espuelas, se las puso, volvió a subir y dijo: "Aunque Dios o el diablo no quieran, voy a pasar". Picó las espuelas, el caballo dió un salto y lo tiró al suelo, matándose.

● **La Luz Mala** encuentra su explicación en el fenómeno del fuego fatuo, que consiste en la inflamación de ciertas materias, como el fósforo y el metano, que se elevan de las sustancias animales o vegetales en putrefacción, expuestas al ambiente o enterradas a poca profundidad. Esta inflamación produce pequeñas llamas que se ven arder en el aire a poca distancia de la superficie del agua en lugares pantanosos o en cementerios.
Al acercarse a estas "luces" se desvanece el fuego, y esto puede explicarse porque el movimiento dispersa los gases y eso provoca que se apaguen.

La luz mala

Por Pedro A. Inchauspe

Dibujo de Quinterno

NO hay hombre, por guapo que sea, que no haya sentido la mordedura del miedo alguna vez — afirmó don Vicente. — Y más cuando median factores tales como la noche y la soledad, que obran extrañamente en nuestro ánimo.

''El hombre de campo conoce más que nadie esa sensación; por eso, cuando la obscuridad lo sorprende en camino, canta o silba, porque el eco del canto y el son del silbido lo acompañan y lo animan.

''Acaso sea que esa inmensa neblina negra, al envolvernos, nos empequeñece, reduciéndonos al punto exacto de lo que somos en relación a lo que nos rodea. Y esa depresión hace que las sugestiones, que sólo nos provocan una sonrisa en pleno día, se adueñen de nosotros y nos mortifiquen más o menos intensamente al amparo de las sombras.

''Las ánimas en pena, los fantasmas, la luz mala...''

— En una palabra, todas las invenciones de la ignorancia — interrumpió uno de los oyentes.

Por tanto, me permito suponer que don Vicente Altamira, ex universitario y hombre de lógica clara y buen criterio, no estará queriendo catequizarnos en pro de esas patrañas que ya no asustan ni a los chinos. ¿Me equivoco?

— De ninguna manera — respondió, sonriendo, el aludido. — Mi anterior digresión no tiende a hacer prosélitos para tan mala causa. Quería significarles solamente que hay momentos en que un pequeño detalle, un olvido, una situación de ánimo especial, bastan para anular el valor, aunque a éste se aúnen ''una lógica clara y un buen criterio'', como generosamente acaban de reconocerme.

''En demostración les narraré una pequeña aventura de la que fuí protagonista y que servirá para asentar mis anteriores conceptos.''

Hubo un corto silencio que nadie interrumpió.

— Hace veinte años, cursando yo cuarto año de medicina, el fallecimiento imprevisto de mi padre me sometió a una dura prueba que llegó a convertirse en dilema, ya que de su solución dependía el futuro económico de mi familia. Hasta entonces, yo no había intervenido en los asuntos de mi padre; despreocupado, como todo aquel que ve llegar el dinero sin hacer nada por ganarlo, creía en la solidez e inagotabilidad de nuestra fortuna.

''Pero la vida, que es toda sensatez y sabiduría, aunque a veces se nos antoje caprichosa, se encargó de demostrarme lo contrario.

''Liquidada la situación, no sé si bien o mal, me encontré con que sólo nos quedaba en propiedad, libre de gravámenes, ''El Algarrobo'', la estancia que ustedes conocen, con sus cuatro leguas de campo.

''Muy poco era en aquellos tiempos, dado el bajo valor de la tierra, pero el buen sentido me hizo ver en ella una fuente de recursos que se acrecentaría en un futuro no lejano.

''Y después de muchas vacilaciones, en las que pesé repetidas veces las probabilidades en pro y en contra, abandoné mi carrera y la ciudad para convertirme en hombre de campo.

''Mentiría si dijera que no me arrepentí muchas veces al principio. El cambio era demasiado brusco y la tarea pesada.

''La voluntad triunfó, como triunfa siempre, y un año después yo amaba aquella vida sencilla, aunque áspera, y podía vanagloriarme de conocer al dedillo los mil secretos que el campo sólo entrega a quienes conviven con él y le dan, con el esfuerzo constante, todo el agradecimiento que merece la generosidad de la tierra.

''En tales circunstancias, tuve necesidad de hacer un viaje hasta uno de los pueblos de la provincia, adonde llegué en momentos de realizarse una gran feria de vacunos. El instinto guió mis pasos hasta los bretes en el preciso momento de subastarse un lote de cien novillitos, por los que parecía no existir mayor interés. Quizá el aspecto descarnado de los mismos influía en el ánimo de los compradores.

''Yo entreveí un brillante negocio, pensando en la abundancia de pasto de mis potreros, y, sin vacilar, hice una oferta bajísima que fué aceptada en el acto, convirtiéndome en propietario del lote.

''Esa misma tarde me di a buscar los troperos que habían de conducirme, tropezando, recién entonces, con una dificultad que no había previsto. Era la carencia absoluta de gente de esa especie, pues todos habían sido contratados con anterioridad.

''Tras una búsqueda desesperada, logré entenderme con un viejo criollo, don Alejo Ledesma, quien se hizo cargo del arreo con el compromiso de que yo lo secundara, ya que él sólo podía contar con la ayuda de un chicuelo de diez u once años apenas.

''Acepté encantado, y al otro día, comenzando a aclarar, iniciábamos la jornada que comprendía más de treinta leguas.

''Tarea sencilla, al parecer; la conducción de un arreo requiere una constante atención y un ejercicio monótono y cansador. El tropero va y viene continuamente, flanqueando a los animales para evitar un desparramo peligroso; anima a los punteros y sigue luego, al tranco del caballo, azuzándolos, de vez en cuando, con un grito agudo o un intermitente silbido.

''Al primer alto, ya cerca del mediodía, el tropero desciende del caballo con el cuerpo molido y las piernas un poco acalambradas; la garganta, reseca y ardorosa por el ejercicio vocal, irritase más aún con el fino polvillo que levantan las pezuñas de los animales y que se adentra, traidor y molesto, en los pulmones.

''¡Con qué agrado se saborea entonces el jugoso churrasco y se sorbe, con chupones largos y golosos, el infaltable mate amargo, que simboliza, con rara exactitud, toda la sencillez de la vida campera!

''Una breve siesta después del almuerzo, con lo que se deja descansar un poco a las bestias, y se reanuda la jornada, que ya no ha de interrumpirse hasta el obscurecer.

''Caía la tarde del segundo día cuando dispuse acampar, aprovechando un lugar rico en pasto y con una magnífica aguada natural donde los fatigados animales hundían largo rato los belfos resecos, para mugir después mansamente, como agradecidos a la bondadosa frescura del agua.

''Luego, mientras cenábamos, al amparo de una tapera que coronaba el punto, llamóme la atención el mutismo de don Alejo, hasta entonces dicharachero y conversador.

''Lo interrogué, temiéndole enfermo.

''— Vea, patrón — me respondió: — si yo malicio que usted iba a hacer noche en este sitio, no era Alejo Ledesma el que le acepta trato.

''— Pero... ¿Dónde mejor que aquí? — dijo, sorprendido. — Tenemos pasto y agua. ¿Qué más se puede pedir?

''— Entonces — siguió don Alejo, — ¿es que usted nunca ha oído hablar de la tapera del inglés Parker?

''Una súbita luz se hizo en mi mente.

''— ¿Es ésta?

''— ¡Esta es! — musitó el viejo.

''Era una historia antigua que se remontaba a la época en que los indios aún solían efectuar malones relámpagos que dejaban una huella sangrienta de su paso, alcanzando las correrías hasta la parte norte de La Pampa.

''Míster Parker, nadie lo conoció por otro nombre, se internó un día, a pesar de todas las reflexiones que se le hicieron, campo adentro, sentando sus reales de solitario en aquel mismo lugar.

''Mucho se dijo y se investigó sobre las causas que lo movían, pero nadie llegó jamás a penetrar la verdad.

''¿Era un excéntrico? ¿Un hombre que buscaba olvido? ¿Un noble arruinado que se sometía a tan dura prueba para rehacer su fortuna?

''El inglés levantó su rancho y se dedicó a la caza de animales cimarrones, muy abundantes entonces, a los que sacaba el cuero y la grasa. Estaqueaba los primeros y derretía la segunda, guardándola en los enormes barriles que rodeaban la casa, a la espera de de una tropa que llegaba, con breves diferencias, cada seis meses, para recoger los productos almacenados por el infatigable y taciturno míster, y dejarle las provisiones necesarias para otra temporada.

''Así transcurrieron cuatro años; la tropa llegaba y se iba sin que míster Parker cambiara más de diez palabras con los conductores; las cosas del mundo lo tenían sin cuidado, al parecer.

''Al despedirse los troperos, regresando del octavo viaje, el inglés, con un súbito impulso, tendió la mano al capataz.

''— El otro viaje voy con ustedes — díjole, en un castellano un poco duro.

''Y se quedó mirando, con sus pequeños ojos grises e inexpresivos, cómo se perdían los carros a lo lejos.

''Pero la vida había dispuesto que míster Parker no volviera jamás al mundo civilizado.

''El alarido feroz de la indiada debió interrumpir su sueño cuando soñaba, quizá, con el regreso.

''Supuso, seguramente, que era la muerte, y no quiso emprender el largo viaje sin llevar la compañía de algunos de los asaltantes que, en número de siete, fueron encontrados más tarde por los carreros.

''El criollo, fatalista por naturaleza, reverencia a la muerte y loa al valor.

''Aquellos hombres se descubrieron ante el cadáver del infortunado inglés, y con

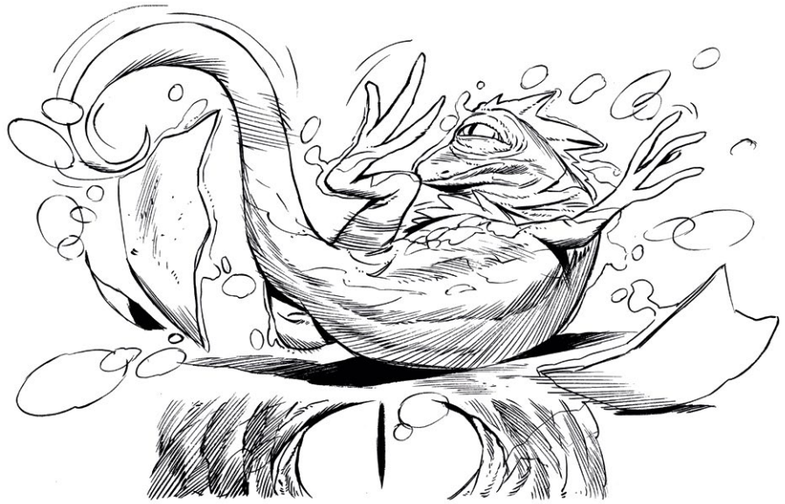
De improviso, como animados por un sentimiento telepático, ambos echamos a correr

(Continuación de la pág. 27)

P. 68. Fragmento de Magdalena Sayo, "La luz mala", ENF (carpeta 33), Escuela N° 7, Jacinto L. Arauz, La Pampa, 1921. | Ilustración de Montero L. Noxs en cuento de Fortunato E. Mendilaharzu "Autero" (*Mundo Argentino*, nro. 1937, 17 de marzo de 1948). | Ilustración de Luisa Stok en *La Luz Mala*, de Ana María Shua (Buenos Aires, Sudamericana, 2001). | Pedro Benjamín Aquino, "La luz mala", *La Escena. Revista Teatral*, nro. 637, 11 de septiembre de 1930. **P. 69.** Ilustración de Dante Quinterno, creador de *Patoruzú*, en el cuento "La luz mala", de Pedro A. Inchauspe (*Mundo Argentino*, nro. 899, 11 de abril de 1928).

Basilisco

Es un animal fabuloso, extremadamente venenoso. Se lo describe como un gusano con alas, patas de gallina y cola de serpiente. Nace de un huevo diminuto, compuesto solo de cáscara y clara. Se esconde en las sombras, desde donde acecha a sus víctimas. Muchos vecinos lo describen con un solo ojo. Si se lo mira fijo produce la muerte inmediata, por eso los espejos sirven para contrarrestar su poder. Esta bestia mágica es una adaptación de una leyenda oriental (según Ambrosetti) que, a través de Roma, llegó a Europa y luego a nuestro país.



Basilisco.- Creen que del huevo de gallina pequeño ó basilisco nace un reptil y cuyo animal, si logra ver de primero á una persona, antes que ésta pueda observarlo, de seguro que morirá.

La mirada del basilisco trae desgracia y, la mayoría de las veces, la muerte.
En nuestro suelo, el basilisco nace del huevo diminuto que, de vez en cuando, pone la gallina. Es un huevo estéril —huero— que no es sino cáscara y clara. Lo ponen las gallinas viejas y espolonadas. El encontrar en una nidada un huevo vacío equivale a la certidumbre de que de él ha salido el maligno animal. Algunos campesinos dicen que solo tiene un ojo en la frente. Huye de la luz solar, se refugia en las grietas de los muros y, desde allí, extermina al ser humano que se coloca al alcance de su mirada.

Juan B. Ambrosetti, *Supersticiones y leyendas*, Buenos Aires, L. J. Rosso, s. f.

Umita

Es un espíritu que aparece al caer la noche. Vaga por los caminos solitarios. Es una cabeza que flota. Tiene larga cabellera, ojos desorbitados y llora y gime pidiendo ayuda. Algunos testimonios la describen como la cabeza de una mujer, pero otros afirman que es la cabeza de un niño que ha muerto sin ser bautizado. También hay testimonios que la relacionan con un alma en pena. En estos casos, algunos han intentado hacerle confesar los pecados por los que ha sido condenada, pero el castigo de quien la enfrenta es amanecer mudo o tartamudo.

60 Escuela Nº 60
"El Salvador"
Santiago del Estero

1

Leyenda de la "humita."

Cuéntase que hace muchos años dos hachadores salieron con dirección al Chaco, a objeto de buscar miel. Era en el mes de Mayo. Caminaron durante varios días. Ya en medio de las selvas, comenzaron a melear. Pero siendo que tenían poca agua, dispusieron buscar alguna aguada. En vano marcharon sin encontrar el anhelado líquido. Llegada la noche se acostaron. Los dos estaban á punto de perecer. El cansancio hizo que pronto se quedaran profundamente dormidos. A eso de media noche, uno de ellos se despertó y grande fué su sorpresa, al ver que el cuerpo de su compañero se hallaba sin cabeza. Con la admiración consiguiente se levantó y echó tierra en la herida de la cual manaba abundante sangre. En seguida se acostó y largo rato estuvo sin poder conciliar el sueño. En esto sintió un ruido entre las hierbas y con asombro vió venir rodando la cabeza que faltaba al cuerpo de su compañero. Esta se acercó por adherirse de nuevo al cuerpo, pero no pudo porque estaba cubierta de tierra la parte donde debía unirse.

Al amanecer, el hombre dió sepultura al cuerpo de su compañero.

Desde entonces dicen que el pasajero que recorre durante la noche aquellos lugares, siente que lo acompaña, por entre las hierbas del borde del camino un quejido lastimero; o si tiene que pernoctar, recorre al rededor del caminante, el mismo quejido y que se distingue una cabeza cubierta de largos cabellos, que, al rodar, eleva el cabello por la furia con que aquella rueda.

P. 70. Ilustración de Tomás Coggiola y Marcelo Basile en revista *Mikilo*, nro. 5, 2001. | Ilustración de Ana Luisa Stok para el libro *La luz mala*, de Ana María Shua (Buenos Aires, Sudamericana, 2001). | Ilustración de Juan Carlos Barco en *Seres mágicos que habitan la Argentina*, de Elena Bossi (Salta, Milor, 1994). **P. 71.** Fragmento de Luis H. de Ruiz, "La Humita", ENF (carpeta 354), Escuela N° 60, El Salvador, Santiago del Estero. | "La Umita", tinta china. Ilustración de Marcelo Basile y Tomás Coggiola en *Mikilo. El Retorno de un Mito*, 2000.

La Viuda

También conocida como **la Llorona**. La viuda es el alma en pena de una mujer que se pasea por los caminos llorando. En algunos casos, en su lamento, se pregunta "dónde está mi hijo". En algunos testimonios se afirma que mató a su pequeño hijo y por eso está condenada a vagar y lamentarse eternamente. En otros casos, su condena se debe al intento de seducir a su propio hijo. Se presenta como una mujer envuelta en un manto negro, que persigue a los hombres jóvenes, intenta seducirlos y hasta despide fuego por la boca. Puede subir al anca del caballo, y al hacerlo emitirá un sonido como el de una bolsa de huesos. En esos casos, si abraza al jinete, lo mata inmediatamente. Este espíritu se suele fundir con la leyenda de la Llorona, popular en toda América.

La llorona

La llorona X

En la epoca que empiezan a ancarilar las aromos aparece la sombra dolorna de la llorona y a sentirse sus tristes lamentos en la orilla de la laguna

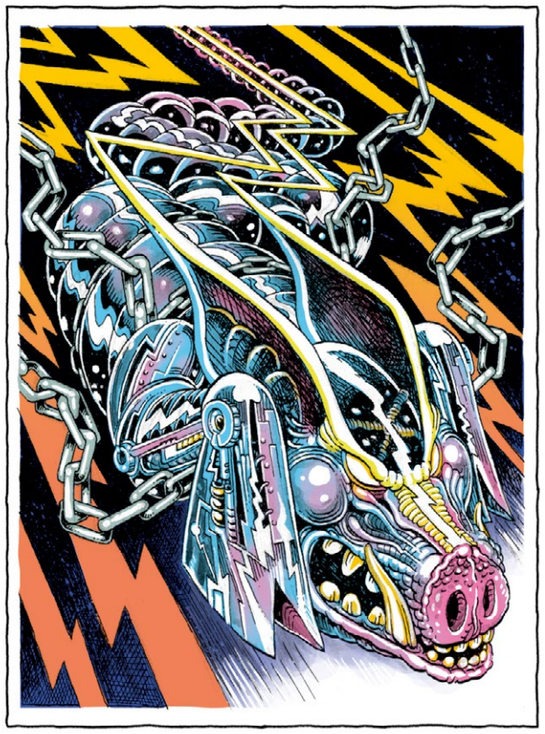
Una noche, pasando por el desfiladero, absorto en el pensamiento de su próxima dicha, le pareció sentir la respiración de una persona que iba sentada en las ancas de la mula. No prestó mayor atención al detalle, por atribuirlo al viento; mas la mula comenzó a encabritarse y dar extraños bufidos. Recién entonces palpó varias veces las ancas del animal para cerciorarse de si iba alguna persona sentada tras él.
No había nada. Convencido de que era víctima de una alucinación, castigó a la mula varias veces. Pero mejor no lo hiciera, porque esta se empezó a arrastrar bellaqueando y el cacique, ante el inminente peligro de rodar al precipicio, optó por saltar a tierra.
Junto con él cayó una mujer que iba en ancas de la mula y que, al chocar en el suelo, produjo un ruido semejante al de huesos que se resquebrajan.
Alarmados por su prolongada ausencia, sus familiares trajinaron todo el monte, hasta que por último lo hallaron tendido en tierra y sin conocimiento.
Y es fama que, ya próximo a morir, el cuitado exclamaba que veía a una mujer alta, flaca, vestida de negro, que se alejaba de su lado lanzando un lloro lastimero. Era la Viuda.

Alberto Franco, "La viuda", *Leyendas del Tucumán*, Buenos Aires, Nova, 1944.

La viuda: Es una mujer alta y delgada vestida de negro y olinte a azufre, que sale de los caminos y se sienta en ancas de los caballos de algunos jinetes que en vano procuran hacer la salir ni caer aunque se encabrite el caballo y que solo los deja cuando cambian de opinión respecto de algo malo que pretenden hacer.

La Solapa. Es un espíritu que aparece a la hora de la siesta para llevarse a los niños que se han escapado de sus casas sin permiso. La describen como una anciana alta, delgada y muy fea, que lleva un largo vestido con muchos volados, debajo del cual esconde a los niños que secuestra. Algunos testimonios dicen que puede levantar vuelo y desde las alturas arroja a los niños que secuestra; otros señalan que su fin es perderlos en el monte.

Chancho de Lata



También conocido como **Chancho con cadenas.** Es un chancho o chancha cubierto de latas o envuelto en cadenas que corre desenfrenadamente y asusta con el sonido de los objetos que lo envuelven. Algunos testigos lo describen incluso como un chancho sin cabeza. Suele habitar cerca de los ombúes o de las vías del ferrocarril, desde donde sale a asustar al vecindario. No puede ser atrapado porque es muy veloz y logra atravesar cercos y paredes; y hay quienes dicen que hasta puede caminar por arriba de los cables del tendido eléctrico. Se le adjudica llevarse a los niños y devorarlos.

P. 72. Fragmento de Matilde Alsina Parodié, "La llorona", ENF (carpeta 1), Escuela N° 8, Victorica, La Pampa, 1921. | Ilustraciones de Ana Luisa Stok en *La luz mala* (Buenos Aires, Sudamericana, 2001). | Fragmento de María Elena Fernández, "La Viuda", ENF (carpeta 64), Escuela N° 62, Villa María, Córdoba, 1921. **P. 73.** Ilustración de Leonardo Batic en su libro *Diario 1. Patagonia* (Buenos Aires, Albatros, 2011). | "La Llorona", Emilio De Caro, 1939; "La Llorona", Edgardo Donato y Manuel Romero, s. f.; "La Llorona", José L. Padula, 1946. Sala de Música y Medios Audiovisuales Gustavo "Cuchi" Leguizamón, BNMM. | "Chancho de Lata", ilustración de Damián Scalerandi y Gastón Souto para este catálogo (BNMM, 2023).

La Patagonia (que abarca las provincias de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego) es reconocida por la exuberancia y complejidad folklórica de sus tradiciones indígenas. En esta zona confluyen, entre las más destacadas, las tribus aborígenes de los mapuches, ranqueles, tehuelches, yámanas y selk'nam. Todas estas culturas poseen una riqueza mitológica equiparable o superior a la de las antiguas mitologías de los pueblos europeos.

Desarrollar sus cosmogonías en esta breve introducción es imposible. Basta con señalar que los mitos genéticos de la cultura mapuche redundan en leyendas en las que se impone el tiempo circular (y por ende la sacralidad de los ritos estacionarios) tras la creación de los astros luego de un largo período de tinieblas. Esta idea de circularidad está presente en su mito primigenio, un diluvio causado por una enorme serpiente marina (Kai Kai Vilu). Ante la posibilidad de perecer ahogados, la serpiente terrestre, Ten Ten Vilu, aconseja a los hombres que se trasladen a lo alto de las montañas para sobrevivir. Los hombres que siguen su consejo se salvan y son llamados mapuches. Desde entonces, los aborígenes consideraban que este ciclo estaba condenado a repetirse, por lo que los grandes males que caían sobre ellos eran consecuencia de esta regularidad.

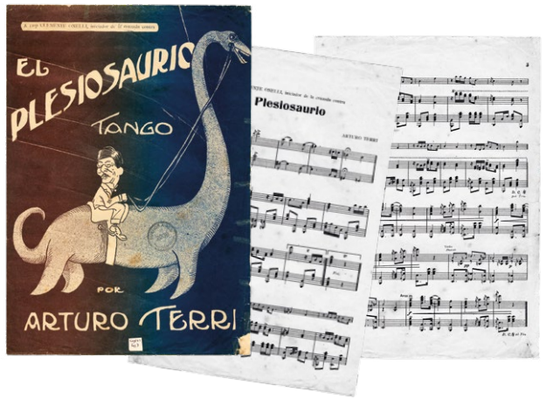
Los tehuelches, al igual que los mapuches, también hablan de una gran lluvia; se la atribuyen a Kooch, máxima entidad creadora que, devastado por la soledad y las tinieblas que lo rodeaban, lloró durante eones hasta que, agotado por su propio llanto, lanzó un largo suspiro. Con este suspiro consiguió disipar parte de las tinieblas y la luz lo inspiró a crear la llama eterna del sol y una isla de donde surgiría toda la vida.

Lamentablemente, la colonización y avaricia de los nuevos migrantes pusieron fin a las culturas selk'nam y yámana exterminándolas por completo a principios del siglo XX. Lo que dejó en tinieblas gran parte de su mitología que apenas fue recogida por unos pocos colonizadores y estudiosos que se interesaron en su compleja cosmovisión.

La belleza del paisaje patagónico —que combina el desierto con una prodigalidad única en la naturaleza— es una fuente continua de inspiración que explica fácilmente la riqueza y la profundidad imaginativa de la mitología de los pueblos originarios y de los habitantes que fueron asentándose en la región entre autóctonos y extranjeros.

El Nahuelito

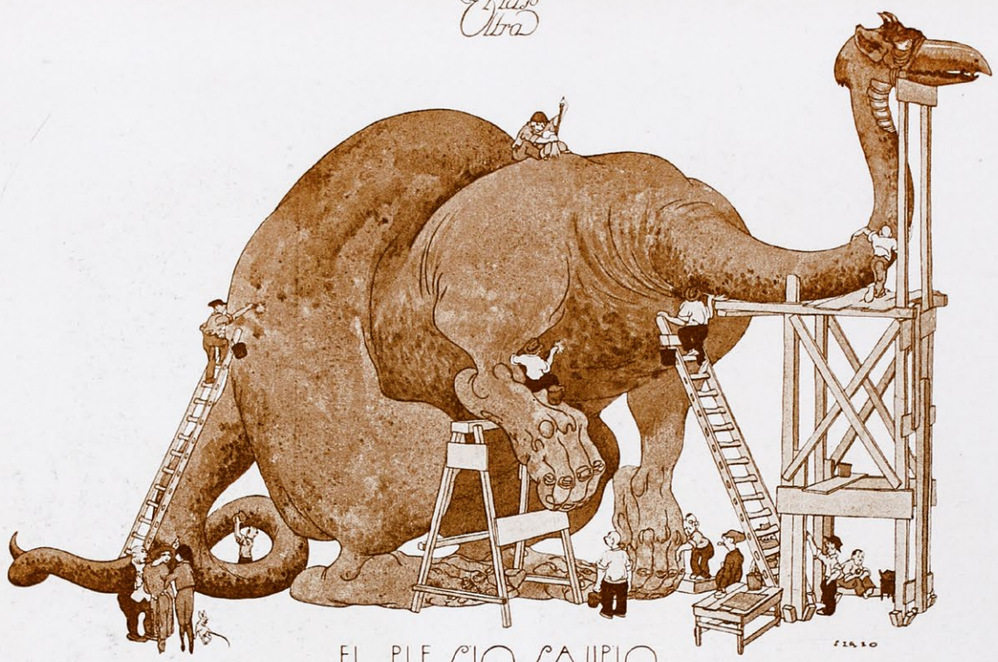
Se trata de un enorme animal con apariencia de reptil y cuello de cisne, aseguran los testigos, lo que lo homologa a un plesiosaurio. El rumor de su existencia lo hizo circular, a principios del siglo XX, un colono de origen estadounidense, de nombre George Garrett, que estaba casado con una aborigen. A fines de la década de 1970 comenzó a asociarse el lago Nahuel Huapi como la posible guarida lacustre de una bestia mítica que los lugareños y la prensa bautizaron como "Nahuelito" y que equipararon al legendario monstruo del lago Ness, en Escocia.



Fue una mañana cuando nos estábamos preparando para partir. Stokes, que se había apartado hasta un arroyo cercano, vino a buscarme para que observara ciertos rastros anormales que había encontrado. Marchamos hasta allá y, efectivamente, pude constatar una línea como de pisadas gigantescas que se extendía al oeste, hacia una quebrada boscosa. Eran impresiones semejantes a las de enormes patas de lagarto, con largas uñas que se habían clavado en el suelo dejando una serie de agujeros en los que se podía meter el puño. Entre ellas los troncos estaban partidos o habían sido arrastrados algunos metros a ambos lados. La yerba aparecía aplastada en ciertas partes y en otras había sido cortada y arrancada desde las raíces. Los rastros eran sumamente recientes y debieron haber sido hechos algunas horas antes, durante la noche.

Lobodón Garra, "El palo vivo", *La tierra maldita. Relatos bravíos de la Patagonia salvaje y de los mares australes*, Buenos Aires, Cabaut, 1932.

◂ "Sexton Blake en Sudamérica", *Pucky*, nro. 21, 1922. **Arriba.** Partitura de "El plesiosaurio", de Arturo Terri. Sala de Música y Medios Audiovisuales Gustavo "Cuchi" Leguizamón, BNMM.



EL PLESIOSAURIO SINTETICO

Por ENRIQUE M. RUAS

Si la expedición que ha ido a la Patagonia en busca del plesiosaurio no ha fracasado ya, debe estar fracasando. Ella traerá de allá cualquier cosa, menos el plesiosaurio. Pero por eso no hay que afligirse. ¿El plesiosaurio no existe? Bueno, pero puede hacerse. Cuestión de un poco de paciencia. Hagamos, pues, un plesiosaurio.

Pero antes de poner manos a la obra, resolvamos una duda gramatical: ¿Plesiosauro o plesiosaurio? En las repúblicas federales donde es fácil conseguir dinero para ir a buscar plesiosaurios en la Avenida de Mayo, plesiosaurio se escribe y se pronuncia como mejor le parezca al operador. Pero hagamos un plesiosauro... o saurio. Hagámoslo.

¿Ha oído el lector hablar del caucho sintético? En lugar de ir al Brasil con un tarrito, y poner el tarrito debajo de una higuera, y aguardar a que se llene del caucho que gotee de ella, y luego ir con el tarrito a Pernambuco y tomar el vapor para Europa, se hace una cosa más sencilla: se averigua de qué está hecho el caucho y cómo está hecho; se compran los ingredientes en la botica, se mezclan en una ollita de barro, se ponen media hora al baño maría (teniendo cuidado de revolver bien con un revólver) y después se deja una noche al sereno. Resulta un caucho magnífico, químicamente puro, y mucho más saltarín que el otro. Eso es el caucho sintético.

Pues bien, así como se hace caucho sintético ¿no se podrían hacer plesiosaurios sintéticos? ¡Quién lo duda! ¡Y mucho más saltarines que los otros!

Supe una vez que un químico húngaro había logrado hacer leche vacuna sintética. La materia prima eran los porotos. Posteriormente supe que en una oficina técnica norteamericana también habían conseguido hacer leche sintética, y que empleaban por materia prima los manís, maníes o manises. Dado a probar el producto a un ternero mamón, lo prefirió al de su propia madre.

Pues bien, lector amado y respetuoso: ya que se hace la leche ¿por qué no hacer también la vaca? No es más que una cuestión de iniciativa. Veamos cómo.

¿Quién no ha visto la máquina norteamericana de hacer chorizos? Es más conocida que la bicicleta. Se pone el chancho vivo (nota bene: vivo) en un embudo de que la máquina está dotada, se da vuelta a una manija, y empiezan a salir los chorizos por un canuto.

Alabo la inventiva de los yankis. ¿Qué es lo que ellos no inventaron? El barco de vapor, la máquina de coser, los tacos de goma; todo lo inventaron los yankis. Honor, pues, al pueblo yanki. Pero si ellos tienen inventiva ¿qué es lo que puede igualar al ingenio de los argentinos? Los yankis inventaron la máquina instantánea de hacer chorizos, pero ¿quién sino un argentino — por más señas genovés de la Boca — la perfeccionó a tal punto, que hoy, para que salgan por el canuto chorizos de chancho, ya no es menester echarle en el embudo un chancho vivo, sino cualquier animal muerto? La trascendencia de este perfeccionamiento es incalculable, porque gracias a él no hay caballo ni perro ni gato que se pierda. Todo sirve para hacer chorizos de chancho; y si existiese el plesiosaurio, también él serviría.

¿Cómo es posible? — preguntará el lector. Muy fácil. ¿Ha oído el lector hablar de la transmutación de los elementos? Es quizás la parte más entretenida de la química industrial. Consiste en cambiar el plomo en oro, el zinc en plata, el agua en fuego, la sequedad en humedad, etc., etc. Todos los alquimistas saben cómo se hace. Se ponen dos o tres puñados de plomo en un mortero; se le machaca hasta el rojo vivo, y entonces se le sumerge repentinamente en agua alcanforada a la temperatura de 4 grados centígrado. Ahora bien, en el invento norteamericano perfeccionado por los argentinos se operan transmutaciones internas, íntimas y secretas, de carne de caballo, de perro, de lagarto, de langosta, etc., en carne de chancho. A esto se reduce el misterio. Como siempre, el huevo de Colón.

Y esto del huevo de Colón viene aquí muy a propósito. Si para hacer chorizos de chancho basta echar cualquier cosa en el embudo y darle vuelta a la manija, ¿cómo se hace para hacer el chancho sintético? Primero se hacen los chorizos; después se da vuelta a la manija al revés, y los chorizos son reabsorbidos por el canuto, y a las pocas vueltas empieza a salir un chancho vivo por el embudo. ¡El huevo de Colón, quiero decir, el chancho sintético!

¿Comprende ahora el lector la posibilidad de hacer vacas sintéticas... y plesiosaurios sintéticos? Una máquina transmutadora con su correspondiente manija y su correspondiente embudo, y un peón para darle vuelta a la manija. Eso es todo.

Pero ¿se fabrican plesiosaurios sintéticos? Ayer mismo recibí un telegrama que dice así:

«Insula doctoris Moreau. Oceanus Pacificus. — Plesiosauros sinteticus fabricatus est. — Firmatus: Prendick.»

He aquí la traducción española de este telegrama:

«Isla del doctor Moreau. Océano Pacífico. — Señor don Fulano de Tal. Buenos Aires. — Muy señor mío y de mi mayor respeto y consideración y aprecio: Desearé que al recibo de la presente se encuentre gozando de perfecta salud, como para mí deseo. Por aquí, todos buenos, a Dios gracias, y siempre y completamente a sus órdenes. Sabrá como siguiendo las instrucciones de Vuestra Excelencia, y con el dinero, los productos y los elementos que tan generosa y desinteresadamente Vuestra Excelencia puso a mi disposición — por cierto que sin exigirme siquiera recibo, lo cual habla muy alto de la nobleza, la caballerosidad y el abolengo de Vuestra Excelencia — he conseguido por fin, gracias a vos, Excelentísimo señor, fabricar el plesiosaurio sintético, cuya idea sólo a vos se debe (porque Prendick, a veces, me trata de vos), y cuya gloria, por lo tanto, a vos os corresponde exclusivamente. Saludo a Vuestra Excelencia (¡rataplán!) con la expresión mayor de mi consideración más distinguida (¡plan, rataplán, plan, plan!) y me suscribo su muy atento y seguro servidor, que le besa la mano y verle desea — Prendick.»

Prendick es un protegido mío. Como él lo dice en su carta, yo soy, pese a mi modestia, el inventor del plesiosaurio sintético. Se hacen separadamente carne sintética de plesiosaurio, sangre, pasta encefálica y demás ingredientes que entran en la composición del plesiosaurio, y después de estar todo bien sintetizado, se echa en el embudo y se le da vuelta a la manija, rociándolo al mismo tiempo con un poco de agua salada. Una vez lo encontré — ahora hablo de Prendick — en la Avenida de Mayo, le expliqué la idea, le dí dinero, le compré ropa, le dije cómo se construía la máquina, le dí la receta para hacer la carne sintética, la sangre sintética, etc., le advertí lo del agua salada, y lo envié por mi cuenta a la isla del doctor Moreau, en el Océano Pacífico. Ahora él me comunica que los trabajos han tenido pleno éxito, y que todo se me debe a mí. Esto halaga mucho mi nunca desmentida modestia.

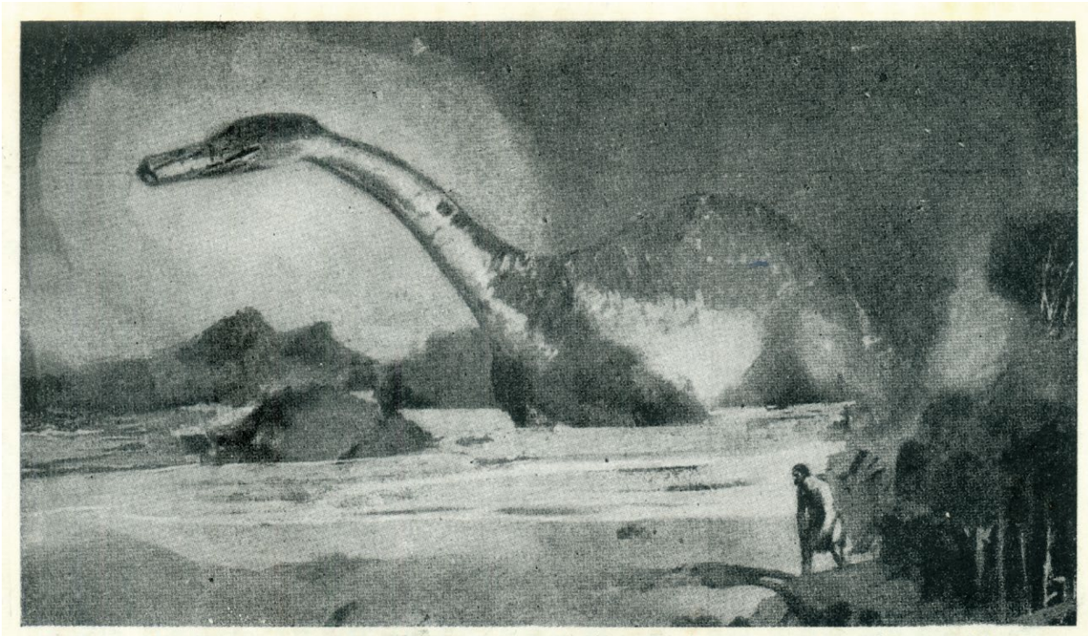
Pero si el lector me permite una confidencia, aquí lo del plesiosaurio es lo de menos. Se puede hacer todo lo que se quiera, inclusive el buey Apis. Yo creo que el gran golpe sería fabricar fenómenos y animales y seres fabulosos, para exhibirlos en el Paseo de Julio. Se podrían fabricar sirenas y medusas, terneros de tres patas, dragones chinos y unicornios ingleses, serpientes de tres colas, avestruces con cabeza de pejerrey, etc. Creo más todavía: creo que se podrían fabricar los dioses del Olimpo, puesto que también eran de carne y hueso. Sería un negocio colosal. Fabricábamos los dioses del Olimpo, constituíamos con ellos una compañía cómico-lírico-dramática, y les hacíamos representar óbritas con milonga, que son las que tienen más éxito.

Y en cuanto al plesiosaurio, me ratifico en lo dicho, porque está bien dicho. No es más difícil hacer un plesiosaurio que un mono o que un conejo. Al contrario, es más fácil, sólo que se necesita mayor cantidad de materia prima. Pero aun esto no es un inconveniente porque ¡gran ventaja! el plesiosaurio sintético puede hacerse del tamaño que se quiera.

● En febrero de 1923, como respuesta a la expedición organizada por Clemente Onelli, los lugareños de Bariloche armaron una carroza de carnaval con la figura del plesiosaurio, atrayendo la atención de la prensa y semanarios de aquellos años.

P. 78. Enrique M. Ruas, "El plesiosaurio sintético", *Plus Ultra*, nro. 73, mayo de 1922. Ilustración de Sirio.

P. 79. Carroza del plesiosauro en el centro de Bariloche, 1923. Fotos de Rafael Soriani. Colección Frey, Archivo Documental Museo de la Patagonia.



Cuadro publicado en una revista argentina cuando la búsqueda de un supuesto saurio superviviente en la Patagonia cobró actualidad *(foto Caras y Caretas, 1922)*

Arriba. Ilustración en "Lo del animal misterioso", artículo de Clemente Onelli (*Caras y Caretas*, nro. 3234, 18 de marzo de 1922). **Abajo.** *Ex Libris* de Clemente Onelli, s. d.

● A la caza del dinosaurio

El 19 de enero de 1922, Clemente Onelli, por entonces director del hoy extinto Jardín Zoológico, recibió una carta de un antiguo baqueano patagónico. El autor de la esquela aseguraba que "he podido apercibir en medio de la laguna un animal enorme con una cabeza parecida a un cisne de forma descomunales, y el movimiento del agua me hace suponer el cuerpo de un cocodrilo". La carta estaba firmada por un estrambótico inmigrante estadounidense de nombre Martin Sheffield que se ganaba la vida como buscador de oro, arriero o lo que le cayera en gracia, ya que su principal ocupación era la bebida.

Este testimonio tan poco digno de crédito dio lugar a una expedición que se financió con fondos privados. Onelli envió como responsable de la excursión al ingeniero Emilio Frey al que le adosó un grupo variopinto de especialistas como Alberto Merkle, taxidermista del Museo de La Plata; Santiago Andueza, un tirador experto, y José Cinaghi. A ellos también se unió el periodista Augusto Vaccari –de la revista *Caras y Caretas*– , quien se encargó de firmar la crónica del viaje.

Para fines de abril, en los inicios del invierno surero, la expedición, luego de examinar unas pocas lagunas, donde los aventureros arrojaron cartuchos de dinamita a modo de exorcismo a su propia incredulidad, se dio por concluida la misión sin haber obtenido más que testimonios confusos acerca del monstruo.

En cuanto a la verdadera razón que impulsó a Onelli a arrostrar la mofa de la opinión pública, puede rastrearse en un suceso que se remontaba a 1896, cuando el militar Ramón Lista aseguró haberle disparado a un animal que describió como "un pangolín sin escamas, cubierto de un pelaje rojo grisáceo". A lo que debe agregarse la creencia de Florentino Ameghino de que aún sobrevivían unos pocos ejemplares de milodón (un perezoso extinto de la era cuaternaria) en el interior de la Patagonia. Por todo lo cual, Onelli aceptó financiar como fuera la expedición, con la esperanza de exhibir un animal tan particular en el zoológico de Buenos Aires.

A pesar del fracaso, la noticia azuzó la imaginación de periodistas, novelistas y músicos en todos los rincones del mundo. Incluso motivó la construcción de una carroza de carnaval en Bariloche con la apariencia del dinosaurio marino que fue la comidilla de los diarios y revistas de aquellos días.

Nahuelito, como lo llamaron cariñosamente los lugareños (y sobre todo los guías turísticos), forma parte de la mitología zonal y aún hoy surgen testimonios que intentan revelar el secreto que oculta el lago.

Un secreto que ya suma sesenta y cinco millones de años de silencio.

Ilustración de Tomás Coggiola y Marcelo Basile (Buenos Aires, 2000).

Chonchón

También conocido como **Choñchoñ**. Es un ave imaginaria que se presenta como una terrorífica cabeza alada revestida de una fosforescencia verdosa. Se cree que estas cabezas pertenecen a los calcus o brujos que adoptan estas formas para sus misiones diabólicas en las zonas patagónicas. Sus orejas adquieren las dimensiones de alas para poder volar al destino que desean, mientras que de la base de su cabeza emergen unas garras afiladas. Se lo reconoce por el sonido de su grito: "Tué... tué...".

El cuerpo descabezado permanece en el hogar del brujo hasta que regresa el ave y se diluye el hechizo. Estas transformaciones solo pueden producirse durante la noche y suelen ocupar los vuelos en la visita de lechos de personas agonizantes a quienes asesinan chupando su sangre.

Feiura

Es un ser demoníaco de sexo femenino que habita generalmente en zonas pantanosas. Aunque suele pasearse en bosques y quebradas. Posee un aliento fétido y una mirada penetrante con la que somete a sus víctimas. Goza con hacerles daño a las personas. Con su aliento hediondo puede doblar árboles y lastimar a personas y animales.

Se la describe como una mujer de unos 40 o 50 centímetros de estatura, con dos enormes pies y fuertes brazos. Para atraer a sus víctimas, utiliza un canto hipnótico.

Se asegura que es fruto de la unión del Trauco con la Condená.

Ilustración de Leonardo Batic en *Diario 1. Patagonia* (Buenos Aires, Albatros, 2011).

Cuero

Se lo observa en los grandes lagos como un cuero vacuno extendido sobre las aguas. En lengua mapuche su nombre es "Threquelhuecuvu ("threquel" cuero y "huecuvu" maligno). Tiene hábitos antropófagos y la apariencia de un cuero ovalado, inmenso, en cuyo contorno posee garras afiladas y en el centro, unos ojos rojos y saltones. La boca se ubica debajo de su cuerpo y con ella vampiriza a su caza. Sus hábitos anfibios le permiten acechar a sus víctimas en las orillas de las aguas y su método de ataque consiste en enrollar con su cuerpo a sus presas hasta asfixiarlas.

Ilustración de Lucas Nine para el libro *Cuentan en la Patagonia*, de Nelvy Bustamante (Buenos Aires, Sudamericana, 2005). Ilustración de Damián Scalerandi y Gastón Souto para este catálogo (2023, BNMM).

■ **Arunco.** Sapo inmenso de coloración verde moteada que custodia las aguas para que no mermen. La superstición se inspira en la rana buey que habita la zona. Se la conoce también como rana mugidora por el sonido que emite.

Ilustración de Leonardo Batic en *Diario 1. Patagonia* (Buenos Aires, Albatros, 2011).

Trauco

También conocido como **Trauko**. Es considerado el dios de la montaña y dueño de los bosques. Puede ser femenino o masculino. Su aspecto está relacionado con los íncubos y los súcubos. Se lo describe como un hombre gigantesco con una barba muy larga, pero también existen testimonios en los que se asegura que es pequeño y de aspecto espeluznante. Al igual que al Pombero en Misiones, las mujeres solteras solían atribuirle al Trauco la causa de un embarazo no deseado o vergonzoso.

> Naturalmente, un monstruo semejante era un peligro para los habitantes de la región, a quienes aterrorizaba el Trauko, que así se llamaba el gigante, de barba desmesurada y cuyos cabellos parecían tallos de totora y eran de un rojo fuego, lo cual contribuía a darle un aire más feroz.
>
> Berta I. Koessler,"El gigante del río Kollon-Kura", *Cuentan los araucanos*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1954.

Ilustración de Ure en *Huecuvumapu. Curanderos, hechiceros y mitos de la Patagonia y de Tierra del Fuego: para una antropología integral*, de Alberto Vúletin (Buenos Aires, Gardenia, 1982).

■ **Anchimallén.** Este ser habita tanto el ambiente de la comunidad como los caminos, bosques y montañas. Se asegura que se trata de una pequeña esfera de luz o de fuego que flota en el aire y produce el sonido del llanto de un bebé. Puede ser creado para el bien y entonces se convierte en el espíritu protector del hogar y la cosecha o, por el contrario, puede ser creado para el mal y entonces daña a las personas. Mirarlo fijamente produce ceguera, extravío o tartamudez.

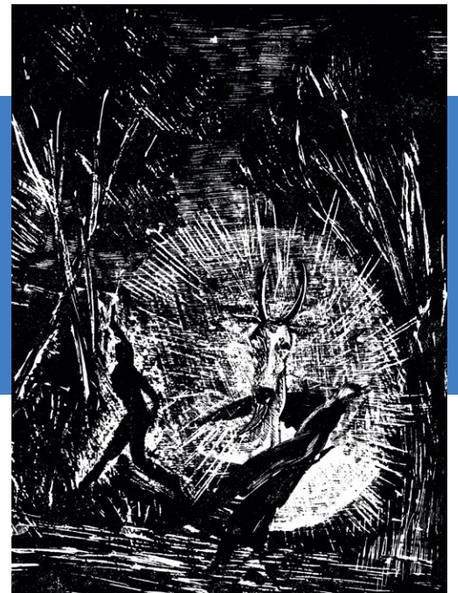


Ilustración anónima en *Hualicho Mapu. Leyendas, cuentos y relatos de la pampa misteriosa*, de Enrique Stieben (Buenos Aires, Albatros, 1951).

Ilustración de Ure en *Huecuvumapu. Curanderos, hechiceros y mitos de la Patagonia y de Tierra del Fuego: para una antropología integral*, de Alberto Vúletin (Buenos Aires, Gardenia, 1982).

Ilustración de Alberto Pez en *El jaguar y la araña*, de Miguel Ángel Palermo (Buenos Aires, Tinta Fresca, 2008).

■ **Quetronamún.** Es un enano cuya presencia impregna el aire con un intenso hedor a ajo. Posee solo una pierna, por lo que se mueve dando saltos. Las huellas de su paso revelan su baja estatura y una clara separación entre los dedos de sus pies. Algunos avistamientos aseguran que tiene cabeza de hombre con pico de pato. Su visión acarrea muchos males.

■ **Huecuvú**. Es un genio de mal que disfruta destruyendo lo que el hombre construye y enfermando todo a su alrededor. Puede adoptar las más variadas formas para aparecer frente a las personas. Los indígenas de la Patagonia, cuando encuentran animales muertos en los caminos, le adjudican este hecho al demonio Huecuvú, pues este tiene la particularidad de emponzoñar los pastos, lo que provoca que los animales mueran intoxicados.

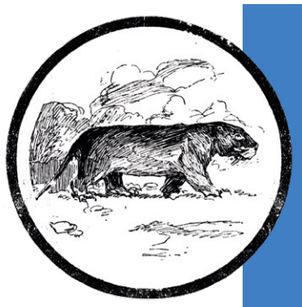
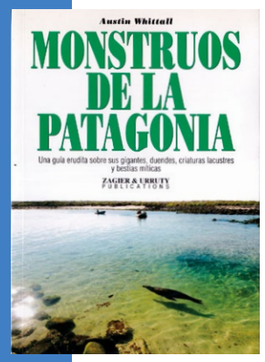


Ilustración en la nota "¿Han descubierto al yemish?" (*Don Goyo*, nro. 5, 3 de noviembre de 1925).

● Yesmich. También conocido como Iesmich o "tigre de agua". Animal feroz que acecha en las orillas de los lagos. Se lo describe como una bestia de cabeza estrecha, grandes colmillos, orejas sin pabellón y pies cortos. Tiene hábitos nocturnos y ataca a los caballos arrastrándolos a las profundidades de las aguas.

Austin Whittall, en su libro *Monstruos de la Patagonia*, recopila diversos avistamientos de misioneros y exploradores de mediados del siglo XIX que asocian esta superstición con la presencia de alguna clase de simio fueguino que se extinguió tras la desaparición de los pobladores originarios (haush y selk'nam).
Otros duendes de la zona patagónica son los Chuviño, Peuquen, Sompalhue, Colella Che, Kofkeche o Hahshi.



Otros seres de la región

La Condená. Al igual que el Alma Mula o la Viuda, este espíritu es el alma en pena de una mujer que fue condenada a vagar eternamente debido a los graves pecados que cometió en vida. Se la describe como un espíritu maligno que disfruta lastimando a los hombres. Es una mujer de 40 o 50 años que recorre los caminos en busca de víctimas masculinas.

Yosi. También llamado "Joshil". Se trata de espíritus de niños que se instalaron en los bosques luego de sobrevivir a la matanza de sus madres cuando cayó el matriarcado en las comunidades indígenas. Son descriptos con el aspecto de un hombre (aunque no lo son) con un enorme miembro. Se pasean por el bosque desnudos o envueltos en pieles de zorro.
Sienten predilección por las fogatas y por formar pequeños montículos con ramitas, pero desconocen la forma de hacer fuego. A pesar de que muchos relatos los consideran inofensivos, existen informes de ataques violentos y se dice que son aficionados a comer un pedazo de la lengua de las personas que atacan.

Cachuecho. Es un espíritu gigantesco que ronda por la noche, su presencia es advertida por el hedor a podredumbre que emana su espíritu. Si encuentra en su camino a una persona, antes de que esta pueda advertirlo, el Cachuecho lo ataca, vaciándole los ojos. Usa un bonete de hierro en la cabeza, que está sembrada de cabellos tan duros como clavos. En su pecho brillan dos luces que le sirven de guía.

Calchona. Suele aparecerse en caminos o calles pocos transitadas. Viste ropajes oscuros, tiene el rostro amarillento y la dentadura cariada. Para conjurarla basta hacer la señal de la cruz, algo que de inmediato la exorciza. Se desvanece tras lanzar una macabra carcajada. Otras versiones aseguran que se trata de una oveja enorme y lanuda que acecha en lo alto de los árboles a los caminantes y se arroja sobre ellos cuando pasan por debajo.

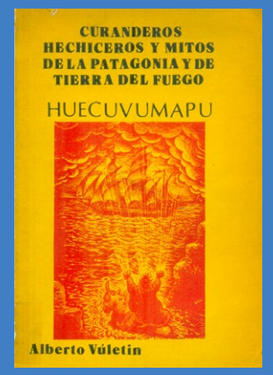
Colocolo. También conocido como Codcod o Congoycongoy. Algunos dicen que se trata de un pájaro vampiro que succiona con fruición la sangre de sus víctimas y que, además, es muy aficionado a la saliva humana. Ciertos relatos lo describen como un ser con la apariencia de una rata enorme y el cuerpo cubierto de plumas; otros, como una culebra o lagarto. Aseguran que es dañino, muy violento y que salta al rostro para arrancar los ojos de sus víctimas.

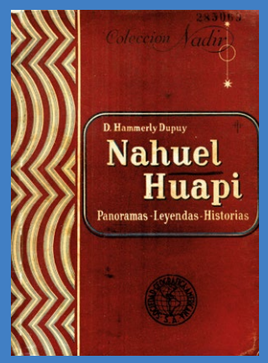
Ñeñechén. También conocido como Nguenechén. Deidad de dos caras: una blanca, benigna, y una oscura, maligna, que vive en las profundidades de los volcanes. Su nombre significa "dominador" o "dueño del mundo" y, al estar asociado a los dioses supremos, es amo de los destinos (buenos y malos) que caen sobre los mortales.

Sumpall. Sirena mapuche de larga cabellera rubia y cuerpo de pez. Está emparentada a la sirena chilena de nombre Pincoya y su carácter puede ser benigno o malévolo, según sus cambios de humor o si las personas amenazan su territorio, ya que es protectora de las aguas.

Piwichen. Serpiente voladora mapuche. También conocida como Pihuichén, Piguchén, Piuchén. Su alimento principal es la sangre humana. En su juventud tiene forma de serpiente, pero cubierta de pelos. Cuando madura alcanza el tamaño de un gallo adulto y le crecen dos pequeñas alas rojas cerca de la cabeza, con las que remonta vuelo al grito de: "¡Piurit!, ¡piurit!". Este grito es de mal agüero para quien tenga la desgracia de escucharlo, ya que predice su muerte. El enflaquecimiento repentino del ganado o de las personas es atribuido a la presencia oculta de este monstruo.

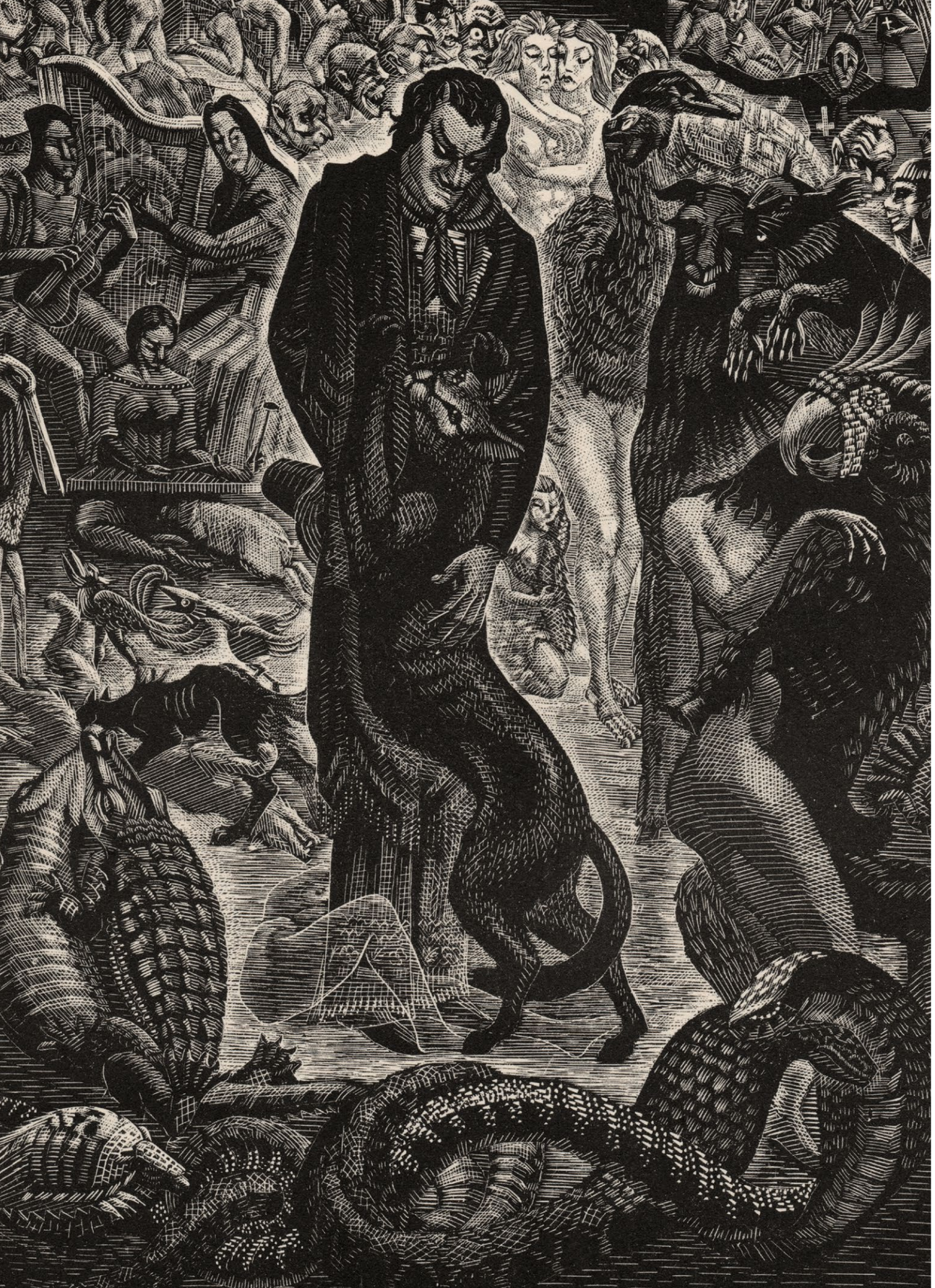
Hashi. Es un duende de origen ona, sumamente travieso y dañino, que se confunde con troncos podridos o quemados, cuya apariencia imita. Suele ingresar en los hogares para hacer destrozos y travesuras. Se lo reconoce por su grito característico: "¡Coob, boob, coob, boob!".





Fernán Félix de Amador, *Allú Mapu, el país de la lejanía. Visiones, paisajes y leyendas de la cordillera austral*, Buenos Aires, Araujo, 1941. | Alberto Vúletin, *Huecuvumapu. Curanderos, hechiceros y mitos de la Patagonia y de Tierra del Fuego: para una antropología integral*, Buenos Aires, Gardenia, 1982. | Daniel Hammerly Dupuy, *Nahuel Huapi* (*Panoramas-Leyendas-Historias*), Buenos Aires, Sociedad Geográfica Americana, 1946.

Escena en la salamanca de la película *Nazareno Cruz y el lobo*, dirigida por Leonardo Favio, 1976. Archivo del Museo del Cine Pablo Ducrós Hicken.



Entre estudiantes, hechiceros y demonios: actores y resignificaciones de las salamancas del Norte argentino

Las narrativas folklóricas sobre la salamanca se encuentran entre las más populares del Noroeste argentino. La existencia de un espacio mágico (una cueva, el cauce seco de un río, un hoyo), de una música irresistible que orienta sobre su localización, de un pacto diabólico y secreto que hermana a los iniciados o estudiantes, así como la motivación de aprender un arte, se encuentran entre los componentes más recurrentes del estereotipo. Aunque la brujería sea "el arte" por excelencia —de aquí la familiar referencia a la salamanca como "escuela de brujos"—, también la danza, la ejecución de instrumentos y la doma figuran entre las habilidades que se aprenden sin esfuerzo bajo la guía del Zupay.

Claro que no cualquiera es apto para entrar en tan temibles aulas: es condición necesaria ser lo suficientemente corajudo para pactar con el demonio y superar pruebas de ingreso que incluyen el contacto con animales repugnantes y, a través del insulto a sus símbolos, la renuncia a la religión católica. Músicos virtuosos, domadores expertos, curanderos exitosos, sensuales bailarines y supuestos brujos pueden ser sospechados de concurrir a salamancas para aprender y perfeccionar su arte. Por supuesto, no serán ellos mismos quienes se jacten de hacerlo, sino los rumores de quienes los "temen y respetan".

◂ Ilustración de Víctor Delhez en *Las mil y una noche argentinas*, de Juan Draghi Lucero (Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1953).

¿Cuáles son los orígenes de la salamanca? La mayoría de los folkloristas (Colluccio, 2000; Fortuny, 1965) los han rastreado en España. Entre otros autores hispanos, Miguel de Cervantes, Juan Ruiz de Alarcón y Benito Jerónimo Feijoo dedicaron célebres páginas a la cueva de la ciudad universitaria, ya presente en las leyendas populares.[1] Sin embargo, las alusiones en estas obras apuntaban a variantes cultas y librescas, a saberes muy distantes de los evocados en las versiones latinoamericanas. Solo el tópico del aprendizaje veloz a cambio de un pacto diabólico permitiría establecer una genealogía más lineal.

En las salamancas rurales, en cambio, los asistentes norteños buscan interiorizarse en saberes prácticos, habilidades útiles para la seducción y también en la brujería aplicada al maleficio o al curanderismo. Por otra parte, a través de los siglos, estos "salamanqueros sin libros" han incorporado a su escuela unos cuantos atributos no europeos, de origen africano o indígena. José Luis Grosso

1. Juan Ruiz de Alarcón, *La cueva de la salamanca* (www.coh.arizona.edu./spanish/comedia/alarcon/cuevsala.html, 20/8/2002); Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764), *Teatro crítico universal*. En el tomo séptimo, discurso séptimo, discute con Martín del Río sobre la tradición "crédula" (www.filosofia.org/bjf/bjf/707.htm, 20/8/2002); Miguel de Cervantes, *Entremés de la cueva de la salamanca* (1600) (www.coh.arizona.edu/spanish/comedia/cervantes/cuesal1/html, 20/8/1992).

(2008), por ejemplo, los ha rastreado en los relatos recogidos en parajes situados sobre el río Dulce, en Santiago del Estero, referidos al aprendizaje del malambo. De manera análoga, Diego Escolar (2021) recuperó entre sus informantes de Guanache la noción de la salamanca como "escuela de los indios", definición que la Encuesta Nacional de Folklore de 1921 reitera casi en los mismos términos para numerosas localidades del Noroeste argentino.

Si estas versiones con matices africanos e indígenas surgen de la narrativa oral, otras referencias —más o menos similares— pueden hallarse en algunos (escasos) documentos de archivo, en particular en expedientes criminales contra hechiceros. Su existencia nos permite especular sobre cómo fue cobrando forma el estereotipo de la salamanca y qué formatos locales adoptó.[2]

Como ya se dijo, la asociación entre brujería y salamancas ha sido siempre muy estrecha. Al respecto, las causas judiciales nos brindan detalles que los acusados aportan en primera persona. En la Edad Moderna, la hechicería era tipificada como delito (y como pecado) por la normativa hispana y, como tal, perseguida y castigada por autoridades civiles y religiosas. Sabemos con certeza que en el siglo XVI existieron persecuciones masivas —una carta al rey del gobernador de Tucumán Juan Ramírez de Velasco, de 1586, afirmaba que más de cuarenta hechiceros habían perecido en la hoguera—, mientras que otros documentos, como los juicios de residencia, confirmaban la continuidad de las razias a lo largo del siglo XVII. Sin embargo, en la centuria siguiente se conservan procesos completos y en unos pocos se alude —explícita o veladamente— a salamancas.

La Pachamama, el Lobizón, el Pombero y la Umita. Ilustración de Quique Alcatena en lápiz y tinta china (*Mikilo. Especial*, Buenos Aires 2002).

Entre ellos, descuella un espectacular juicio que conmovió a la ciudad de Santiago del Estero en 1761 y que llevó al banquillo a una decena de acusadas. La primera denuncia que el alcalde indígena del pueblo de Tuama realizó en el cabildo, apuntaba contra Lorenza y Pancha, supuestas responsables del daño infligido a su criada, la "China" María Antonia. Interrogadas bajo tormento, las dos mujeres confesaron haber participado de tres salamancas junto a numerosos cómplices, que la justicia no tardó en apresar. El caso es que estos cómplices —siempre siguiendo las declaraciones de Lorenza y Pancha— se habrían reunido con ellas en salamancas singularizadas y localizadas con precisión. ¿De quiénes se trataba? En su mayor parte, de indias del pueblo de Tuama —incluyendo a las sobrinas adolescentes del denunciante, según los jueces, entregadas por rencor—. Sin embargo, las reas señalaron también a otros personajes. Lorenza, por ejemplo, acusó a un tal Marcos Azuela, anciano "zambo de indio", que vivía en una estancia distante de su casa, en compañía de su mujer y sus dos nietas. Aunque todos los testigos reconocieron en Marcos a un "médico" y no a un hechicero, el único hombre perseguido en 1761 murió en su celda del cabildo "partido por un rayo", hecho que los jueces consideraron una demostración palmaria de su poder.

¿Qué relatos dejaron Lorenza y Pancha sobre las salamancas que afirmaban frecuentar? En primer lugar, sostenían haber llegado a ellas volando, como también decían hacerlo las brujas europeas del *sabbat*. Despojadas de sus ropas entre música y bailes, confesaron recibir allí los cabellos, los polvos y las hierbas con las que preparaban sus maleficios, incluido el que afectaba a la criada y que ni ellas ni Marcos Azuela —obligados a curarla frente a un curioso público— lograron revertir. Previsiblemente, el pacto con el demonio tenía un lugar destacado en el aprendizaje salamanquero: en palabras de Lorenza, "vinieron dos, vestidos a lo español, muy grandes eran los Demonios, y dos Chivatos", mientras que, según Pancha, este había adoptado la forma de un viborón que le había pedido que "le diese de su sangre". Al igual que en las narraciones folklóricas, también estas salamancas coloniales tenían sus porteros, que las confesiones identifican como mestizos: tal era la condición de un tal Josep Vivas —que le había entregado a Lorenza cabellos y hierbas dentro de un papel— y de una mujer gorda que le ofreció a Pancha el jume fresco necesario para sus hechizos.

El proceso de 1761 puede considerarse tardío, sobre todo si se piensa que las grandes persecuciones europeas ocuparon los siglos XVI y XVII. Incluso en Santiago del Estero este caso parece excepcional, así como el rigor con el que fueron atormentadas sus protagonistas. Ya se dijo que el escenario en que estalló la razia era un pueblo de indígenas, así como lo eran también las acusadas: sin embargo, todas ellas participaban de una cultura mestiza y en estos términos pueden pensarse también "sus" salamancas. En ellas podemos imaginar a las presuntas hechiceras mezcladas e iguales a los otros participantes —la desnudez exigida para ingresar a la salamanca refrendaba tal efecto de igualdad—; una postal opuesta a la de su existencia cotidiana de indias de encomienda, marcada por la violencia y la servidumbre. De esta suerte, la comunidad salamanquera que había concertado, al decir de Lorenza, "hacer daño a todos los que pudiesen", dotaba a estas pobres mujeres de un poder que su lugar social les negaba a la par que las volvía "temidas y respetadas" en su comunidad.

Las resonancias indígenas de las salamancas —aunque no se las llame por ese nombre— pueden discernirse mejor en documentos más tempranos que el descripto. Una vez más, el hilo a seguir nos remite a la persecución de la hechicería, puesto que se trataba del "arte" que por excelencia se aprendía en la salamanca y que podía devenir en una práctica perseguida y judicializada. En este sentido, un proceso de 1715 contra otra india de Tuama, Juana Pasteles, acusada de múltiples crímenes, puede iluminar esta dimensión menos conocida de "escuela de los indios". La confesión de Juana —al igual que las de las reas de 1761, expresada en "la quechua"— tuvo tramos tan oscuros que sus jueces los descartaron por incomprensibles, rasgo que denota la alteridad radical de parte de su discurso.

¿En qué consistía la "junta" —como llamó Juana Pasteles a los mágicos cónclaves— y quiénes concurrían junto a ella? También aquí se trataba de un grupo de iniciados en el arte mágico, de una selecta minoría de maestros y discípulos. La maestra de Juana había sido otra india, que siendo ella muy joven le había presentado un demonio con apariencia de chivato. Como en el *sabbat* europeo, Juana se había prosternado ante él para besarle el rabo, no sin antes arrojar por tierra el rosario que llevaba al cuello. Disimulado entre los animales de su rebaño, el chivato ya no se le apartaría y la seguiría de por vida. Una vez hecho el pacto, y con la guía de su maestra, Juana se entrenó en el uso de bebedizos, polvos y hierbas. Con ellos tomó venganza de sus enemigos, incluido su propio marido, que la "martirizaba y maltrataba". Todo ello sin dejar de "comunicar el arte" con otros hechiceros, varones y mujeres por igual. Mientras Juana y sus socios trabajaban en hacer daño, unos enigmáticos "indios de Amaicha" los deshacían y habían logrado salvar a algunas de las víctimas. Juana no habló de salamancas, sino de "juntas" que se reunían en "tiempo de algarroba". En aquellos encuentros los iniciados se intercambiaban piedras vacanquí (amuleto andino) y alucinógenos como el coro, el chamico y el cebil, todos ellos fundamentales en los sistemas religiosos prehispánicos y en su terapéutica. Por último, según declaró Juana, en tales "juntas y borracheras" se aparecía "el demonio en figura de indio y puesto un cuchillo bailan, cogiendo brasas en las rocas". Entendemos que este demonio con semblanza indígena bien podría remitir a los chamanes indígenas o chaqueños, tanto por el ritual que se describe como por la resistencia al fuego y la demonización del personaje.

Por supuesto que la expresión "junta y borrachera" no es para nada nueva. Aparece profusamente citada en fuentes mucho más tempranas, de los siglos XVI y XVII, como las *Cartas Anuas* jesuíticas. En rigor, el personal eclesiástico utilizaba aquel nombre para designar cualquier práctica ritual indígena que tuviera lugar en el monte y que implicara el consumo de aloja de algarroba. Las alianzas políticas y los eventos socialmente significativos solían acompañarse de estas ingestas, que el personal eclesiástico pronto demonizó y describió de manera sesgada. De aquí la importancia del testimonio

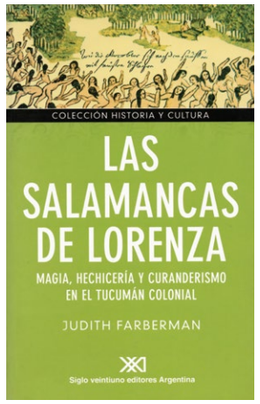
2. Los documentos inéditos descriptos en adelante se encuentran en el Archivo Histórico de la Provincia de Santiago del Estero.

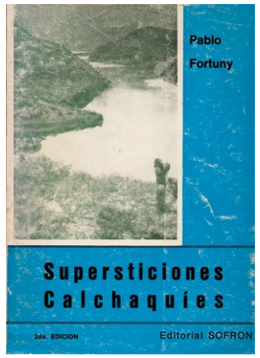
en primera persona de Juana Pasteles, más allá de las circunstancias en las que fue obtenido —se la amenazó con tormentos que no se le aplicaron porque se quedaba dormida—, de la traducción del quechua al español y de su adaptación a una suerte de lenguaje técnico legal.
Entre 1715 y 1761, mucha agua había corrido bajo el puente, pero las similitudes entre las "juntas" de Juana y las salamancas de Lorenza y Pancha son tan impactantes como sus diferencias. ¿Podría pensarse que el nombre de salamanca recubría con un ropaje hispano antiguas prácticas indígenas vinculadas con la recolección de la algarroba? La recolección se mantuvo durante siglos como una actividad económica fundamental, motivo de profundas expediciones al monte en busca de frutos, cera y miel.
Si así fuera, la narración de Juana podría interpretarse como una suerte de "protosalamanca", de estereotipo híbrido en el que los rituales políticos indígenas volvían resignificados y feminizados, porque eran los mismos participantes quienes los demonizaban, tras haberse apropiado del discurso evangelizador europeo. Si la de Juana era una "protosalamanca", la descripción de 1761 —en la que las mujeres ya dominaban decididamente, como en los estereotipos europeos— podría pensarse como su heredera mestiza, que de la leyenda hispana había tomado el nombre, la motivación y el carácter diabólico.
En líneas generales, los mestizajes se asumen en términos de hispanización y de deculturación de los acervos indígenas. Sin embargo, el camino recorrido por las salamancas podría no haber sido unidireccional. Por cierto, el nombre del espacio mágico, la feminización de la brujería, el hecho de que ya no fueran solamente indígenas los participantes, de que amenizaran sus reuniones con música ejecutada con arpa y guitarra (instrumentos que acompañaban las misas) y de que los demonios vistieran "a lo español" apoyan aquel supuesto. Sin embargo, la manipulación de la herbolaria tradicional y de otros insumos indígenas —aunque combinados con el pacto diabólico, quizá para reforzar su eficacia— revelaba por lo menos una superposición de tradiciones.
Un segundo costado de un mestizaje con rostro indígena apunta a la ambigüedad del "arte". Los especialistas religiosos prehispánicos, los chamanes de los que tan poco sabemos, eran ambiguos por naturaleza: tanto podían hacer el mal como extirparlo. Las salamancas han recogido esa ambigüedad: como lo expresan las narrativas folklóricas, se podía "conversar con los diablos" también para curar. Si, en definitiva, la ambigüedad está presente en cualquier tipo de poder, ¿por qué médicos y hechiceros no habrían de estudiar en las mismas aulas? Quizá la novedad aportada por la sociedad colonial fue la de llevarse la ambigüedad de los demonios indígenas. El Zupay de la salamanca, definitivamente malo, mancharía también el poder del curandero.

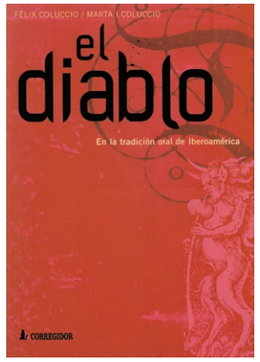
Ilustración de Lippe Mendoza en su libro *La leyenda del Ucumar* (Salta, Fondo Editorial Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta, 2013).

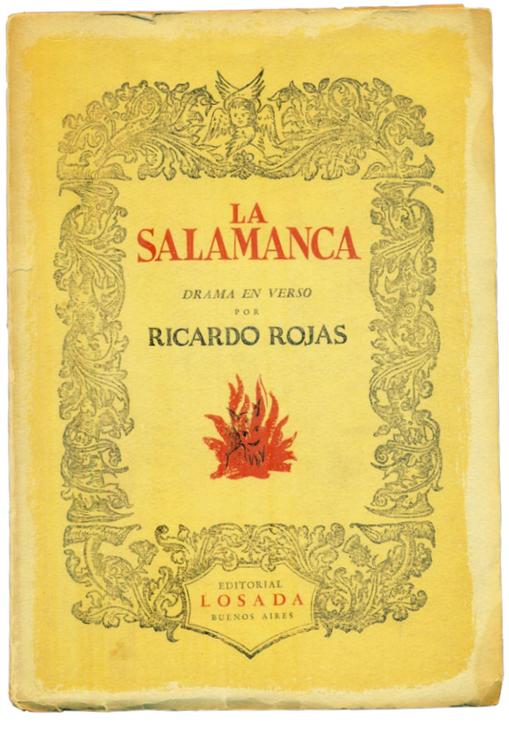
Bibliografía citada

Félix Colluccio y Marta Coluccio, *El diablo en la tradición oral de Iberoamérica*, Buenos Aires, Corregidor, 2000.
Diego Escolar, *Los indios montoneros. Un desierto rebelde para la nación argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2021.
Judith Farberman, *Las salamancas de Lorenza. Magia, hechicería y curanderismo en el Tucumán colonial*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
Pablo Fortuny, *Supersticiones calchaquíes*, Buenos Aires, Huemul, 1965.
José Luis Grosso, *Indios muertos, negros invisibles. La identidad santiagueña en Argentina*, Córdoba, Brujas, 2008.









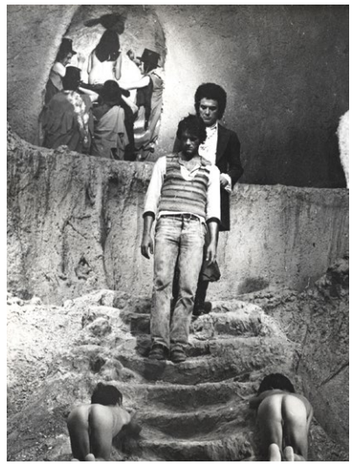
Ricardo Rojas, *La salamanca, misterio colonial. Drama en tres actos y en verso*, Buenos Aires, Losada, 1943.

Seres de la salamanca

■ **Salamanca.** Significa en quechua aquelarre. Es decir, una reunión de brujas y almas condenadas que se reúnen con seres demoníacos a bailar y planear daños a los humanos. El Zupay es el rey de la salamanca y el que preside las reuniones y sella los pactos de los hombres que acuden a él en busca de diferentes dones.
La música que sale de la salamanca es lo que permite llegar a ella, aunque no todos pueden entrar. Se cuenta que la más importante es la que está ubicada en Sanagasta, aunque se afirma que hay muchas otras entradas.
A ella acuden los iniciados en el arte de la brujería. Los sábados por la noche se reúnen hechiceros y calcus, que junto a algunos animales demoníacos (chivos malolientes, culebras que escupen sangre y basiliscos) realizan extraños rituales. Cuentan que los corredores de la salamanca están iluminados con lámparas de aceite humano y hay en el lugar un bullicio espeluznante lleno de gritos y carcajadas. Solo quien conoce la contraseña ingresa a la salamanca, para ser recibido por el Zupay.

■ **Zupay / Mandiga.** Es el demonio, causante de todos los males y adversidades que sufre el ser humano. El mito tiene una doble influencia: es, por un lado, herencia de la tradición occidental con la figura del Diablo o Lucifer y es, por otro, de tradición incaica, en la que Zupay era la encarnación de los misterios de la selva y el causante de todas las desgracias que acechaban a hombres y mujeres.
La apariencia de Zupay o Mandinga es muy variada. Puede adoptar la forma de un gaucho rico que monta en un caballo de crines largas y negras, o puede también adoptar la forma de un experimentado payador que desafía a cualquier gaucho cantor. Otras veces, puede aparecerse envuelto en pieles de oveja, vestido con una túnica morada y un sombrero negro de alas anchas. También puede tener la apariencia de un ser mitad hombre, mitad macho cabrío, con patas de chivo, grandes pezuñas y largos cuernos. Su morada es la salamanca.

■ **Brujas.** Según el mito, la séptima hija mujer será inevitablemente una bruja. Son seres malignos, que gustan de asustar a la gente. No se les adjudica ningún daño, simplemente el hecho de aparecerse sorpresivamente ante las personas y asustarlas con su presencia o sus sonidos demoníacos de risas estridentes. En muchos testimonios se afirma que la condición de bruja se adquiere luego de muchos años mediante el aprendizaje del mal en los túneles de la salamanca.
El aspecto de estas mujeres coincide con las características casi universales que se les adjudica a estos personajes: son viejas, desdentadas, con narices afiladas, verrugas y pieles grisáceas y arrugadas. Pueden metamorfosearse en pájaro, cuervo, gallina negra o lechuza. También pueden cambiar de tamaño, convirtiéndose en seres tan pequeños que logran colarse por cerraduras y rajaduras de las casas.



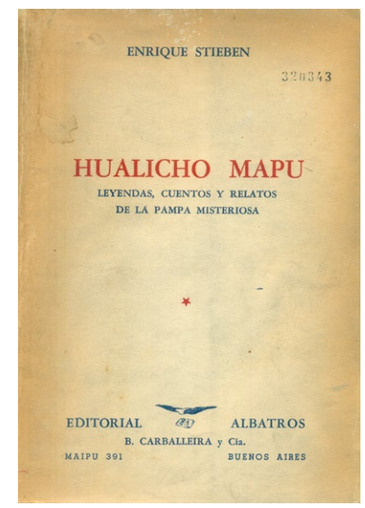
Escena en la salamanca de la película *Nazareno Cruz y el lobo*, dirigida por Leonardo Favio, 1976. Archivo del Museo del Cine Pablo Ducrós Hicken. | Ilustración de Lucano en *La mula en el andén*, de Gloria Pampillo (Buenos Aires, Alfaguara, 2007). | Ilustración de Enrique Rapela en *Reseña histórica descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata*, de Daniel Granada (Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1947).

■ **Brujo.** También conocido como calcu, nochero o pelapecho. Las pruebas para ejercer este arte maléfico comienzan en la infancia y son célebres por su dificultad y nivel de crueldad. Una vez pasados los retos, el aspirante forma parte de la "Asociación", secreto que debe reservar para sí mismo a riesgo de perder la vida. Entre sus habilidades posee la capacidad de transformarse en animal (aves como lechuzas, búhos o mochuelos) y de lanzar maleficios o "lancazos". Cuenta también con ayudantes como las "voladoras" (mujeres que vuelan), que le sirven de mensajeras, ivunches y caballos marinos. Para volar saquea la tumba de un camposanto, cuerea un cadáver y con la piel de su pecho se confecciona un chaleco o *macuñ*. Este *macuñ*, que irradia una luz poderosa, le permite trasladarse adonde desee.

■ **Gualicho.** Es una deidad maléfica. Se le atribuye todas las desgracias que sufre el hombre. No puede precisarse su forma ya que es un ser invisible, característica que le permite entrar en los cuerpos para "engualichar" a sus víctimas. Ningún humano puede enfrentársele porque no se lo puede ver. El gualicho ronda las comunidades de indios pampas, exigiendo sacrificios de animales en su nombre. Los testimonios afirman que quienes transiten por su camino deben dejar ofrendas en el "árbol del gualicho".

Por ahí apareció ese "presidente en persona" [...] En cuanto el Comandante lo tuvo cerca, lo atropelló de firme, descargándole una lluvia de sablazos, que el indigno cuerpeaba dando grandes saltos atrás, y gambeteando a lo zorro, para atraerlo hacia su cueva. En una el cristiano consiguió bajarle un ala al del infierno. Pero como si nada, porque ahí nomás se volvió a componer la parte rebanada, y continuó las jugarretas... ¡Se lo iba llevando a la madriguera, y se le acababa el aliento al hombre! Si no hubiese sido por el asistente, que de lejos oyera corajear a su Jefe, e insultar a Hualicho... ¡hum!, este se hubiera salido con la suya.

Enrique Stieben, "El bajo del Gualicho", *Hualicho Mapu. Leyendas, cuentos y relatos de la pampa misteriosa*, Buenos Aires, Albatros, 1951.



■ **Ivunche.** Es el producto de la unión entre un calcu y una machi (brujo y bruja). En sus orígenes, los ivunches fueron niños humanos deformados por los hechiceros, a través de torturas brutales y magia negra. Obligados, además, a seguir una dieta maldita que incluye leche de gata negra y carne de bebés recién nacidos, conocida como "carne de cabrito". Su apariencia es espeluznante: cabeza aplastada y doblada hacia atrás, brazos y rasgos retorcidos, lengua partida en dos y una pierna dislocada —encimada detrás de su nuca—, producto de la tortura infligida por los brujos. Es mudo, solo emite gruñidos y sonidos guturales que son de mal agüero si se los oye. Resguarda a las salamancas de los calcus, por lo que dicen que sus conocimientos de las ciencias malignas son muy profundos.

> ... Shushu siguió caminando y buscando. Una noche oyó un débil llanto, que parecía el de un niño. Siguió la dirección de la cual venía ese llanto y encontró a un varoncito al cual le habían cosido... ¡las aberturas naturales de su cuerpo! Los brujos acostumbraban hacer esto con algunos niños, quienes debían perecer miserablemente si los padres no acertaban el sitio donde los escondían. Con las criaturas así "preparadas", los brujos fabricaban repugnantes duendes de miembros retorcidos cuyas cabezas miraban hacia atrás, seres torturados sujetos a la voluntad de los brujos que se denominaban "ivunches".

Bertha I. Koessler, "Shushu, la novia aborrecida", *Cuentan los araucanos*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1954.

Ilustración anónima en *Hualicho Mapu. Leyendas, cuentos y relatos de la pampa misteriosa*, de Enrique Stieben. | Ilustración de Enrique Alcatena en *Los caciques petrificados y otras leyendas de la Patagonia nativa*, de Oche Califa (Buenos Aires, Colihue, 2013).

Seres mitológicos en la literatura infantil y juvenil

Los mitos y las leyendas han sido desde siempre una estrategia pedagógica empleada para fortalecer el proceso de enseñanza-aprendizaje en el que la recuperación de la tradición oral es el fin último, y resulta, muchas veces, un ejercicio que permite compartir y rememorar experiencias y costumbres que forman parte del patrimonio cultural de una comunidad.

En nuestro país, la Encuesta Nacional de Folklore es un ejemplo del lugar que ocuparon estos relatos en la currícula escolar, en la que maestros de todo el país dieron cuenta de la pervivencia y transmisión de estos relatos. También algunas publicaciones pensadas para niños y jóvenes de la primera mitad del siglo XX se refieren a la importancia que se les dio a este tipo de narraciones.

Pero es a partir de la década de 1980 que se pueden rastrear con mayor claridad las colecciones pensadas para niños y niñas en las que los seres mitológicos argentinos son los protagonistas, como es el caso de *Cuentos de mi país* del Centro Editor de América Latina y Ediciones Culturales Argentinas. Se trataba de adaptaciones de cuentos folklóricos, ilustradas y agrupadas según cosmogonía o región de origen.

La colección Cuentos de Polidoro (CEAL) fue sumamente vanguardista y combinó diversidad de autores e ilustradores con estilos poco habituales para la época. Pajarito Remendado de Colihue también surgió por entonces, con sus cuatro series de colores —una dedicada especialmente a leyendas nacionales— y con sus afamados autores e ilustradores.

Más allá de estas memorables colecciones, el verdadero *boom* de nuestros seres surgió a partir de la década del 2000. Fue entonces cuando empezaron a publicarse múltiples colecciones que buscaron transmitir los mitos y las leyendas de nuestros pueblos. Entre ellas podemos mencionar Cuentos y Leyendas de mi País de la editorial AGEA o Cuentamérica de Sudamericana, con más de veinticinco títulos.

◂ Ilustración de Leonardo Batic del Uturunco en su libro *Diario 3. Litoral.*

También Estrada publicó por esos años la colección Azulejos Niños, a cargo de Silvia Rojas, que si bien no se dedicaba exclusivamente a leyendas argentinas, tenía varios títulos de la temática. La colección deen redonda y Leyendas con mayúscula y coma después lanzó su primer ejemplar en 2006. Entre sus títulos había desde cuentos hasta obras de teatro con canciones; mientras que Bestiarios, Mitos y Leyendas, de editorial Guadal, fue una pequeña colección con amplias ilustraciones.

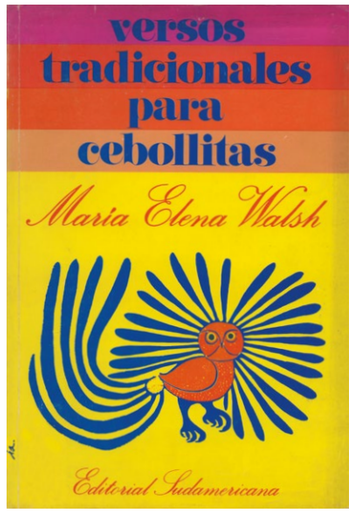
En los últimos diez años esta tendencia se vio continuada con colecciones como Leyendas de Colihue; Planeta Rojo de Planeta Lector, que entre sus diecinueve títulos cuenta con ejemplares que recopilan relatos de folkloró-logos como Juan B. Ambrosetti junto con adaptaciones más contemporáneas sobre nuestros seres; Hilo de Palabras, de la editorial SM, dedicado a leyendas argentinas con glosarios.

Con este acotado recorrido se pretende dar cuenta de la vigencia de estos mitos en las lecturas de las nuevas generaciones, aunque como toda trasposición de una narrativa oral a la palabra escrita, se escriben y reescriben continuamente respondiendo a las demandas de un público infantil. En su mayoría, el recurso del humor y el terror son elegidos para adaptar estos relatos.

Queda claro que muchas de las enseñanzas están anudadas a las bestias sobrenaturales que nos rodean. Ellas son fragmentos de una memoria colectiva que, aunque pueda tener lapsus, reiteraciones, superposiciones, incongruencias o contradicciones, se mantiene vigente. Se revitalizan con cada nueva versión que se difunda, con sus luces y sus sombras, con sus facetas más moralizantes, más aterradoras y también con las más divertidas. Es con estas reediciones que perviven y logran transmitir retazos de una identidad nacional colectiva que se enseña, se aprende y se reaprende de una generación a otra.

—Te parte el alma, la Mula Ánima —se burló Betina—. A ver, ¿qué hizo para que la encantaran?
—Se enamoró de un cura y la castigaron. Cuando los personajes son mujeres, siempre es por el estilo. Se enamoran de un cura, del padre o del hermano o de uno casado y zas, las maldicen. Y ahí se transforman.
—¿Y los hombres?
Andrés vaciló. Machacaba con un palo un trozo tierno de caña.
—Me parecen que ya nacen monstruos, nomás. No estoy seguro.

Gloria Pampillo, *La mula en el andén*, Buenos Aires, Alfaguara, 2007. Ilustración de Mariano Lucano.



Es un hombrecito
petiso y panzón
con un sombrerote
y un largo bastón,
los ojos saltones,
el genio burlón,
que sale a la siesta
por el callejón
besando a las niñas,
corriendo al varón.

María Elena Walsh, *Versos tradicionales para cebollitas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.

Ya era casi adolescente cuando mamá y papá empezaron a asistir a un grupo de autoayuda para padres de chicos especiales. Los domingos se organizaban asados [...] Los chicos odiábamos esos asados donde nuestros padres intentaban que nos hiciéramos amigos y jugáramos todos juntos. Era absurdo [...], no hay tantos lobisones, de manera que nos juntaban con brujas, chicos-tigre, videntes poseídos y toda clase de personajes cuyos problemas no tenían nada que ver con los míos.

Ana María Shua, "Vida de perros", *El tigre gente*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995. Ilustración de Diego Fernetti.

Las brujas pueden elevarse por los aires montadas en una escoba; pero es más frecuente que echen a volar la cabeza sola. Se untan el cuello con una pomada, se recuestan y la cabeza se desprende. Los hacheros que sospechan la existencia de una bruja en las proximidades colocan ramas espinudas en los claros de los bosques, para que los cabellos se enreden [...] Otra manera de descubrirla: si se encuentra el cuerpo solo, hay que darlo vuelta; así la cabeza, cuando vuelve, se coloca al revés sin darse cuenta...

Elena Bossi, *Seres mágicos que habitan la Argentina*, Salta, Milor, 1994. Ilustración de Juan Carlos Barco.

A menudo el Curupí se entretiene extraviando a la gente que cruza la selva, robándose los chicos, poniendo en peligro a todos. Solo cuando el Curupí se duerme —a veces semanas enteras—, las mamás indias están tranquilas y dejan de vigilar a sus hijitos. Pero cuando se despierta —y lo anuncian los ruidos misteriosos del bosque—, las mamás no permiten a los indiecitos que jueguen lejos de las chozas.

Yali, *Leyendas de toda América. Las trampas del Curupí y otras leyendas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968. Ilustración de Ignacio Corbalán.

Los hombres que conocen de estas cosas son precavidos; llevan una cruz grande colgada en el pecho, un rosario en el cuerpo y un puñal en la cintura. Si les sale el Familiar a querer comerlos, le hacen frente y pelean. Pueden quedar lastimados, con la cara y las manos arañadas y la ropa rota, pero se salvarán gracias a la cruz y al rosario; si el hombre no puede pelear con su facón, entonces será devorado.

Elena Bossi, *Seres mágicos que habitan la Argentina*, Salta, Milor, 1994. Ilustración de Juan Carlos Barco.

Mitos, leyendas y verdades

La ley 20843, establecida en el año 1974, le dio forma de mandato legal a una antigua tradición nacional: cuando en una familia argentina nace el séptimo hijo varón o la séptima hija mujer, los padres tienen derecho a solicitar el padrinazgo o madrinazgo del presidente/a de la Nación. Esa ley nunca fue derogada, sigue vigente. En el momento de escribir este artículo, ya en pleno siglo XXI, hay niños argentinos que son ahijados del presidente Alberto Fernández, para evitar que se conviertan en lobizones, o en brujas, si son mujeres. (Hasta hoy el movimiento feminista no ha logrado que ninguna mujer pueda seguir su vocación de lobizona). Hay que considerar que el padrinazgo o madrinazgo presidencial tal vez sea solo para evitar que su comunidad los rechace, por la fundada sospecha de que en algún viernes de luna llena podrían llegar a transformarse.

Este es uno de los primeros problemas con los que se enfrenta un autor que intenta recrear historias relacionadas con los seres sobrenaturales argentinos: la determinación del género literario al que pertenece. ¿Se trata de leyendas? Hay algunos casos, pero en general no es así.

La palabra "leyenda" se utiliza de varias formas diferentes. Algunas leyendas sirven para explicar el origen de la realidad en la que vivimos. Los seres humanos no nos conformamos con vivir en este mundo. Tenemos necesidad de entenderlo. No nos alcanzan los "cómo", queremos saber los "por qué". ¿Por qué los pájaros vuelan? ¿Por qué el mar es salado? ¿Por qué hay estrellas en el cielo? Hoy la ciencia nos ayuda a resolver algunas de esas preguntas (pero solamente algunas). En otras épocas, cada pueblo, cada cultura, tuvo que encontrar sus propias respuestas, y así surgieron esos relatos que llamamos leyendas (si se refieren a cuestiones menores) o mitos (cuando se refieren a la creación del mundo o del ser humano). También hay leyendas que tienen relación con personajes históricos. Gente que existió de verdad y que impresionó tanto a sus contemporáneos que se empezaron a contar sobre ellos (o ellas) historias más o menos increíbles. Pero también hay otras leyendas que no tienen una historia siempre igual a sí misma. Parten de ciertas creencias en seres sobrenaturales y se van construyendo a través de "sucedidos", historias que cuenta la gente que dice haber tenido encuentros con esos seres.

A los animales les alcanza con la realidad. Viven en el mundo de lo que se ve, se huele y se toca, de lo que se come y se bebe. Pero a los seres humanos ese mundo nos queda chico. Necesitamos ideas, fantasías, invenciones. Algunas son personales, cada uno sabe las suyas; pero otras son compartidas por muchas personas y forman parte de la cultura en la que vivimos. Cada pueblo tiene sus creencias y no hay ninguno que no haya inventado sus propios monstruos.

No solamente la gente de campo o la que vive en pueblos chicos cree en seres sobrenaturales. Muchísimas historias fantásticas nacen y crecen en la gran ciudad y pasan de boca en boca, como sucede con toda la literatura oral. Algunas tratan sobre seres sobrenaturales, muchas tienen que ver con fantasmas. Una de las condiciones de la leyenda urbana es esa: tratar de convencer a quien la escucha de que es absolutamente verdadera. Le sucedió al narrador o a alguien a quien el narrador conoce bien.

Sin embargo, aunque en el discurso coloquial se hable de "la leyenda del Lobizón" o "la leyenda del Uturunco" o "la leyenda del Pombero", en rigor no se trata de leyendas sino de creencias. No vamos a encontrar una leyenda que explique el origen de esos personajes o sus características. En cambio, nos vamos a encontrar con mucha gente que sigue creyendo firmemente en su existencia. Hoy, aquí, incluso entre personas educadas y de alto nivel intelectual.

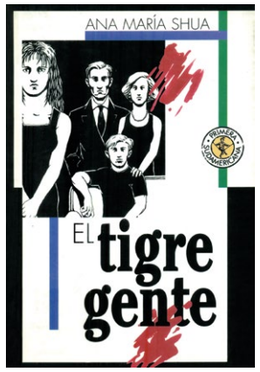
Cierta vez tuve la oportunidad de conversar con un grupo de docentes y mediadores de lectura acerca de la adaptación de leyendas y cuentos populares. Hablábamos precisamente del Pombero, cuando de pronto una joven maestra se puso de pie y nos relató su encuentro personal con ese personaje cuando estaba embarazada. No llegó a verlo, pero sintió su peso cuando se sentó junto a ella en la cama, aplastando el colchón. El relato me impresionó mucho por su autenticidad: esa persona estaba contando algo en lo que creía de verdad. En otra oportunidad, hablando también ante un público de bibliotecarios y docentes, empecé a relatar lo que me había pasado con esa maestra. Inmediatamente varias personas pidieron la palabra para contarme sus propias experiencias personales con seres sobrenaturales.

Eso me hizo comprender con qué clase de delicado material estaba trabajando. Para quien cree en Jesucristo, el Nuevo Testamento no es un mito ni una leyenda. Salvando las distancias, lo que sucede hoy con los seres sobrenaturales argentinos es equivalente. Existen, están vigentes, juegan un papel en las vidas de mucha gente. Mis jóvenes lectores me preguntan a veces si yo creo en los seres sobrenaturales. ¿De verdad existe la Luz Mala? ¿Existen la Llorona o el Llastay? ¡Claro que sí! Ni siquiera se trata de creer o no creer. Existen, sin discusión y sin duda, en la imaginación de la gente. Lo que no es poco.

Y como no hay una leyenda que los explique, los describa y los defina, cuando se cuenta una historia en la que aparecen seres sobrenaturales, tampoco se puede hablar de adaptación. No hay nada que podamos adaptar ni versionar. Los autores que trabajamos con ese tema tenemos que optar por otros caminos. El primer paso es conocer lo mejor posible al personaje sobre el que vamos a escribir. Esa tarea, que parece un sencillo trabajo de investigación, también tiene sus complicaciones. Pasando la etapa de Wikipedia y otros diccionarios y enciclopedias, cuando empezamos a conocer el trabajo de los folkloristas o los antropólogos que han registrado de primera mano las narraciones orales, lo que vamos a encontrar son sobre todo "sucedidos". Los sucedidos son breves historias en las que un narrador cuenta cómo fue su encuentro con uno de estos personajes, al que describe siempre como real.

Y en cuanto empezamos a leer, chocamos de inmediato con contradicciones que tendremos que resolver de algún modo. ¿Es el Curupí el que tiene los pies dados vuelta, con los talones para adelante, para que se equivoque quien pretenda seguir sus huellas? ¿O es el Yasí Yateré? ¿Es el Pomberito un duende amable o travieso como todos los duendes? ¿O es un ser lascivo, con un pene tan largo que lo lleva enrollado en la cintura y se vale de él para embarazar a distancia a las mujeres incautas? ¿Qué diferencia hay entre el Llastay y el Coquena? Cada zona, cada región, cada poblado tiene sus propias versiones, sucedidos y descripciones de estos seres. Como ocurre con los personajes de cualquier narración oral, no hay dos historias que los muestren de la misma manera. Una vez que hemos leído (o escuchado) lo suficiente como para tener una idea general del personaje, tendremos que elegir en forma un poco arbitraria las características que le vamos a atribuir. O bien habrá que mantener nuestra historia dentro de una zona geográfica bien delimitada, ya que los rasgos típicos de cada uno de esos seres van cambiando de un lugar al otro.

Una vez que entendimos que no hay una leyenda que se pueda adaptar o versionar, no nos queda más que inventar nuestro propio cuento, respetando la tradición tanto como sea posible. Y ya en esa etapa, no hay más límites que nuestro talento o nuestra capacidad de invención. Se puede contar una historia de Lobizón en primera persona, inventar un sucedido en el que participe el auténtico Cuero de la Laguna o desenmascarar el intento de un pícaro por



fingirse la Llorona. En nuestro cuento el ser sobrenatural será real o pertenecerá a la fantasía, o su existencia quedará como posibilidad y en el misterio, según lo que se le antoje al autor. Aunque estemos escribiendo para chicos, cuando se trata de un trabajo de creación, el proceso no es distinto al de escribir un cuento para adultos.

En lo personal, cuando escribo un cuento de ese tipo, suelo aclarar después, en un comentario aparte, cuáles son los elementos que tomé de la tradición oral. Me gusta que mis jóvenes lectores sepan qué fue lo que inventé y qué era lo que ya existía antes de mi intervención.

Si bien en cada región de nuestro país los chicos conocen a los seres sobrenaturales que infestan los alrededores, suele suceder que no sepan mucho de los que habitan otras zonas del territorio nacional. Los cuentos son una forma de hacerlos conocer la diversidad de culturas que se funden en nuestra identidad. De todos estos elementos está hecha la argentinidad: de lo que aportaron las culturas originarias, de todo lo que vino con los conquistadores y los colonizadores, de lo que trajeron del África los esclavos negros, de lo que empacaron los inmigrantes en su modesto equipaje. Se atribuye a Flaubert la frase "Madame Bovary soy yo". Parafraseándola, podríamos decir: los seres sobrenaturales argentinos somos nosotros. Es tan bueno y necesario conocerlos como es bueno y necesario conocernos a nosotros mismos.

Ana María Shua

Presidente de la Nación
Alberto Fernández

Vicepresidenta
Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Cultura
Tristán Bauer

Director de la Biblioteca Nacional
Juan Sasturain

Subdirectora de la Biblioteca Nacional
Elsa Rapetti

Director Nacional de Coordinación Bibliotecológica
Pablo García

Director Nacional de Coordinación Cultural
Guillermo David

Director General de Coordinación Administrativa
Roberto Arno

Directora del Museo del libro y de la lengua Horacio González
María Moreno

Coordinación de la muestra: Fernanda Olivera. Investigación y textos: Martina Kaplan Corti, Mariano Buscaglia y Fernanda Olivera. Diseño: Máximo Fiori. Video: Isabel Larrosa. Dirección de Investigaciones: Evelyn Galiazo. Digitalización: Silvana Truant y Máximo Fiori. Edición y retoque de imagen: Máximo Fiori. Montaje: Valeria Agüero, Ezequiel Gallarini, Susana Fitere, Andrés Girola, Juan Manuel Argüello, Jonathan Anzotegui, Emiliano García y Pamela Miceli. Dirección de Producción: Martín Blanco, Karina Lorenzo y Fernanda González. Edición: Departamento de Publicaciones.

Áreas de la Biblioteca Nacional que intervinieron en la muestra y el catálogo: Departamento de Archivos, Hemeroteca, Libros, Tesoro, Audioteca, Fototeca, Mapoteca, Dirección de Investigaciones, Diseño Gráfico, Publicaciones, Exposiciones y Visitas Guiadas, Montaje, Producción, Preservación, Departamento de Digitalizaciones, Microfilmación, Centro de Historieta y Humor Gráfico Argentinos, Prensa y Comunicación, Relaciones Públicas, Sonido e Iluminación, Infraestructura y Servicios.

Agradecemos la colaboración del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Museo Frey, Archivo Documental del Museo de la Patagonia, Televisión Pública, Archivo del Museo del Cine Pablo Ducrós Hicken, Archivo General de la Nación, Ediciones Ignotas, Judith Farberman, Ana María Shua, Lautaro Ortiz, Damián “Polaco” Scalerandi, Gastón Souto, Eduardo Orestein, Leo Figueroa, Toni Torres, Silvana Buscaglia, Rafael Curci, José Ludovico, Gabriel Patrono, Ignacio Gastañaga, Leonor Acuña, María Nine, Maia Kujnitzky y Tatiana del Río.

Dibujantes: Enrique Breccia, Lautaro Fiszman, Leonardo Batic, Damián “Polaco” Scalerandi, Gastón Souto, Tomás Coggiola, Marcelo Basile, Sergio Ibáñez, Enrique Alcatena, Enri Santana, Lippe Mendoza, Rubén Meriggi, Emiliano Urich.

La **Biblioteca Nacional** ofrece un relevamiento de los principales seres mitológicos argentinos que habitan aún hoy los lugares más recónditos del país. Estas criaturas sobrenaturales que perviven en el imaginario nacional revisten un profundo interés en tanto colaboran en la construcción y reconstrucción de nuestra identidad. *Bestiario nacional, criaturas del imaginario argentino* es una cartografía de la presencia de estas entidades, sus mitos y sus leyendas a lo largo del territorio, a partir del abundante material hemerobibliográfico conservado en el acervo de la Biblioteca Nacional. Desde los estudios folklóricos clásicos hasta sus representaciones en historietas, se exploran las diversas facetas de nuestros seres, sus adaptaciones y su vigencia.

Biblioteca Nacional
Mariano Moreno